

# INDOCTRINARIO



CHRISTOPHER  
PRIEST

Lectulandia

Elías Wentik, un científico que está experimentando con sustancias que afectan la consciencia, es transportado a un futuro en el que ha ocurrido una catástrofe, producida en parte por la sustancia en la que estaba experimentando. Dado que no consigue desarrollar una cura, es devuelto a su propio tiempo con la misión de impedir que desarrolle su invención, y por ende, evitar la catástrofe.

La novela está construida de manera casi minimalista, con pocos personajes y escenarios. Un laboratorio subterráneo en la Antártida, un lugar en Brasil en el que coexisten el presente y el futuro, un futuro en el cual, cómo no, ha tenido lugar una guerra, iniciada por una invasión cubana a los Estados Unidos (!), en la cual se ha utilizado como arma la sustancia desarrollada por Wentik, la cual ha dejado pocos sobrevivientes, la mayor parte de ellos refugiados en Brasil. Son los habitantes de este futuro quienes reclutan a Wentik, con la esperanza de impedir que culmine su trabajo, o que impida su utilización en la guerra anunciada.

**Lectulandia**

Christopher Priest

# **Indoctrinario**

**ePub r1.0**

**mnemosine** 27.02.14

Título original: *Indoctrinaire*  
Christopher Priest, 1970  
Traducción: César Terrón  
Diseño de portada: Julio Vivas

Editor digital: mnemosine  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

a Christine

# **PRIMERA PARTE**

## **LA CÁRCEL**

# Uno

El ventarrón bramaba en la meseta helada. Nacido en un remolino ciclónico nuboso en el Pacífico meridional, a mil quinientas millas de la costa chilena y mil millas al sur de la isla de Pascua, giró hacia el polo en una acometida de aire gélido que allanó las olas. Cobrando impulso, el huracán rugió a través del mar de Amundsen, moteado de témpanos, y se lanzó por el terminador, angulado de un modo oblicuo, hacia la noche austral, la noche invernal en que nada vivo debería atravesar la faz de la tierra. El viento rompió contra las laderas de la cordillera costera, arrancando fragmentos de hielo de afilados bordes y arrojándolos hacia el sur, hacia la altiplanicie y más allá.

En la falda de la meseta, unos mil quinientos metros más elevada que la congelada superficie del mar, el viento adquiría una cualidad de implacable: un temporal que se desplazaba con un estampido constante a lo largo de la bruñida superficie de hielo, alcanzando velocidades de ciento sesenta kilómetros por hora, o más. La carne humana expuesta al viento se cristalizaría, quebraría y desmigajaría hasta acabar por desintegrarse en cuestión de minutos. Ningún hombre soportaría ese frío más de unos segundos.

Era el primer temporal del invierno.

Doscientos metros bajo la superficie, en las rocas de la misma meseta —rocas que no habían sentido el cálido toque del sol durante millones de años, si es que alguna vez lo habían sentido— el hombre había osado construir. Bien iluminada, bien ventilada y provista de calefacción central, la Concentración de Técnicas Avanzadas cumplía sus funciones con perfecta seguridad y absoluta inexpugnabilidad.

Desde la superficie, los únicos indicios de su existencia eran varios palos bien asegurados que señalaban los distintos pozos de acceso en el perímetro. En los meses estivales había una pista de aterrizaje, algunas veces también aprovechable en invierno. Ese año se esperaba un vuelo más, cuando el temporal hubiese pasado, luego no habría otro durante cinco meses.

Los hombres de la Concentración necesitaban la paz y seguridad de la meseta para desarrollar su tarea. En ese lugar, más de cuatrocientos científicos y sus ayudantes trabajaban en sus especialidades: bioquímica, física de partículas, nucleónica, bacteriología, etc., por lo general con una ignorancia casi total del trabajo de los demás.

Porque la Concentración no era una pequeña estación que reclamara unos cuantos metros cuadrados de roca antártica, sino un complejo sistema de unidades de investigación enlazadas por numerosos túneles que atravesaban el hielo. El área total era de siete mil setecientas hectáreas y había estado diez años en construcción.

En uno de los laboratorios de la parte sur, el doctor Elías Wentik estaba sentado

cómodamente en un sillón de plástico blando y acariciaba el hocico de la rata que yacía en su regazo. El animalito apretó el morro contra la mano en un gesto afectuoso mientras el científico lo mimaba distraídamente.

El ayudante de Wentik, un nigeriano de elevada estatura que se llamaba Aby N’Goko, trabajaba con la cabeza inclinada ante un escritorio lleno de papeles desordenados.

—No deberíamos parar ahora, doctor Wentik —dijo de repente, alzando la vista—. No podemos permitir que nos restrinja un simple detalle técnico.

—Pero no podemos hacer nada al respecto —replicó suavemente Wentik—. Aquí no hay nadie que desee acabar tanto como lo deseo yo.

—Ya sabe que no me refiero únicamente a eso.

—¿... que no vamos bastante deprisa? ¿... que deberíamos encontrar un proceso alternativo?

—Sí.

Ya lo sabía, y estoy de acuerdo, pensó Wentik. Es frustrante retrasarse tanto tiempo por culpa de algo que probablemente fuese irrelevante.

Probablemente... *Lo era*. Wentik sabía que el callejón sin salida en que se encontraban era sólo temporal, pero el problema residía en seguir adelante o... ¿O qué? Las alternativas le asustaban.

Bajó los ojos para mirar a la rata en su regazo. Tres días más, a lo sumo, habría muerto. La droga actuaba sobre las criaturas, y lo hacía tal como debía. Sin embargo, al cabo de seis días de la administración del medicamento, todos los animales tratados morían. ¿Era un efecto directo del compuesto o cierto efecto secundario causado por el metabolismo de los roedores? Wentik no lo sabía. En la Concentración no existía otro tipo de animal con que poder experimentar, y era imposible obtener más por vía aérea hasta el final del invierno.

Sólo quedaba disponible un tipo de animal para probar la droga: el hombre.

Durante varios días, Wentik y N’Goko habían discutido el asunto y las alternativas. N’Goko quería proseguir, Wentik aconsejaba moderación. Mientras N’Goko estaba ansioso por someterse él mismo al experimento con la droga, Wentik deseaba preparar variedades gaseosas y líquidas del compuesto, y aguardar el fin del invierno hasta que logran obtener animales de especies diferentes.

Y de todos modos, aun contra su propio criterio, Wentik había estado probando la droga. Pero no lo había admitido ante N’Goka.

A lo largo de las tres últimas semanas había tomado cantidades muy pequeñas de la droga, con restricciones cuidadosamente autoimpuestas. Siempre estaba a solas en su habitación con la puerta cerrada. Se aseguraba de no ser interrumpido y se tumbaba en la litera a contemplar las alucinaciones que la droga producía. Porque la droga, igual que el ácido lisérgico, parecía no tener efectos nocivos a corto plazo.

Aparte de sus propiedades alucinógenas, y los vívidos sueños que a veces causaba después de ingerida, Wentik había sido incapaz de detectar deterioro alguno de su constitución física o mental.

Dosis mayores o más concentradas era otra cuestión.

—Sé lo que piensa decir —expuso a N’Goko—, y la respuesta sigue siendo negativa. No tomará la droga.

—¿Definitivamente?

—Sí. Por el momento seguiremos ensayando diferentes concentraciones y mezclas con ratas.

—Y seguiremos matándolas —dijo el nigeriano, con algo de amargura.

—Si es preciso...

Los dos hombres guardaron silencio algunos instantes.

—Ojalá hubiéramos sabido antes del invierno que esto sucedería —dijo Wentik, finalmente.

Con una brusquedad que sorprendió a los dos científicos, la puerta se abrió. Wentik hizo girar su sillón, encolerizado.

—¿Qué diablos pretenden entrando de esa manera? —reclamó—. ¡Este despacho es privado!

Había dos hombres de pie en el umbral, dos hombres que Wentik no había visto nunca en la Concentración. El más alto de los dos, que se hallaba algo detrás del otro, contempló a Wentik con un interés evidentemente profundo. Pero fue el otro individuo el que tomó la palabra.

—¿Doctor Wentik? —dijo con una voz que contenía un claro temblor de autoridad contenida.

—Sí. Ahora salgan de aquí antes de que yo los eche. Conocen las reglas de la Concentración...

Los dos hombres se miraron mutuamente.

—Siento que hayamos roto el protocolo, doctor Wentik —dijo el hombre—. Pero debo rogarle que salga por un instante.

—¿Conoce a estos dos? —preguntó Wentik a su ayudante.

—No. Supongo que han venido con el último avión.

—Exacto —dijo el más alto de los visitantes—. Sólo será un momento.

—¿Qué desean?

El hombre de menos estatura abrió más la puerta e indicó con una mano que Wentik debía salir al pasillo.

Wentik se levantó y entregó la rata domesticada a N’Goko.

—Cuide de Browning un momento —dijo, usando el apodo cariñoso que había dado al animal—. Sólo hay un modo de enfrentarse a esto.

El ayudante cogió la rata, que chilló muy fuerte a causa del disturbio. Wentik

siguió al hombre más alto en dirección al pasillo mientras el otro individuo cerraba la puerta.

—Bien, veamos su identificación —dijo Wentik.

Todo miembro de la Concentración era perfectamente consciente de la seguridad. Era muy improbable que alguien entrara de modo ilegal en la estación, aun suponiendo que lograra encontrarla. Sin embargo, no hacía ningún daño comprobar la solidez de las reglas.

El primer hombre desabrochó en silencio la solapa del bolsillo delantero del uniforme gris oscuro que vestía. Sacó una agenda de tapas verdes y la ofreció al científico. Wentik la cogió.

Todo estaba en orden. Bajo una fotografía del hombre había una hilera de números y el nombre *Clive V. Astourde*. Otros diversos detalles estaban impresos en la página, pero Wentik los pasó por alto. De todas maneras se trataba de una simple formalidad.

—¿Qué me dice de este hombre? —preguntó.

—Respondo de él —dijo el hombre llamado Astourde—. No lleva identificación.

—Pues debería llevarla —dijo Wentik—. ¿Se da cuenta de que si llamo a la policía militar podría hacer que lo detuvieran?

Astourde asintió, y los dos hombres se alejaron lentamente. Había empezado la penosa experiencia de Wentik.

Esa fue la primera de las tres ocasiones en que habló con Astourde antes de abandonar la Concentración.

La segunda tuvo por escenario el pequeño bar que era el centro geográfico y social de la Concentración.

Wentik y N’Goko estaban sentados ante una mesa con algunos de los técnicos que trabajaban a sus órdenes. La conversación era informal aunque, como siempre, se centraba en torno al trabajo.

En ciertos aspectos, Wentik y N’Goko eran anormales en la Concentración, puesto que no había otros no americanos más que ellos. Wentik había llegado de Gran Bretaña hacía pocos meses por un intercambio acordado con una de las grandes corporaciones químicas de Estados Unidos. En cuestión de semanas su trabajo fue valorado y el y N’Goko se encontraron trabajando para una rama de la administración. Su traslado a la Concentración sólo fue voluntario en parte, ya que por entonces era responsable directo de un subcomité de defensa del Pentágono. Lo que había comenzado como un mero acto de investigación bioquímica llegó rápidamente a ser algo cuyas implicaciones aún no estaban plenamente concebidas.

Y lo que había sido una mera separación de tres meses de su esposa iba a ser ahora de otros cinco meses como mínimo.

Astourde entró en la sala, sin ser visto por Wentik, y pidió una cerveza en el bar.

Se llevó la bebida a la boca, la sorbió y se dirigió hacia la mesa de Wentik.

—¿Les molesta que me una a ustedes? —dijo directamente, interrumpiendo a Wentik.

—Me temo que sí.

—Está interrumpiendo una conversación importante, señor Astourde —dijo N’Goko.

—Lo que yo quiero también es importante.

Wentik suspiró y dijo:

—De acuerdo —se levantó para cambiar de mesa y tomó asiento.

Astourde se sentó al lado de Wentik.

—¿Puedo preguntarle que hace aquí, doctor Wentik?

—No puede, y no comprendo qué tiene que ver esto con usted. ¿Qué derecho tiene de estar aquí?

—Trabajo para el gobierno. Creí que usted ya lo sabía.

—Dudo que pudiera estar aquí de no estar trabajando para el estado de una u otra manera.

Astourde sonrió, y Wentik notó por primera vez los ojillos del hombre, que reflejaban las bombillas suspendidas del techo metálico. Astourde metió la mano en su bolsillo delantero y sacó una pequeña tira de papel transparente. Dentro del pliego había una sección de un filme de 35 milímetros.

La puso sobre la mesa delante de Wentik.

—Échele un vistazo —dijo.

Wentik alzó la película hacia la fuente luminosa más cercana y la escudriñó. Era un simple cuadro de un filme en color.

En el borde de la película, al otro lado de los agujeros, se leía *KODA*.

El cuadro en sí era una fotografía de lo que parecía ser una extensión de hierba muy cortada o rastros de maíz. El cielo era azul claro, atravesado por la blanquísima franja del chorro de un jet. Debido al tamaño del cuadro resultaba difícil distinguir detalles, aunque no lejos de la cámara se veía una nave blanca posada en la hierba. El diseño no correspondía a nada que Wentik hubiera visto antes.

Astourde le entregó una lupa.

—Mírela con esto —ofreció.

Wentik cogió la lupa y examinó la nave con más detalle.

Sin escala para medirlo, era imposible estimar el tamaño del vehículo. Descansaba en la hierba sin tren de aterrizaje, pero su nariz se levantaba un poco más que el resto del cuerpo. Tenía forma puntiaguda. El único indicio de cabina que existía era un trozo de vidrio inclinado dispuesto al nivel de las líneas del resto del fuselaje. Aunque se encontraba a un lado de la nave parecía ser la única parte desde donde pilotarla. El avión tenía alas delta cortas y gruesas, colocadas a gran altura en

el conjunto del cuerpo.

—¿Qué es? —dijo Wentik.

—Creemos que es un avión a reacción de avanzado diseño.

—¿Green...?

—Despegó poco después de que la fotografía fuera tomada —dijo Astourde—. El despegue fue vertical. Nadie se acercó al aparato.

Wentik dejó el trozo de película en la mesa y acabó su bebida.

—Así que es un OVNI... ¿Por qué me habla de esto?

—Porque no es un OVNI. Sabemos que es un jet y que está pilotado por seres humanos.

—Entonces, ¿a quién pertenece?

Astourde se encogió de hombros y acabó su cerveza.

—Nadie del pentágono es capaz de identificarlo. Por eso lo queremos a usted.

Astourde se levantó y se fue.

La última vez que vio a Astourde antes de abandonar la Concentración, Wentik había vuelto al trabajo en su laboratorio, el día siguiente al encuentro en el bar. Con sus bruscos modales característicos, Astourde entró y fue directamente hacia Wentik.

—Tengo que hablarle —empezó a decir.

—Estoy ocupado. Tendrá que aguardar. —Wentik siguió con su trabajo.

Astourde lo cogió por el codo firmemente y lo arrastró hacia la puerta. Fuera, en el corredor, la temperatura era al menos veinte grados inferior, y Wentik se estremeció.

—Nos vamos mañana —dijo Astourde.

—¿Nos...?

—Usted y yo. Y Musgrove.

Wentik se volvió bruscamente, al darse cuenta de que el otro hombre también estaba en el pasillo, vestido con pantalones negros y un jersey azul oscuro de cuello alto. Llevaba un rifle y lo sostenía con un ángulo indeterminado en los dedos de su mano derecha, como si no estuviera acostumbrado al manejo de armas.

—Pero no puedo irme —dijo Wentik—. Estoy en pleno trabajo.

—Washington ha arreglado todo.

—¿Quiere decir que me reclaman? Nadie me ha dicho una sola palabra.

Musgrove dio un paso adelante.

—Por eso estamos aquí. Está relacionado con su investigación.

—¿De qué manera?

—Lo verá cuando llegemos allá —dijo Astourde.

En ese mismo momento, N’Goko se acercó a la puerta del laboratorio y se quedó mirando a los tres hombres. Sostenía en sus manos la rata domesticada. Estaba muerta.

Wentik miró a N’Goko y después a los otros dos hombres.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

La mano de Astourde se movió hacia el bolsillo delantero del que había sacado la fotografía la noche anterior.

—A Brasil —dijo.

## Dos

*Mi querida Jean:*

*Bueno, ya te advertí que no podría escribir demasiado. Pero hay un avión que llega mañana contra toda expectativa, así que todo el mundo está escribiendo cartas esta noche. Pero ¡sorpresa! Yo mismo estaré en el avión.*

*Esto no significa que vuelva a casa todavía, aunque al menos da la impresión de que no he de invernar bajo la capa de hielo antártica. Me complace hasta cierto punto... Estamos bloqueados en el trabajo actualmente. Te explicaré los detalles cuando te vea, pero por el momento todo lo que ha sucedido es que nuestras pruebas con ratas no han dado los resultados esperados. De momento dejo aquí a Abu a cargo de los experimentos, aunque no creo que logre regresar aquí hasta después de que acabe el invierno. Abu tiene todas mis notas, pero temo que en cuanto yo deje libre el camino él se encargará personalmente de los problemas.*

*¡Mi noticia es más misteriosa! Al parecer el gobierno me manda volver. Han enviado aquí dos hombres muy extraños para recogerme. No comprendo a los americanos, supongo que nunca los comprenderé... Uno es un hombre muy moreno llamado Musgrove, ancho de espaldas y con brazos enormes. No habla mucho, sólo merodea y tiene un aspecto amenazador. El otro día lo vi con un rifle, pero no pude imaginar qué pretendía con él. El otro hombre, sin embargo, es el que me da miedo de verdad, aunque no veo nada claro en su acción. Tiene un hábito bastante desconcertante de marcharse en medio de la conversación, como si se esforzara en producir algún efecto.*

*Siempre estoy pensando que espera la oportunidad de abalanzarse, aunque él sabrá si no tiene alguna obsesión conmigo. De todas maneras, espero que el misterio de aclarar cuando lleguemos a Washington. Aunque esto también es un poco raro. Cuando pregunté a ese hombre (a propósito, se llama Astourde) adónde íbamos, dijo que a Brasil. Supongo que se refería a Río de Janeiro, ya que ésa fue una de nuestras últimas paradas a la ida.*

*No te alarmes por esto, querida Jean. Estoy convencido de que no tiene importancia. Simplemente, su conducta es muy desconcertante. Cuando llegue a Washington te llamaré por teléfono inmediatamente, y lo más probable es que incluso me oigas antes de que recibas esta carta.*

*Me iré pronto a la cama pues saldremos dentro de unas diez horas. El avión llegará en los próximos minutos. Al parecer habría llegado antes de no ser por un vendaval que ha estado soplando en los últimos días. Aquí abajo nunca llegamos a enterarnos del estado del tiempo.*

*Mi cariño para Timothy y Jane. Les compraré algunos regalos antes de volver. Y tú..., cuídate y no te preocupes. Estaré en contacto. Adiós por ahora.*

*Todo mi amor,*

*Li.*

## Tres

Wentik yacía en la cama de su hotel y escuchaba los sonidos de las primeras horas de la mañana de la ciudad de Pôrto Velho. El bochornoso calor ya se extendía a lo largo de las orillas del río Madeira a un kilómetro de distancia. En la plaza de abajo, un pesado motor diesel marchaba en vacío continuamente con un vacilante sonido obstinado.

En la última quincena Wentik había estado allí aguardando la llegada por vía aérea del equipamiento procedente de la costa.

Astourde había desaparecido. El hombre discordaba en el calor de la ciudad con su grueso uniforme gris. Llevó a Wentik en un taxi hasta el hotel y, sin más, lo dejó.

Una hora después, Musgrove se había presentado. Único contacto de Wentik en Pôrto Velho, rara vez se apartaba de su lado. Sabía poco, al parecer, y hablaba menos aún. A cualquier parte que fuera Wentik, Musgrove lo seguía. El científico empezó a sentir las primeras y desagradables impresiones de no estar totalmente libre.

Su mayor molestia en Pôrto Velho era la falta de información. Todo lo que sabía era que Astourde y Musgrove parecían trabajar para el gobierno estadounidense, poseían la fotografía de un avión desconocido y estaban pidiendo y comprando varias toneladas de equipo como tiendas y alimentos. A tal desasosiego más bien abstracto, y el consecuente aburrimiento de haraganear sin motivo en una población fluvial sudamericana, había que sumarle las ligeras impresiones de desorientación que estaba experimentando.

Aparte de esto, sus días en Pôrto Velho transcurrían con bastante comodidad. Musgrove era el peor tipo de compañero (nunca ofrecía información voluntariamente y pocas veces la daba cuando se le requería) pero la habitación del hotel era aceptable y la libertad personal de Wentik, relativamente grande. Sólo al preguntar a Musgrove cuándo volvería a Washington, el individuo reveló un rasgo amenazante.

—Usted no irá allá —dijo, sin mirar directamente a Wentik—. Nunca. Ni Astourde.

El día posterior a su llegada, Wentik escribió una carta al senador McDonald, que era presidente del Subcomité de Apropiações Investigativas que había llevado los asuntos de la Concentración. Declaró con exactitud lo que le había sucedido y pidió una explicación. Escribió todo lo que sabía sobre Astourde y Musgrove (que no era mucho) y manifestó al senador que se estaban preparando para un viaje cuyo destino desconocía. Terminó con una solicitud urgente de respuesta inmediata.

Se las arregló para echar la carta en una plaza pública sin que Musgrove lo advirtiera, y con este logro se sintió más seguro al instante.

Sólo más tarde, cuando los días iban pasando y la respuesta no llegaba, volvieron sus recelos.

Wentik oyó que el motor diesel en la plaza de abajo de repente aceleró y después quedó en silencio tras un relincho.

Bruscamente, con su acostumbrado desprecio por la intimidad, Musgrove entró a trompicones en la habitación. Se acercó a la cama y contempló fijamente a Wentik a través de la mosquitera.

—Nos vamos —dijo con sequedad—. Aquí hay una maleta para sus cosas. Meta lo menos que pueda y luego baje a la calle. Lo estamos esperando.

Wentik se vistió con rapidez y, al mirar por la ventana, vio que Musgrove hablaba con un grupo de una veintena de hombres. Iban vestidos de color gris, como Musgrove, sin insignia alguna, no obstante lo cual el atuendo tenía el aspecto inconfundible de un uniforme. Cualquiera que fuese el objetivo de las ropas, eran totalmente inadecuadas para el clima.

Mientras Wentik observaba, los hombres cargaron algunas cajas en un autocamión diesel de elevados laterales.

Wentik bajó a la calle y se reunió con los otros. Los hombres, que obviamente lo veían por primera vez, lo examinaron con franca curiosidad. Musgrove les dijo algo incoherente y todos subieron a la parte trasera del camión con el equipo. Musgrove miró agriamente a Wentik.

—¿Está listo? —preguntó.

Wentik asintió y entonces ambos subieron a la cabina frontal, donde el conductor ya estaba sentado.

Wentik se encontró en medio de la cabina entre Musgrove y el conductor, sentado en la envoltura interior del motor, con las piernas a horcajadas sobre la caja de cambios. Musgrove encendió un cigarrillo envuelto en papel negro y el humo, que olía a demonios, flotó hacia el rostro de Wentik.

El conductor apoyó el codo en el marco de la ventanilla abierta mientras se deslizaban lentamente por las polvorientas calles. Sólo eran las ocho en punto de la mañana.

Se detuvieron a la orilla del río y Musgrove entró en la oficina de la compañía de transbordadores. En cuestión de minutos, el motor del anticuado aerodeslizador fue puesto en marcha y eran transportados por el río hacia la deshabitada ribera meridional. Allí, la rampa que se alzaba desde el agua conducía a una desierta carretera abierta entre la jungla. Mientras el camión se alejaba, el transbordador osciló graciosamente en una nube de rocío blanco al volver a cruzar el río en dirección a la ciudad.

La carretera se dirigía al sur de Pôrto Velho, en una negra línea recta a lo largo de la llanura.

—¿A dónde lleva esta carretera? —preguntó Wentik.

—A Bolivia —respondió secamente Musgrove—. No la seguiremos mucho

trecho.

Fueron cincuenta kilómetros los que recorrieron por ella, y después, por órdenes de Musgrove, el conductor giró a la izquierda para tomar una senda de grava de dirección única. Al instante, la marcha se hizo más arriesgada.

De vez en cuando atravesaban pequeños pueblos, donde niños semidesnudos corrían hacia el lateral de la calle y agitaban las manos. Incluso ahora, cerca ya de 1990, pensó Wentik, todavía existían lugares de la tierra donde un autocamión mecanizado era una novedad.

El día se hizo más caluroso y el aire que entraba por las ventanillas laterales no servía para aliviar el malestar creciente en la cabina. Hacia el mediodía se detuvieron para comer y beber un poco y luego prosiguieron su camino. Wentik fue comprendiendo de que se estaban alejando de la relativamente civilizada llanura en torno a Pôrto Velho y adentrándose en las estribaciones de la elevada meseta que formaba parte del Mato Grosso.

Al atardecer, Musgrove (que había pasado buena parte del caluroso día en un silencio caviloso) metió la mano en su bolsillo y entregó a Wentik un trozo de papel varias veces doblado. Estaba sucio, y exhibía las marcas de varias huellas dactilares.

Wentik abrió el papel y empezó a leerlo.

*Elias Wentik:*

*Es probable que se sienta desconcertado en cuanto a la naturaleza de su viaje y la relación que pudiera tener con la fotografía que le mostré. Sólo puedo decirle que tenga paciencia por el momento. Buena parte de nuestro supuesto conocimiento sobre el distrito de Planalto es tremendamente especulativa, y buena parte de su índole se explica por sí misma. La máquina de aquella fotografía procede del distrito de Planalto, yo mismo tomé la foto en una visita anterior. Aparte de esto... Usted mismo lo descubrirá cuando entre en el distrito.*

*No se alarme por el comportamiento de Musgrove. Puede parecer un poco irracional a veces, pero no le hará daño alguno. Además, le he encargado de que su tránsito no tenga problemas, por lo que le hago responsable a usted mismo de llegar sano y salvo.*

*Su atento servidor,*

*C. Astourde.*

—¿Lo ha leído? —preguntó Wentik, alzando el papel.

Musgrove se echó a reír.

—Sí. Astourde lo había metido en un sobre cerrado al principio, creyendo que no lo abriría.

Wentik contempló de nuevo el trozo de papel. La desagradable formalidad de la última frase se grabó en su mente durante toda la noche. Había algo ridículo en el

contexto, como si Astourde reconociera una creciente sumisión a las circunstancias por parte de Wentik.

Junto a él, Musgrove soltó una risita, que se sumó a los presentimientos de Wentik.

—¿A dónde vamos? —dijo repentinamente Wentik a Musgrove mientras estaban acucillados a la luz de las lámparas de aceite suspendidas de las ramas por encima de sus cabezas. Los otros hombres habían partido en el camión hacia la cercana población de Sao Sebastiao después de montar las tiendas y volver a comer un poco. Musgrove estaba recostado en el tronco de un árbol, y escuchaba ociosamente la música que surgía de una vieja radio portátil que tenía a su lado.

—A Planalto —respondió.

—¿Está allá Astourde?

—Estará cuando lleguemos. Va en helicóptero.

Wentik sacó la carta del bolsillo y volvió a mirarla por décima vez ese día.

—¿Qué es el distrito de Planalto? —preguntó—. ¿Una especie de base del gobierno?

Musgrove sonrió con aire enigmático.

—Digamos que sí —contestó—. La única gente que encontrará allá estará trabajando para el gobierno.

—¿Y el avión?

—Astourde tomó esa fotografía la primera vez que vio el distrito. Pero ya podrá averiguar más al respecto...

Wentik se quedó pensativo por un momento. A su alrededor, los ruidos de la oscura jungla brasileña recorrían su aterradora gama. En lo alto de los árboles, voces animales gemían, apagándose y creciendo, con un sonido extrañamente humano. No había nada parecido en la memoria de Wentik: un ulular constante de chillidos fantasmagóricos carentes de fuente. Musgrove le había explicado que los animales eran inofensivos. En la jungla había muchísimos seres arborícolas; especialmente monos, arañas y perezosos. En esa parte del mundo jamás se ve a los animales, sólo se los oye.

Wentik miró a su acompañante, la cara oculta a causa de las lámparas de los árboles, poco eficaces para exámenes detallados. La expresión de Musgrove era vacía, como la de un hombre reacio a divulgar más información de la que debe.

—¿Qué significa distrito Planalto? —preguntó Wentik.

—Es una región del Mato Grosso. Significa altiplano.

—¿Que tiene de especial?

—Ya lo verá —dijo Musgrove—. Es una parte del mundo donde es posible ver en una dirección, pero no en la otra. Un lugar al que se puede entrar, pero no salir.

Wentik se levantó y sin querer golpeó una de las lámparas. Las sombras giraron

alrededor de los dos hombres en el claro. Agarrándose a una de las ramas bajas, Wentik quedó en posición descollante por encima de Musgrove.

—No lo entiendo.

Musgrove lo miró sin perturbarse y se puso a liar uno de sus cigarrillos de papel negro.

—Ya lo verá —repitió—, cuando lleguemos allá.

Súbitamente irritado, Wentik se alejó hacia su tienda. Musgrove se había mostrado reacio a cooperar e incommunicativo desde que lo conoció; pero ahora estaba siendo deliberadamente enigmático.

Siguieron adelante con el camión tres días más, subían y subían, y a medida que avanzaban encontraban peores condiciones de conducción.

La primera noche de Wentik bajo la lona había sido una experiencia de pesadilla. La jungla bullía de insectos y animales, y los chillidos no habían cesado hasta la madrugada. La cara del científico estaba moteada e hinchada por culpa de las picaduras de los insectos y las perneras de sus pantalones ya estaban deshilacliadas por la puntiaguda y densa maleza que había en todas partes.

Musgrove se deleitó señalando la fauna autóctona más horrenda. En una ocasión cruzaron una charca pululante de ranas de quince centímetros, y más. El paso del camión molestó a los reptiles, que soltaron un estruendo de gruñidos cuya magnitud y carácter repentino asombró a Wentik. Una columna de hormigas sauba cruzaba la senda, y Musgrove ordenó al conductor que parara para observarla. Cuando el río de insectos alcanzó su máxima anchura, Musgrove hizo un gesto con la cabeza y el camión arrancó, aplastando a las hormigas de tres centímetros con un crujido claramente audible. Después del paso de los hombres, la columna prosiguió, invariable, su marcha.

El segundo día la senda iba paralela a la uniforme orilla de un río amplio y amarillo. El bosque tropical que habían encontrado en las estribaciones montañosas ahora daba paso a una densa jungla tropical, y el cielo rara vez era visible por encima. Llovía sin parar durante horas todos los días; una lluvia cálida y turbia que sólo incrementaba la humedad general de la jungla y poco o nada hacía por bajar la temperatura. Todo era un verde mojado, sofocante. Los mismos árboles parecían piezas vaciadas, como si no creciera madera en sus troncos. Por todas partes, lianas parásitas se desparramaban a lo largo de ramas y troncos, como si quisieran arrastrar la jungla hacia el suelo inundado de humus en que crecía. En varios sitios, los bejucos habían crecido en la senda o caído en ella, y los hombres tuvieron que abrir camino con los afiladísimos machetes. Periquitos de brillantes colores volaban de árbol en árbol, un deslumbrante estallido de movimiento que parecía ajeno en aquellos entornos monocromos.

Los hombres de la parte trasera del camión fueron turnándose en la conducción,

pero Musgrove y Wentik permanecieron siempre en la cabina. El calor era intolerable. Wentik no llevaba otra muda, por lo que su ropa quedó empapada de sudor desde el primer día desde que salieron de Pôrto Velho.

La senda se había convertido en algo que no era más que un camino aplanado y lodoso entre los árboles. El camión bamboleaba constantemente de un lado a otro a través de baches cubiertos de fango, y la incesante oscilación dentro de la cabina resultaba extremadamente desagradable para Wentik, montado de un modo precario en la caliente envoltura del motor.

Musgrove cayó de nuevo en el silencio la tarde del segundo día, cuando percibió la irritación que le había causado antes a Wentik. Maldijo una que otra vez la oscilación de la cabina, pero aparte de eso no dijo casi nada.

Sólo en una ocasión desde la primera noche se planteó el tema del distrito Planalto. Entonces Wentik había preguntado:

—¿Cuándo llegaremos allá?

Musgrove meditó lentamente su respuesta, de manera misteriosa, antes de decir con su irónico tono enigmático:

—Eso está bien.

Sin darle importancia, Wentik desistió y no dijo nada más.

El tercer día se toparon con los restos de un camión militar estadounidense, que yacía con las ruedas del lado izquierdo en una charca de agua estancada no lejos del camino.

El conductor del camión de Musgrove frenó a prudente distancia de los restos y los tres hombres de la cabina salieron. No había rastros de ninguna persona en las cercanías.

Subieron a la parte trasera del camión volcado y descubrieron allí un generador de compresión diesel y diversas herramientas para excavar; desde maquinaria hidráulica hasta palas y picos. Musgrove observó el camión sin inmutarse, y garabateó en un cuaderno de notas el número apuntado con pintura blanca en el estribo de la izquierda. Y volvieron al camión que los transportaba.

Antes de meterse en la cabina, Musgrove subió a la parte trasera. Wentik escuchó el gruñido de un generador manual del tipo usado en transmisores de radio de corto alcance.

Musgrove volvió a la cabina cinco minutos más tarde, y la vacilante marcha por la jungla continuó como antes.

Aquella tarde, tras varios kilómetros de extremada dificultad, con el motor y la caja de cambios rugiendo al marchar en propulsión total en primera velocidad, Musgrove, de repente, señaló un punto a la izquierda de la cabina y gritó al conductor:

—¡Ahí! ¡Aparca ahí!

El conductor frenó al instante y el camión se paró bruscamente. Los hombres de la parte trasera bajaron al suelo, con un aspecto de suciedad y cansancio después de lo que debió de haber sido una prolongada prueba de fuego en el encajonado compartimiento trasero del vehículo. Descargaron varias cajas pequeñas del camión y se las repartieron. Wentik recibió dos rifles para que llevara él y una cantimplora de agua tibia. Musgrove cargó con un enorme talego de lona que contenía mantas.

Agobiados y sudando con profusión, todos los hombres se pusieron en marcha a través de la jungla.

—¡Alto! —la voz de Musgrove les hizo detenerse. Sin aparentar embarazo por lo abultado de su carga, Musgrove se adelantó varios metros a los demás. Luego se quedó con los brazos separados, perfilado contra la brillantez que había por delante.

Se volvió y llamó a Wentik.

—¡Venga aquí!

Wentik dio los dos rifles al hombre más cercano y avanzó.

Musgrove se volvió cuando Wentik llegó a su altura, y miró a los otros hombres. Parecía indeciso respecto a qué hacer.

—Creo que será mejor que volváis al camión —dijo por fin—. Abriros camino por el perímetro hasta esta noche y por la mañana os reunís con nosotros en la cárcel. El mapa de referencia está en la carpeta.

Lanzó una brújula al hombre que había sido el último conductor del camión, después hizo un gesto a Wentik y los dos emprendieron la marcha.

Avanzaron varios cientos de metros, con la luz brillando lentamente delante de ellos. Wentik, curioso por ver cuál sería la fuente de luz, tuvo dificultades para mantener el paso de Musgrove que, pese a la acostumbrada maraña de maleza, se movía con seguridad y rapidez.

Después llegaron al borde de la selva, y se quedaron contemplando una extensa llanura. El sol brillaba con intensidad sobre rastrojos cortados a raíz, y dañaba los ojos de los hombres.

La fotografía...

Aquella foto en color que tenía Astourde había sido tomada ahí. En el centro de una de las junglas más densas del mundo, una llanura de rastrojos arrasados que se extendía más allá del horizonte.

Wentik miró hacia un lado, a los árboles, y advirtió lo abrupto del trazo de la línea que delimitaba árboles y rastrojos.

—¿Qué demonios es este lugar? —preguntó a Musgrove.

El otro lo miró burlonamente.

—Lo que usted estaba esperando. El distrito Planalto. Vamos.

Salieron juntos de la jungla y caminaron por la llanura doscientos años hacia el futuro.

## Cuatro

Anduvieron cerca de trescientos metros y Wentik se volvió para observar la jungla que habían dejado. Había desaparecido. Detrás de los dos hombres, igual que delante, la rastrojera se extendía hasta el horizonte.

Tembloroso, Wentik se paró en seco y señaló el fenómeno a Musgrove. El hombre se volvió y miró. Se encogió de hombros.

—Eso se debe a que la jungla no existe en este plano del tiempo —aguardó a que Wentik volviera a recorrer la llanura con la vista—. Una sensación extraña, ¿no es cierto? —dijo de modo sorprendente.

Wentik, que experimentaba una abrumadora sensación de desplazamiento y desesperación, sólo pudo estar de acuerdo.

—Mire, Musgrove —dijo con voz temblorosa, mezcla de una repentina cólera y confusión—. ¿Qué demonios está pasando?

—¿Quiere que se lo explique?

—¿No cree que ya es hora?

—Tal vez... Prosigamos, y se lo explicaré mientras vamos caminando.

Wentik dejó la cantimplora en el suelo y se sentó al lado.

—No. Me quedaré aquí hasta que me lo explique.

El otro hombre hizo un gesto de indiferencia.

—Perfecto. De todas formas nos servirá para descansar.

—Lo único que deseo saber —dijo Wentik—: qué lugar es éste. Dónde está, y por qué me han traído aquí.

Musgrove miró a su alrededor.

—¿Qué quiere saber primero?

—Qué lugar es éste.

—Ya se lo dije. Se llama distrito Planalto. Nos encontramos en una parte del Brasil llamada Serra do Norte, en el Mato Grosso —explicó Musgrove.

—Siga. Eso ya lo había deducido yo mismo —dijo Wentik—. Estoy más interesado en lo que dijo respecto a un plano del tiempo.

—Es difícil de concebir —dijo Musgrove—. Pero si imagina un lugar que existe en dos épocas diferentes, ya lo tiene. Donde estamos ahora se trata del Planalto de 2189. Donde estábamos, en algún lugar hacia allá —señaló vagamente con la mano—, era el Planalto de 1989

—¿Y andando unos cientos de metros hemos saltado doscientos años?

Musgrove asintió.

—Hay un campo de desplazamiento que controla el equilibrio entre las dos épocas. Si usted se encuentra en 1989 y mira hacia aquí tal como hicimos hace unos minutos, el distrito tiene un contorno distinto. En realidad, ese límite es la extensión

del campo. Lo cruza, y se traslada inmediatamente a 2189. El campo sigue estando a nuestro alrededor, pero la línea visible creada por la selva en el pasado ha dejado de estar allí.

Wentik desenroscó la tapa de la cantimplora que llevaba consigo, y se llenó la boca con la tibia agua.

—Este campo de que habla —dijo por fin—, considero que es artificial.

Musgrove lo contempló fijamente.

—Exacto. Pero no creo que Astourde lo sepa. De todos modos, por lo que a usted respecta, lo único que le hace falta saber es que el distrito Planalto fue descubierto por la CIA, y está siendo estudiado por ella. Cómo se ha visto comprometido usted, es una explicación que creo dejaré a Astourde.

—¿A qué distancia estamos de la civilización?

—Depende de lo que se entienda por civilización —replicó Musgrove—. Esto es Brasil todavía. Ya ha visto lo que nos hemos apartado de Pôrto Velho, que es la población más cercana —se levantó y metió un brazo bajo la correa del talego de lona—. Vamos. Tenemos mucho que andar.

Wentik se puso igualmente en pie, y alzó la cantimplora.

Continuaron en la dirección en que habían estado andando antes de que se detuvieran. El sol descendía ahora hacia el horizonte de la izquierda. El calor no era menor que antes, y Wentik se encontró observando todo el cielo para descubrir alguna nube. Hasta la lluvia cálida y pegajosa habría sido preferible a caminar bajo aquel resplandor sin sombras. Continuaron la marcha, y entretanto ambos bebieron sin reservas de la cantimplora hasta que el sol se puso.

Al anochecer, la temperatura descendió notablemente, y se metieron entre las mantas. Wentik se revolvió sin cesar durante horas enteras. Trataba de encontrar una posición cómoda entre el duro rastrojal. Por fin, se durmió.

Wentik despertó y descubrió que estaba solo.

Las mantas de Musgrove yacían vacías a su lado, pero la cantimplora de agua había desaparecido. Se levantó y notó que soplaba un viento frío. El sol había salido, pero la temperatura aún no empezaba a subir.

Recogió las mantas y las apretujó en el talego que había llevado Musgrove.

Miró a todo su alrededor.

En la brillante rastrojera era imposible detectar una pista. Forzó la vista y escudriñó de nuevo la llanura que le rodeaba. A kilómetros de distancia, casi sobre el horizonte, logró distinguir un diminuto punto negro. Sin ninguna otra evidencia, Wentik se dirigió hacia allá.

A toda prisa, en un esfuerzo por alcanzar su destino antes de que el sol calentara demasiado, atravesó la distancia en dos horas. Cuando llegó, sudaba en abundancia.

Era un molino de viento, que se alzaba solitario en la inmensa llanura, las aspas

girando lentamente al viento. Estaba construido en madera teñida de negro intenso para conservar las tablas que, según observó Wentik al acercarse más, estaban retorcidas y combadas.

Una piedra enorme pasó volando junto a su oreja. Luego otra, a más distancia. Se detuvo con la intención de ofrecer el más pequeño blanco que le fue posible ofrecer. Un guijarro flotó precisamente hacia él y le golpeó el hombro.

Era Musgrove. El hombre estaba agachado detrás del molino, recogiendo piedras y lanzándolas alocadamente contra Wentik.

El científico metió la mano en el talego y desplegó una de las mantas. La sostuvo delante de él, como escudo, y avanzó hacia el hombre. Mientras se acercaba, Musgrove se levantó de un salto, corrió como una flecha hacia Wentik, y acabó gateando. Balbuceaba como un mono. Se detuvo a una veintena de metros y se repantigó sobre sus posaderas de cara a Wentik.

Musgrove se puso a chillar.

Chillaba como los invisibles animales de la jungla en horas nocturnas.

Wentik, confundido y asustado, retrocedió, inseguro respecto a lo que debía hacer.

—¿Qué ocurre, Musgrove? —gritó.

—¡Aléjese de mí! ¡Usted no es bueno! ¡Ni usted ni los suyos! —se irguió de un salto y corrió hacia Wentik. Se detuvo únicamente para coger otra piedra.

Wentik levantó la manta, pero la piedra lo alcanzó dolorosamente en la mano izquierda. Musgrove pasó rápidamente junto al científico, empujado por su ímpetu. Al pasar a toda prisa a un lado de Wentik echaba aire por entre los dientes como un niño que hace ruidos de serpiente. Corrió varios metros, pero dio un traspié y cayó pesadamente en el duro terreno.

Se quedó inmóvil.

Frotándose la mano, Wentik se alejó del hombre y tomó asiento a la sombra del molino. La cantimplora estaba ahí, y Wentik bebió con mucho agrado.

Se quedó sentado durante dos horas, escuchando el crujir de las aspas del molino y sintiendo la brisa en la espalda. Entonces Musgrove se dio la vuelta y Wentik se levantó de un brinco en previsión de cualquier ataque.

Pero Musgrove se limitó a menear la cabeza, se puso en pie y se quitó el polvo de la ropa.

Fue hacia Wentik, sonriéndole.

—Eso le dio un buen susto, ¿eh?

Wentik guardó prudente distancia.

—¿Qué significa eso, Musgrove?

—Sólo un juego —el hombre se echó a reír—. No se alarme.

Alzó la cantimplora y bebió abundantemente. Luego vertió agua en su cara y brazos y enroscó la tapa. Echó la cantimplora a Wentik, que volvió a colgársela del

hombro.

Musgrove observó el sol con los ojos entornados, después se agachó y recogió la bolsa de mantas.

—Vayamos a buscar a Astourde —dijo—. Ya debe de estar en la cárcel —sacó otra brújula de su bolsillo, observó el sol una vez más, luego se alejó del molino.

Wentik lo dejó avanzar veinte metros y después lo siguió, guardando las distancias.

## Cinco

La luz cayó sobre sus ojos cerrados, y Wentik los abrió. Al instante volvió a cerrarlos, pero ya era demasiado tarde.

Yacía en su celda, y la oscuridad era total. Pero por encima de la puerta metálica había un aparato que había proporcionado a Wentik largas horas de especulación respecto a su mecanismo y finalidad.

El efecto del aparato era muy sencillo. Consistía en una fuente luminosa de alta potencia que proyectaba un delgado rayo de luz en la celda. Ese rayo estaba guiado hacia uno de los ojos de Wentik por los vigilantes que había afuera, en el corredor, pero a partir de entonces podía seguir automáticamente al hombre a cualquier lugar que fuera. En los reducidos límites de la celda no había muchos lugares a donde pudiera trasladarse.

La única forma posible de apartar el rayo de sus ojos era volver la cabeza y mirar la pared opuesta. Si hacía eso, la música empezaba a bramar por un gran altavoz situado en lo alto de una de las paredes restantes. La música era rápida, fuerte y disonante, como si dos composiciones excepcionalmente broncas y de tonalidades alejadas estuvieran sonando simultáneamente.

Cuando Wentik se volvía de nuevo hacia el rayo de luz, la música continuaba hasta que el rayo se fijaba otra vez en él.

Wentik alternaba las dos incomodidades, a veces sufriendo gustosamente la baraúnda musical para descansar los ojos un rato, en otras ocasiones buscando y mirando el rayo, para apartarse del aterrador sonido.

Cerrar los párpados no desconectaba el rayo, pero permitía cierto alivio. Tras un largo proceso de experimentos, Wentik había descubierto que sentarse en la dura tarima de su lecho y hacer frente a la pared opuesta, de modo que el rayo cayera a lo largo del puente de su nariz y sobre su ojo derecho, era el máximo acomodo. La molestia del rayo quedaba minimizada, mas lo que fuera que Wentik disparaba al volver completamente la cabeza, no hacía que la música estallara.

Estaba en la celda un promedio de doce horas diarias, y el rayo se hallaba desconectado la mitad de ese tiempo. De vez en cuando, los vigilantes conectaban el mecanismo mientras él dormía (como habían hecho esa mañana) y Wentik se despertaba, bien por culpa del persistente deslumbramiento del rayo, bien por la música cuando él se daba la vuelta estando dormido para evitar la luz.

Con un reflejo que por ahora era ya casi automático, Wentik sacó las piernas del lecho, se sentó y volvió la cabeza a un lado. Los guardianes, obviamente conocedores de esta maniobra, habían concentrado el rayo sobre el ojo izquierdo de Wentik.

¡Maldición! Apartó la cabeza de la luz, y respingó cuando la música aulló en la minúscula celda de muros metálicos. Volvió a mirar la luz e hizo que el rayo cayera

sobre su ojo derecho. Entonces, con sumo cuidado, se volvió y encaró de nuevo la pared. La música cesó.

Tanteó por debajo de la litera, sacó el pote de metal y orinó en posición de sentado. La celda ya empezaba a apestar. Tendría que cambiarlo pronto. Quizás hoy.

Había un ruido grave, de registro bajo, al otro lado de la puerta: las voces de los vigilantes que permanecían fuera de la celda de Wentik durante la noche entera. Wentik prestó atención. Los hombres hablaron durante quince segundos, luego los escuchó caminar por el corredor, alejándose. Volvía a estar libre por otro día.

Pero se estremeció. En parte por el frío..., y en parte ante la alternativa de tener que soportar un día más errando sin motivo a lo largo de los pasillos de la cárcel. Se estaba aletargando en sus movimientos, indolente en su reflexión. La mortífera rutina de la vida en la cárcel se había fijado rápidamente, y aún con más celeridad estaba empezando a hacerle romper con sus viejas normas de conducta. La única variación en la rutina de que disponía eran las entrevistas con Astourde, las que ya estaban también estableciendo una norma propia.

Desde el principio, la cárcel lo había desorientado.

Al llegar en compañía de Musgrove, le había sorprendido la aridez de diseño y colorido de la cárcel: un enorme cubo negro y gris que se alzaba abandonado en la solitaria llanura barrida por el viento. En la parte frontal estaba aparcado un helicóptero militar, pintado de verde oscuro con una cruz roja y blanca en su proa.

—Dé la vuelta hasta la parte de atrás —había dicho Musgrove, echándose a correr y desapareciendo en el interior del edificio.

Llevado por la curiosidad, Wentik caminó alrededor de la construcción, todavía aferrando su cantimplora de agua casi vacía.

En la parte trasera de la cárcel halló un pequeño prado rodeado de árboles, y ahí encontró a Astourde. El hombre estaba intentando adiestrar a los otros de pie sobre una caja. Igual que ejército de una ópera bufa, los hombres marchaban con una terrible falta de disciplina. Chocaban unos con otros, perdían el paso, movían los brazos a la ventura... Su aspecto era ridículo. Astourde les gritaba de modo incoherente, maldiciendo y escupiendo sus órdenes con un alocamiento que en nada hacía que la confusión se redujera. Los hombres marcharon intensamente de un lado a otro durante casi media hora, mientras Wentik los contemplaba muy divertido.

Después, los hombres, perdido el interés como por acuerdo, desistieron. Uno de ellos ofreció cigarrillos y todos se alejaron de Astourde en dirección al bloque de la cárcel.

Wentik caminó lentamente hacia donde estaba Astourde encima de la caja, solo en el centro del prado. Astourde miró al científico, irritado por haber sido observado en situación desventajosa.

—Gentuza indisciplinada —murmuró—. Ya que está aquí, podría buscarse una

celda. No son demasiado incómodas.

Bajó de la caja y se alejó, dejando solo a Wentik con la manta plegada en un brazo y la cantimplora en la otra mano. Y a partir de entonces, las condiciones en que Wentik siguió su existencia fueron deteriorándose más y más constantemente.

Las cosas empezaron muy despacio. Eligió una celda en un pasillo del primer piso. Aunque no había ventanas en ninguna de las celdas, desde el pasillo se divisaba la parte de llanura por la que Wentik había andado. Justo por debajo de las ventanas estaba el helicóptero, y sobre el horizonte podía distinguir la forma negra del molino de viento, empequeñecido por la distancia. A veces el horizonte se oscurecía por la neblina vaporosa, e igualmente la visibilidad se reducía a cuestión de escasos metros cuando las lluvias cubrían la llanura.

No volvió a ver a Astourde durante varios días. Erró por la cárcel en las horas de luz diurna, y pronto llegó a conocerla en profundidad. Por lo que sabía, el edificio estaba casi completamente vacío. Mientras paseaba iba encontrando varias puertas que estaban cerradas; algunas habían sido clausuradas, el resto de ellas podía ser franqueado. Fue obvio para él, después de cierto tiempo, que había una pequeña porción de cárcel que jamás vería, allí era donde probablemente Astourde, Musgrove y los otros hombres tenían sus cuarteles.

Poco a poco se fue dando cuenta de que las zonas por él atravesadas se volvían cada vez más pequeñas. Más puertas cerradas con llave. Finalmente, hacia el undécimo día de su llegada, se encontró confinado a pasear en el corredor que se extendía junto a su celda.

Otra cosa que le pareció alarmante, aunque de modo considerablemente más sutil, fue un repentino aumento de su actividad soñadora. Todas las noches experimentaba varios sueños de impresionante claridad. Algunos eran líricos y algunos horribles, pero todos estaban relacionados con sus experiencias recientes. Astourde aparecía a menudo en esos sueños, igual que Musgrove. Su esposa e hijos aparecieron en otro sueño, perseguidos por un grupo de hombres en el interior de un edificio descomunal. En otro sueño, él y Astourde estaban uno frente al otro, con rifles, disparando tranquilamente al contrincante y sin embargo jamás alcanzándose. Wentik, que nunca había sido un hombre de recordación precisa de sus sueños, consideró de gran interés este acceso primero, pero después, como motivo de preocupación.

Con mucha lentitud, la frecuencia de los sueños empezó a disminuir, hasta que, al cabo de quince días, sólo experimentaba un sueño por noche que pudiera recordar con todo detalle.

Un día, Wentik quedó intrigado al ver que algunos de los hombres trabajaban con el helicóptero. Cinco de ellos estaban haciendo algo con las hélices de rotación horizontal, pero al principio no alcanzaba a percibir claramente qué era lo que hacían. El helicóptero era del tipo con turbinas de extremos giratorios. Al parecer los

hombres estaban intentando quitar los rotores, pero evidentemente no tenían idea de cómo proceder. Durante tres días buscaron una solución al respecto gritándose entre ellos. Wentik los contempló muy divertido desde las ventanas de su pasillo.

Luego, una mañana, Wentik descubrió que la noche anterior habían atornillado persianas de acero fijas en las ventanas de toda la longitud del corredor, y esa pequeña distracción le fue arrebatada.

Paso a paso sus minúsculos privilegios fueron limitándosele. Al principio le permitían recoger sus comidas en la tosca cocina del sótano, pero después de que lo hubieron confinado en el pasillo, el alimento le fue llevado dos veces al día. Y cada vez, la porción era más pequeña. Después de una semana en la cárcel, Wentik se acostumbró a que el hambre fuera parte de su vida normal. Le permitían afeitarse con máquina eléctrica pero sin espejo, y le daban agua para lavarse cada tres días. No había regulación artificial de temperatura en el edificio, y durante el día las celdas y el pasillo resultaban sofocantes. Por la noche la temperatura descendía bruscamente y a Wentik le era difícil dormir.

Con la constante falta de contacto con otros que no fueran los guardianes (que al parecer habían recibido instrucciones de no hablar con él), las reacciones menguantes y las incomodidades constantes de la cárcel, Wentik vio que su resistencia empezaba a debilitarse. Sentía que su voluntad personal se iba despellejando capa por capa, y se daba cuenta de que la inclemencia del medio y las privaciones a que le forzaban podrían quebrar el conjunto de su identidad, si ésa era la intención de Astourde. Porque el hombre había tomado el papel de un perseguidor oculto, cuya misma ausencia representaba una intimidación.

El decimoséptimo día, Wentik fue despertado groseramente por dos vigilantes que irrumpieron en su celda y que prácticamente lo arrastraron por el corredor.

Insensibles a sus protestas, los guardianes tiraron de Wentik para bajar algunos toscos escalones de piedra y lo sacaron al aire libre. A trescientos metros de la cárcel había una cabaña de ruda construcción, con todos los hombres, salvo Astourde y Musgrove, afuera y armados con rifles. Wentik fue arrojado adentro a través de una puerta, y se encontró en oscuridad total.

Durante horas se arrastró por el interior de la choza. Descubrió que se trataba al parecer de una construcción basada en un interminable laberinto de túneles de techo bajo, mientras oía que afuera los hombres disparaban cartuchos de fogeo al aire. Cuando por fin encontró una salida, otra vez fue arrojado dentro.

Al acabar el segundo período de encierro Wentik fue arrastrado otra vez hasta su celda y abandonado allí.

Al día siguiente volvieron a sacarlo de la cárcel, pero esta vez lo llevaron a una porción de terreno desnudo a cierta distancia de la cabaña. Ahí le entregaron un largo bastón metálico y una careta de soldador, y le dijeron que hiciera explotar cinco

minas terrestres diseminadas en las inmediaciones.

Los guardianes permanecieron en torno al perímetro y cargaron sus rifles con cartuchos. Wentik, todavía muy estremecido por su experiencia en la choza el día anterior, obedeció con vacilaciones.

Le costó una hora descubrir la primera mina. Actuó metódica y pacientemente, pinchando el suelo con el bastón, muy nervioso, y después dando un paso adelante. Al explotar la mina, un gran chorro de tierra y guijarros manó hacia lo alto con un rugido que mareó a Wentik con su brusquedad. Arrojado hacia atrás por la explosión y ensordecido por ella, aunque también ileso, el científico tuvo dificultades para recobrar el equilibrio antes de proseguir.

Pasó una hora y media antes de que encontrara la segunda mina. Cuando el chorro de llamas y tierra hizo erupción, a sólo dos metros de distancia, Wentik cayó de espaldas con el corazón desbocado y la respiración desgarrándole la garganta.

Las dos minas siguientes aparecieron con bastante rapidez una tras otra, y por entonces ya había logrado controlarse.

La quinta mina... Durante tres horas más pinchó y aguijó el suelo, y cada minuto que pasaba anticipaba que la inminente explosión sería más terrible.

Una fuerte lluvia cayó mientras rebuscaba, y convirtió el terreno en un barro pegajoso que se aferraba a los zapatos de Wentik. Su búsqueda se hizo desesperada y actuó con más celeridad, sabiendo que sería cuestión de suerte si hacía detonar la mina con el bastón o con los pies.

En ese momento uno de los guardianes atravesó el barro y cogió la careta de soldador. Sólo había cuatro minas, dijo. La quinta no estaba ahí.

El día siguiente, decimonoveno desde su llegada, Wentik volvió a ver a Astourde.

Dejado a solas, el científico pasó parte de la mañana errando por el pasillo de su celda. Intentaba ajustar lo que le estaba ocurriendo a una cierta apariencia de lógica. Se había topado con una puerta que antes había encontrado cerrada, había descubierto una escalera que ascendía detrás de la puerta, y encontrado una habitación en el piso siguiente.

En el interior, Astourde estaba sentado ante un escritorio. Y el interrogatorio había comenzado.

Aquella noche, el rayo-lápiz de luz y la música espantosa fueron usados por primera vez. Pese a que Wentik había cambiado de celda dos veces desde entonces, o bien el dispositivo era trasladado para seguirle, o formaba parte del equipamiento de todas las celdas.

Se había preguntado con frecuencia por qué el rayo de luz era capaz de seguir sus ojos con tanta precisión, y mientras permanecía sentado con el rayo cayendo sobre el puente de su nariz, la única explicación que podía ofrecerse era que de alguna manera la fuente demostraba sensibilidad a los reflejos de su retina, aunque la precisión con

que el rayo lo seguía le hizo dudar incluso de eso.

Y ahora se enfrentaba a la usual opción diaria. Las incomodidades de la celda o el aburrimiento del corredor. Eligió lo último, tal como había hecho durante casi treinta días.

Se levantó de la litera y dio los dos pasos hasta la puerta, con el rayo de luz en fiel persecución de su ojo derecho. Empujó la puerta para abrirla y sacó la cabeza. No había rastros de los guardianes. Miró a un lado y otro del pasillo; la luz del sol perfilaba brillantes cuadrados en torno a las ventanas cerradas.

Caminó por el corredor, probando los cierres de las persianas como era usual. Para él tendría un gran significado poder mirar por las ventanas de nuevo. Pero estaban aseguradas, como siempre.

Al pasar junto a la puerta que conducía a las escaleras y al despacho de Astourde, Wentik tiró mentalmente la moneda como todos los días. ¿Aburrimiento en el pasillo o interrogatorio? Quizás Astourde ya estuviera arriba. Solía estar ahí temprano, sabedor de que Wentik acabaría por preferir hasta el interrogatorio a la soledad.

Lo que hacía tan marginal la elección era que el mismo interrogatorio constituía una parodia. En una absurda tentativa de intimidar a Wentik, Astourde había amueblado la sala con sillas de madera muy duras y lámparas brillantes, y poseía una diversidad de dispositivos hipnóticos cuyo uso correcto era evidente que desconocía. Lo que todavía resultaba más ridículo era que el fin obvio del interrogatorio era más bien impresionar que asustar a Wentik, como si el mismo Astourde estuviera inseguro del poder que allí ostentaba. El único gesto verdaderamente amilanante era la presencia de un guardia armado en la sala, pero en las diversas ocasiones en que Wentik se había cansado de la compañía de Astourde y abandonado la habitación, el guardia no había hecho nada para detenerlo.

Llegó al extremo del corredor y empujó las barras metálicas de la puerta que había ahí. Estaba cerrada. Dio media vuelta y retrocedió por el pasillo, pasando junto a su celda, hasta la primera esquina de la cárcel. Entre esta esquina y la siguiente, la del nordeste de la cárcel, había tres puertas. Llegó a la primera y estaba abierta. Igual que las otras dos.

Fue hasta la esquina, la dobló, y se encontró mirando el tramo de escalones de piedra con el que sus espinillas habían trabado un conocimiento tan profundo el día que lo arrastraron hasta la choza.

Bajó los escalones con mucho cuidado, y se detuvo en la parte inferior. A su izquierda había una puerta de madera de pino, sin pestillo y abierta. Igual que las ventanas del corredor, su contorno se hallaba delineado por cuatro deslumbrantes líneas de luz solar.

Wentik hizo una pausa.

¿Se trataba de una salida de la cárcel? No parecía que hubiera nadie alrededor,

pero examinó el pasaje en que se hallaba en ese momento, casi esperando ver a dos de los hombres de Astourde aguardando en las sombras.

El día anterior, durante la breve sesión de interrogatorio, Astourde se había mostrado nervioso y frustrado. Las preguntas habían sido más inútiles y reiteradas que nunca, y Wentik se había ido al cabo de unos pocos minutos. Desde entonces no había visto a nadie excepto a los dos guardianes que le habían traído comida por la tarde.

Volvió a observar la puerta, y apretó la palma de la mano contra ella. La madera era cálida y la presión de su mano la movía fácilmente. Empujó y avanzó.

La luz era cegadora.

Wentik, deslumbrado por el brillo de la luz tras tantos días en los sombríos corredores, estornudó seca y dolorosamente y cayó de rodillas.

—Levántese, doctor Wentik. Tengo algunas preguntas que hacerle.

Wentik alzó los ojos hacia Astourde, de pie ante él, la cabeza aureolada por la luz solar. Los ojos de Wentik derramaban lágrimas, y estornudó de nuevo.

Astourde miró a un grupo de hombres que permanecían a cierta distancia vestidos con batas blancas, y los llamó por señas.

Cuando los hombres se acercaron, Astourde se apartó y Wentik observó los alrededores con sus ojos lacrimosos. Se encontraba agazapado en el borde de un pequeño prado rodeado por altas hayas. Lo recordó como el prado donde había visto a Astourde por primera vez al llegar a la cárcel. Entonces no había reparado demasiado en la disposición, pero ahora lo que más le sorprendía era lo inadecuado de su presencia allí.

El cielo era de un azul resplandeciente, y el sol era blanco y ardiente. Alargadas y delicadas estelas de vapor dividían el azul, pero no había otras nubes. La sombra de Wentik en la hierba estaba claramente impresa por el nítido sol.

Ardillas aladas chillaban y planeaban de un árbol en otro, y un enjambre de insectos revoloteaba bajo una rama de uno de los árboles mayores. En el centro del prado había una mesa de madera con dos sillas situadas en lados opuestos.

Wentik miró a su espalda, y vio la elevada faz de hormigón de la cárcel. La puerta por la que había salido vacilantemente se había cerrado, y un rostro le contemplaba tras una ventana cubierta de polvo a poca distancia de la salida.

Los dos hombres de bata blanca lo asieron por los brazos y lo arrastraron por el césped hacia la mesa. Caminaron con celeridad, sin permitirle volver a ponerse de pie. Le extrañó que vistieran batas blancas, y supuso que podía tratarse de científicos que realizaran algún tipo de prueba con él.

Astourde ya estaba sentado en una de las sillas, y los dos hombres echaron a Wentik en la otra; una silla con asiento de bejucos que se combó desagradablemente con el peso de Wentik.

Los dos hombres lo dejaron ahí y fueron a reunirse con los otros. Wentik los observó. Se hallaban a la sombra de uno de los árboles y cuando los dos primeros llegaron, todo el grupo se echó a reír en voz alta.

Wentik se irguió y se reclinó en la silla, casi hasta provocar el derrumbe. El sol resplandecía, y hacía mucho calor. Había insectos por todas partes, y el chillido de las ardillas resultaba fastidioso.

Y al otro lado de la mesa estaba sentado Astourde, tan paciente como siempre.

La razón volvió a Wentik con un escalofrío que momentáneamente alejó el calor del sol. Seguía siendo un prisionero, al fin y al cabo. Y lo iban a interrogar. (¿Acaso una diversión sutil para desorientarlo más?) Quizá con su infatigable inocencia estuviera formando lo que Astourde consideraría como un sólido bloque contra el interrogatorio anterior.

—Dígame su nombre, doctor Wentik —dijo Astourde.

Las mismas preguntas sin sentido de siempre. Astourde le miraba fija, imperturbablemente, y sonreía. Wentik devolvió la mirada al otro lado de la mesa.

Astourde vestía su uniforme completamente gris. Sus dos manos descansaban en la mesa. Su sonrisa se hizo más amplia, y una sensación de horror remeció a Wentik.

*Había tres manos sobre la mesa.*

Fijo la mirada..., y la sonrisa de Astourde aumentó aún más; los científicos se rieron y una ardilla chilló.

Una mano estaba brotando en el centro de la mesa. No descansaba en el mueble, como las de Astourde, sino que *brotaba*. Wentik reparó en el lugar donde se unía con la lisa madera.

La mano lo señalaba a él.

## Seis

—Su nombre, doctor Wentik. Déme su nombre —la voz de Astourde era insistente.

En lo alto del cielo, en algún lugar muy por encima del pequeño cuadrado de hierba, un jet rugió. Detrás de la cabeza de Astourde, lejos, sobre el horizonte, una pequeña colina se elevaba sobre el nivel de la llanura. En el centro de la ladera, Wentik distinguió un poste metálico que ascendía a una altura de cien metros por encima de la llanura.

Volvió a mirar la mano que brotaba de la mesa.

Estaba hecha a la perfección, como una escultura griega en piel y carne. Tenía el tamaño normal de una mano humana, pálida a la luz del sol, pero no exangüe. Diminutos pelos rubios reflejaban el sol en su dorso. Ocho centímetros de muñeca eran visibles antes de que el brazo desapareciera en la tabla de la mesa, se fundiera en la madera granulosa y con oscuras manchas.

De un modo increíble, los dedos de la mano empezaron a tamborilear, como el gesto de un hombre al que se hace aguardar para darle un encargo.

—¡Su nombre!

Wentik respiró.

—Me llamo Elías Wentik.

La mano cesó en su tamborileo, y descansó sobre la mesa.

—Ha cometido un crimen. ¿Cuál es?

—Yo...

Wentik vaciló. Su primer instinto fue pensar: *Pero no hay crimen alguno. Soy inocente... Pero él y Astourde habían pasado por esto docenas de veces. De poco servía una protesta de inocencia.*

La mano lo estaba señalando otra vez.

—No he cometido ningún crimen, como usted sabe perfectamente...

La mano se movió. Apuntaba directamente al corazón de Wentik sin cesar.

Astourde estampó su mano derecha contra la tabla de la mesa y empezó a levantarse. Wentik notó que sus sienes latían intensamente.

—¿Ningún crimen, doctor Wentik? ¡Su culpabilidad no admite dudas, y sin embargo no ha cometido crímenes! ¡Ahora la verdad!

En el centro de la mesa, la mano arraigada se puso a apuñalar el aire dirigida hacia Wentik.

—Compréndalo —dijo Astourde, que se sentó de nuevo—, no tengo duda alguna de que usted es culpable. Lo único que exijo es una admisión de su parte.

Wentik asintió.

—Empecemos otra vez desde el principio —dijo Astourde, con un tono de triunfo

en su voz—. ¿Qué hacía usted en la Concentración?

Wentik no le hizo caso. Estaba fascinado por la mano. Parecía actuar con total independencia, desconectada de cualquier control externo obvio. El impacto psicológico que producía había sido soslayado, de manera muy irónica, por Astourde. Ahora, el interés de Wentik era el propio de un científico, de un ingeniero. ¿Cómo funcionaba aquello?

Echó atrás la silla y se agachó apoyado en manos y rodillas. La hierba era cálida al tacto, y provocó un vivo destello de recuerdos de los tiempos en que él y su esposa habían estado tumbados en el césped de la universidad durante horas enteras en su último curso. El recuerdo cesó en segundos: formaba parte del mundo ahora perdido para Wentik.

Se arrastró bajo la mesa y examinó la parte inferior de la cubierta. Era completamente plana, no ofrecía pista alguna respecto al mecanismo de la mano. Las piernas de Astourde, que sobresalían bajo la mesa, estaban muy separadas y cubiertas con unos pantalones militares que sentaban muy mal al hombre. Arriba, cerca de la entrepierna de Astourde, Wentik vio una pequeña brecha en la costura, deshecha por la tensión de su gesto.

Se arrastró para volver a salir, y se quedó detrás de Astourde. El individuo estaba inmóvil, apenas daba la impresión de respirar. En la mesa, la mano continuaba apuñalando el aire en dirección a la vacía silla del científico.

Los hombres que estaban junto a los árboles lo observaban con sumo cuidado. Dos de ellos escribían rápidamente sobre una tablilla sujetapapeles, y otro sostenía una especie de cronómetro.

A manera de experimento, Wentik se alejó de la mesa, paralelamente al elevado muro del edificio. Al borde del césped había una angosta franja de tierra pelada frente a la hilera de árboles. Al adentrarse bajo dos de las enormes hayas, Wentik notó que había molestado a una colonia de hormigas. Miles de diminutos insectos corrían sin rumbo fijo tras su paso.

Al otro lado de los árboles empezaba el rastrojal, extendido hasta donde la vista le alcanzaba. Una vez libre de la sombra de los árboles advirtió al momento todo el calor del sol. No había sombra en ninguna parte, y al avanzar entre los espinosos montones de rastrojos, Wentik admitió que no habría escapatoria para él por la interminable llanura.

Se volvió y se sentó, de cara al prado. Los hombres de batas blancas habían abandonado la comodidad de la sombra y se dirigían lentamente hacia Wentik a través del rastrojal. La única expresión que Wentik pudo detectar en sus rostros fue de ligera preocupación.

Tal vez no debió haberlos molestado.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, Wentik se alegró al descubrir que el

rayo de luz no estaba en servicio. Se quedó en la litera una hora, gozando del relativo lujo de estar tranquilo, y volviendo a la plena conciencia de su situación. Y ello pese a la dureza de la litera, que era poco más que unas planchas de madera cubiertas con una delgada capa de espuma de caucho o plástico. Todavía usaba la solitaria manta que traía al entrar en el distrito Planalto, pero se las había arreglado para encontrar algunas sábanas viejas de tela muy tosca que utilizaba como almohada. Las pertenencias de la maleta que había estado en el camión no aparecieron nunca. Al parecer, los hombres habían abandonado el camión, puesto que no vio rastros del vehículo desde su llegada a la cárcel.

Cuando por fin llegó al corredor, descubrió que no había guardianes a la vista por ninguna parte. Durante veinte minutos vagó por los pasillos vacíos, y quedó intrigado al averiguar que el número de puertas abiertas era mucho mayor que el que había visto desde hacía largo tiempo. ¿Quién era el responsable de esto?, se preguntó. En cuanto hubo determinado que prácticamente la mitad de la cárcel no estaba restringida bajó al sótano y abrió una lata de comida. Sin gusto, muy ternilloso, el alimento lo asqueó. Pero no había otra cosa. Había llegado a acostumbrarse a ese tipo de comida.

Cuando terminó, volvió a subir a la planta, curioso por comprobar qué nuevo truco tenía reservado para él Astourde.

El hombre estaba otra vez sentado tranquilamente a la mesa, su rostro intolerante tan inexpresivo como siempre.

—Siéntese, doctor Wentik —dijo en cuanto lo vio.

Wentik fue hasta la mesa y notó que la mano seguía brotando de su centro. Estaba inmóvil, los dedos descansaban relajados en la superficie de la mesa.

Al llegar, Wentik se detuvo y miró alrededor. Le pareció que ambos, Astourde y él, estaban solos. No había señales de los otros hombres.

El día anterior, el abrupto cambio de ambiente hizo que las impresiones de Wentik sobre el jardín sufrieran una distorsión. De los confines agobiantes y opresivos de su celda y los tétricos y mal iluminados corredores, al sol brillante y los colores del césped. Había ciertos rasgos de un sueño en las impresiones que aún guardaba del día anterior, pese a todos sus intentos por racionalizarlas.

Por eso, antes de sentarse a la mesa, miró alrededor. Todo estaba como antes: la hierba del prado, el muro de la cárcel formando un lado del jardín y las hayas los otros tres, y la llanura ondulada que se extendía hasta el horizonte. Hacia allá la cabaña de madera que contenía el laberinto, y en las cercanías, el campo de minas.

Sólo Astourde sentado a la mesa, y la mano que continuaba brotando.

Wentik tomó asiento.

Contempló la mano y pensó: *Me llamo Clive Astourde.*

Astourde, sentado frente a él, observó su concentración y se removió en la silla.

La mano tembló ligeramente, luego lo señaló.

¿Coincidencia?

Wentik siguió pensando: *Soy un hombre libre*. Ningún cambio, la mano continuaba señalando a Astourde.

*Soy un prisionero y me llamo Elías Wentik, de Londres, Inglaterra.*

Astourde, que ahora se agitaba intranquilo, como si supiera que ya no tenía tanto control sobre Wentik como antes, tocó nerviosamente el borde de la mesa con los dedos. Al hacerlo, la mano se inclinó y volvió a su primera posición.

El día anterior Wentik había creído que el movimiento de la mano estaba relacionado de algún modo con sus pensamientos. Pero la explicación más probable era que Astourde podía manipularla de alguna forma.

Astourde se aclaró la garganta.

—¿Para quién trabaja, doctor Wentik?

Wentik contempló la mano. Pensó: *Soy un científico civil*, y la mano permaneció estacionaria.

—Soy capitán de la Infantería de Marina de los Estados Unidos —dijo suavemente.

Astourde dio la impresión de estar perplejo. La mano señaló a Wentik, luego se relajó. A continuación volvió a señalarlo.

—¿Qué...

Astourde se detuvo, después hizo un nuevo intento:

—¿Qué hacía en la Concentración?

—Era un prisionero —dijo Wentik.

—¿Cuál es su nacionalidad?

—No lo sé.

¿Quién soy yo?

Wentik miró fijamente al hombre.

—Usted es mi interrogador.

La mano se puso a dar puñaladas al aire en su dirección, y Astourde se puso de pie.

—¿Su interrogador? ¿Eso soy?

Apartó la silla a un lado con aire desdeñoso y se dirigió hacia la pared de la cárcel donde había sido colocada su caja de madera. Se subió encima y miró el prado.

De detrás de los árboles que delimitaban el césped surgieron los otros hombres. Sin hacer caso de Wentik, que se había quedado sentado a la mesa observando la maniobra con fascinación, marcharon en dirección a Astourde y lo rodearon en desordenado montón.

Wentik se echó a reír, y volvió a la celda sin que nadie lo advirtiera.

En los días que siguieron la vida de Wentik se centró más o menos en torno a la

mano y en el ilusorio efecto psicológico que producía. Sus primeras sensaciones de moderada curiosidad y tímida aceptación no tardaron en dar paso a un activo interés académico por el mecanismo de la mano. Varias veces se arrastró bajo la mesa durante las sesiones de interrogatorio, pero no fue capaz de llegar a comprender el funcionamiento de modo satisfactorio. Finalmente, se vio forzado a aceptar que la mano no era un invento de Astourde (ni de alguno de los hombres, realmente), sino que Astourde y sus hombres se habían encontrado con la mano al ocupar la cárcel.

Aceptado esto, la curiosidad de Wentik disminuyó y se preocupó más por el comportamiento irracional de Astourde. Sus motivaciones le resultaban totalmente oscuras a Wentik, que tan sólo podía devanarse los sesos respecto a la inconsistencia de las reacciones del individuo. En las ocasiones que Wentik trataba de superarlo en el manejo de la mano de la mesa, la expresión de Astourde se volvía preocupada, y casi parecía un hombre acosado. Pero cuando Wentik se mostraba menos agresivo en sus réplicas, Astourde tomaba la iniciativa y lo bombardeaba con preguntas y preguntas y preguntas. En cierta ocasión, cuando estaban en la etapa en que los interrogatorios se habían vuelto tan fastidiosos como al principio, Astourde se puso en pie y comenzó a vociferar. La mano señalaba rígidamente desde el centro. A continuación, Wentik se sintió francamente asustado, y cuando los hombres de batas blancas empezaron a cercarlo a una inadvertida señal de Astourde, Wentik se había retirado rápidamente a la seguridad relativa de su celda.

Así provisto de una aceptable y útil teoría sobre la naturaleza de la mano, pero con un conocimiento creciente de la imprevisible conducta de Astourde, Wentik se encontró con que los sueños que todavía le preocupaban empezaron a debilitarse, y al cabo de unos cuantos días dejaron de producirse.

Trece días después de haber encontrado la mano de la mesa, cuando paseaba por el corredor en busca de un improvisado desayuno en la cocina, Wentik notó que las ventanas que daban a la llanura habían sido desprovistas de las persianas.

Fuera de la cárcel, el helicóptero seguía estacionado. Pero las piezas rotoras, advirtió Wentik, habían sido finalmente quitadas y no se las veía por ninguna parte.

Al llegar al prado, Wentik no fue derecho hacia la mesa, sino que caminó hacia los otros hombres, que parecieron sorprendidos de que él los abordara directamente. Varios de ellos retrocedieron o se desplazaron hacia los lados, buscando la protección de los árboles.

Wentik fue hacia el más próximo, un hombre de cabello negro corto con la cabeza llena de caspa que lo miró con aprensión.

—¿Quién es usted? —dijo directamente Wentik.

—¿Yo? Soy Johns. Cabo Alien Johns, señor —señaló a los otros—. Y esos son Wilkes, Mesker, Wallis...

Wentik se alejó de su interlocutor, circundó al grupo y fue poniéndose detrás de

cada uno de ellos. Ociosamente, recogió una de las tablillas sujetapapeles que yacían en el suelo. La hoja de papel había sido dividida en dos amplios márgenes, con el encabezamiento REACTIVO y PROGRESIVO. Había varias ecuaciones minúsculas garabateadas en la hoja sin hacer caso alguno de las columnas, como hechas en un momento de distracción. En la parte inferior, en la columna PROGRESIVO, alguien había escrito:

Astourde

Wentik

Astourde

Musgrove (?)

El tercer nombre estaba subrayado con un trazo muy grueso.

El hombre que se llamaba Johns dijo de repente:

—¿Por qué no deja de oponerle resistencia, señor?

Wentik, que todavía rumiaba el significado de las notas, contestó distraídamente:

—¿A quién? ¿A Astourde?

—Claro. Todos podremos regresar entonces.

Wentik, sin entender nada, se apartó del grupo y caminó hacia la esquina más cercana del prado. Se sentó al abrigo de una de las hayas y estudió los jeroglíficos de la tablilla. Johns lo siguió y se acucilló a su lado. De pronto una ardilla saltó por el prado y por encima de sus cabezas. Los dos hombres se sorprendieron.

El chillido del animal flotó en el confinado espacio.

Wentik miró la mesa del césped, en la que Astourde seguía sentado. El hombre contemplaba inexpresivo la mano del centro.

—¿Qué espera conseguir Astourde con sus preguntas? —dijo Wentik—. Son las mismas, una y otra vez. Ya ni siquiera importa como yo las conteste...

Johns lo miró de un modo penetrante.

—Tal vez sea culpa del interrogador más que de las preguntas.

—¿Y eso significa...?

El hombre se levantó y se alejó.

—No lo sé —apretujó la mano en el bolsillo de su bata blanca, y rio para sus adentros—. Se supone que tenemos que copiar todas sus respuestas y entregarlas a Musgrove. Solíamos hacer chistes por la noche, sobre lo que Musgrove hace con las respuestas.

—¿Musgrove? —preguntó Wentik con repentino interés—. ¿Dónde está?

—En una de las celdas, creo.

—¿Cree?

—No lo he visto últimamente. Creo que sigue aquí. Ya no nos molestamos en llevarles nuestras notas.

Johns dejó a Wentik con la tablilla en las manos y siguió alejándose. El científico

volvió a examinar las notas pero no pudo extraerles nada que tuviera algún sentido para él. Finalmente la dejó caer al suelo y observó a los otros hombres.

Johns se había reunido con el grupo, y algunos de los individuos miraban a Wentik con indiferencia, como si fuera de importancia secundaria con respecto a algo que aún estaba por suceder.

Astourde estaba solo ante la mesa en el centro del prado.

Pacientemente, Wentik tomó asiento bajo su árbol a esperar lo que iba a ocurrir. El sol era ardiente de nuevo, provocaba fluctuaciones en el horizonte, pero hacia el sudoeste las nubes ensombrecían el cielo.

Nadie se movía, aunque de vez en cuando Wentik observaba a alguien que pasaba junto a la ventana del bloque de la cárcel. El silencio era intenso, roto una sola vez por un jet que atravesó el cielo a gran altura y con gran velocidad.

Con un impulso repentino, Wentik se puso en pie de un brinco y salió a la carretera por el prado en dirección a la cárcel. Alguien acababa de pasar junto a la ventana cerca de la puerta de madera de pino.

Abrió la puerta de una patada, y encontró a un sorprendido guardián que paseaba lentamente por el pasillo. Saltó sobre la espalda del guardián y dobló el brazo en torno al cuello del hombre en una presa estrangulante. El guardián alzó los brazos en un intento de defensa propia, pero Wentik lo tenía cogido en una llave irresistible.

Echó al suelo al guardián.

Satisfecho de que el hombre no pudiera zafarse, Wentik alivió ligeramente su presa para que pudiera hablar.

—¿Cómo se llama? —dijo al oído del guardián.

—Adams, señor. No me agarre así. No puedo respirar.

—Muy bien. Pero quiero información. ¿Qué demonios es esto?

—Estamos en el distrito Planalto.

—¿A qué se refiere? Sea concreto —apretó de nuevo a su presa. El guardián se retorció antes de obedecer y contestar:

—Estamos en Brasil. Fui enviado aquí. ¡No me culpe! Fue Astourde...

Wentik aumentó la presión, y el hombre quedó inmóvil, suspendido en los brazos de Wentik, con la boca abierta para poder respirar. Aprovechándose de que el individuo ya no se debatía, Wentik lo arrastró hasta la celda más próxima y lo tumbó en la litera.

—Ahora explíquese lentamente.

El guardián recuperó el aliento y empezó a hablar. Él era sólo un soldado raso, dijo. Habían tenido problemas con él en su unidad de Alemania Occidental, cierta riña por una mujer, y lo habían asignado a una unidad especial de las Filipinas. Después lo mandaron a Río de Janeiro con Astourde por vía aérea y lo llevaron a la cárcel. Por lo que él sabía era una especie de castigo. Nadie se lo había explicado. Él

se limitaba a hacer lo que le ordenaban. No se trataba...

Wentik lo soltó y regresó al prado. El sol, ya cercano al cenit, le hizo daño en los ojos con su resplandor. Se quedó junto a la puerta y examinó el cuadrado de hierba.

Pensó en Musgrove, en alguna celda de la cárcel. Y en Astourde, atado severamente a la rutina del interrogatorio. Y pensó en el resto de los hombres: los vigilantes y los que llevaban batas blancas. Todos parecían cumplir con una rutina tan absurda para ellos como lo era para Wentik.

Cuando no hay escapatoria posible de una prisión, ¿quiénes son los prisioneros?

Se acercó a la mesa.

Astourde seguía en su silla. Al acercarse Wentik alzó la mirada.

—Siéntese, doctor Wentik —dijo.

En lugar de eso, Wentik siguió caminando alrededor de la mesa. En el centro, la mano reposaba ociosamente, apuntando en la dirección general de la vacía silla del científico. Observando un instante los árboles, vio que los hombres estaban alerta, como si los movimientos de Wentik fueran de gran interés otra vez. De repente, Wentik agarró la mesa y la hizo dar medio giro de manera que la mano quedara señalando a Astourde.

—¿Por qué estoy aquí, Astourde? ¡Dígamelo!

Dio un salto hasta quedar frente al hombre, agitando un puño amenazador. En el centro de la mesa, la mano había cobrado una brusca rigidez y estaba señalando.

Astourde cayó hacia atrás con la silla y rodó por la hierba. Trató de escabullirse serpeando, pero Wentik, todavía asiendo el borde de la mesa, la hizo girar de nuevo de modo que la puntería de la mano siguiera a Astourde. La mano se puso a dar pinchazos al aire.

—¡No la apunte hacia mí! —gritó Astourde.

Se arrastró hacia el grupo de hombres. Wentik soltó la mesa y corrió tras él. Lo cogió y tiró de él hasta ponerlo en pie.

—¿Por qué ha estado interrogándome? —exigió saber. Astourde lo miró fijamente.

—¡Para sacarle la verdad! Pero eso ya ha terminado.

Se liberó de Wentik, corrió entre el racimo de hombres y se metió en la llanura. Sin aflojar el paso, corrió hasta llegar a la cabaña y desapareció en su interior.

El hombre llamado Johns se acercó a Wentik.

—Debió haber hecho eso mucho antes.

Se acercó a la mesa y la puso bien. En el centro del mueble, la mano seguía dando pinchazos a ciegas.

—Astourde confía demasiado en este artilugio. —Johns deslizó los dedos por el borde de la mesa, vaciló en un punto concreto, y la mano volvió a relajarse—. Cuando controlaba esto creía que era el dueño de la situación.

—Pero me culpa de algo que no comprendo —dijo Wentik.

—Nos dijo que usted nos trajo aquí.

—No. Él es el responsable de que todos estén aquí.

Johns se puso a desabrochar su bata blanca.

—Fue algo que dijo Musgrove. Sobre sus investigaciones en la Concentración, o lo que fuera.

—¿Mi trabajo? —dijo Wentik, incrédulo.

—No sé nada de eso.

Johns se alejó de Wentik hacia la cabaña, quitándose la bata blanca y cogiendo un rifle de entre un montón que había al borde del césped. Wentik lo siguió, reparando en que Johns vestía el uniforme de los guardianes bajo la bata. Los otros también se habían quitado las batas e iban por el rastrojal.

Wentik se dirigió a la pila de batas desechadas y cogió una.

—¿Puedo ponerme esto? —preguntó.

No hubo respuesta, por lo que se echó la bata por encima de los hombros y deslizó los brazos por las mangas. En el suelo descubrió una tablilla sujetapapeles y también la cogió. El papel estaba en blanco.

Estuvo sentado una hora a la sombra de los árboles, contemplando la inmóvil faz de la cárcel.

Al acabar la hora los hombres que permanecían en torno a la cabaña lanzaron gritos de gozo y varios cartuchos de fogueo resonaron en el aire. De vez en cuando, uno de los hombres chillaba, la voz apagada por las delgadas paredes de la choza.

Mucho más tarde, en medio del constante calor del largo atardecer, Wentik encontró un rifle y varios cartuchos de fogueo junto a uno de los árboles y cruzó la llanura para unirse a los que estaban en la cabaña.

## Siete

Cuando Wentik se despertó la mañana siguiente, captó al instante un agudísimo chillido mecánico que subía y bajaba de manera monótona. Saltó de la litera, se puso los pantalones y salió al corredor.

Ahí el sonido era mucho más fuerte.

Atisbó por una ventana, los ojos entornados ante la primera luz matutina. Había una capa de nubes bajas en el cielo y, aunque el sol no era visible, ya se sentía su presencia. Wentik notó el primer indicio de sudor en las palmas de las manos.

Una fina neblina de humo rodeaba el helicóptero, y Wentik apenas logró distinguir la forma de una figura en el interior de la cabina.

Recorrió los pasillos hasta llegar a la escalera principal y bajó. Fue directamente a la cocina y se sirvió algo de comer. En todo ese tiempo no vio a nadie. Se lavó cara y manos bajo el grifo de agua fría y se secó con el basto material de la bata blanca. Cuando hubo terminado, se puso la bata y se dispuso a investigar la fuente del ruido.

Subió las escaleras hasta la planta baja y atravesó el pasillo central para llegar a una puerta que daba a un túnel, que al parecer iba de la puerta principal de la cárcel a un pequeño campo de ejercicios que había en el centro.

Había silencio ahora, y Wentik observó la enorme puerta, cerrada mediante un simple dispositivo de aldabas de madera. Alzó las dos barras, las soltó para que giraran hasta el suelo y empujó. Salió al aire libre.

El helicóptero estaba a cincuenta metros de distancia, su nariz de cara a Wentik. La cruz roja vertical con su fondo blanco resaltaba entre la monotonía de colores, alrededor. Un hombre se hallaba junto al aparato, la cabeza metida en una gran escotilla de inspección en el costado del fuselaje delantero.

Era Musgrove.

—¡Hey, Musgrove! —gritó Wentik.

El hombre miró sorprendido y lo vio. Se echó hacia atrás, bajó de golpe el panel de inspección y se precipitó hacia la escotilla de entrada. Desapareció de la vista dentro de la máquina y reapareció en la burbuja transparente de la cabina. Cayó pesadamente en uno de los asientos, estiró el brazo hacia el techo y bajó una palanca. Al instante el aullido mecánico sonó de nuevo, y el eje situado en la parte superior del aparato, carente de piezas rotoras, giró furiosamente. El propulsor estabilizador de la cola comenzó a dar vueltas. El ruido cobró más agudeza y el humo salió disparado por una línea de tubos de escape en la base del helicóptero.

Wentik llegó al aparato, subió y trepó hasta la cabina.

—¿Qué demonios está haciendo? —gritó a Musgrove.

El hombre miró por encima de su hombro, frenético, e intensificó la presión de su mano sobre la palanca del starter. La estridencia del motor prosiguió.

—¡Apártese! —contestó Musgrove—. ¡Estoy a punto de despegar!

—¡No! ¡Sin hélices no lo hará! —gritó Wentik—. ¡Por amor de Dios, suelte esa palanca!

El ruido en la cabina era ensordecedor.

Wentik estaba vagamente familiarizado con helicópteros de ese tipo. Durante uno de sus períodos de instrucción industrial varios años atrás, estuvo vinculado con una empresa británica que montaba aparatos similares bajo licencia. En cierta ocasión le habían mostrado uno, tal vez del mismo modelo, o una mejora de éste. La palanca que Musgrove sostenía era el starter del pistón auxiliar, aun cuando el helicóptero hubiera estado equipado con las hélices no habría podido despegar. La propulsión principal residía en las toberas de las aspas, abastecidas por un compresor principal alojado dentro del mismo aparato.

Wentik asió el brazo de Musgrove y tiró. El hombre se aferró con desesperación, hasta que Wentik clavó las uñas en sus bíceps. Cuando Musgrove soltó la palanca, el alarido del motor de arranque se apagó.

Musgrove se irguió y agarró el cuello de Wentik violentamente. Moviéndose con torpeza, su pie cayó contra la abierta puerta de un depósito y entró tambaleante en el compartimiento principal del aparato. Wentik se agachó detrás de Musgrove cuando éste caía y lo arrojó hacia la escotilla. Musgrove resbaló en el borde y cayó sobre los rastros, con la cabeza cerca de una de las ruedas.

Wentik se acuclilló en el margen de la escotilla y miró al otro. Cierta rasgo de su conducta violenta e irracional lo desconcertaba.

Musgrove se volvió y levantó la mirada hacia Wentik.

—He vuelto a sorprenderle, ¿no?

Wentik lo contempló meticulosamente.

—Creo que está enfermo, Musgrove.

—Bueno, es posible. Pero no es culpa mía, ¿no?

Se levantó y se alejó hacia la cárcel quitándose el polvo con idénticos movimientos a los que le viera emplear antes en el molino. De pronto echó a correr, y desapareció por la puerta de madera negra.

Wentik volvió a ponerse en el asiento del piloto y apoyó las manos en los controles principales. Observó la disposición de cuadrantes e instrumentos en el panel de mandos. Pese a que tenía licencia de piloto privado y había pilotado aviones ligeros durante varios años por esparcimiento, ninguno de esos controles tenía demasiada lógica para él. ¿Cuánto se tardaría en aprender a pilotar un aparato así?, se preguntó. Quizás entre los hombres del grupo hubiese algún piloto...

Por lo que él recordaba, ese tipo de helicóptero se usaba para transporte de personal o como ambulancia aérea. Era rápido y fácil de maniobrar, pero de alcance relativamente corto. Su techo era bastante elevado, pero por encima de los tres mil

quinientos metros su manejo resultaba molesto, según habían informado a Wentik.

Examinó los indicadores, y notó que los tanques estaban llenos. Era evidente que Musgrove conocía el aparato tanto como para poder reabastecerlo de combustible, pero sus empeños absurdos en pilotarlo sin rotores le resultaban incomprensibles.

Mediante un método de tanteos, Wentik encontró el encendido y lo desconectó. Era tonto dejar que las baterías del circuito auxiliar se descargaran; ya habían sufrido suficiente abuso, y Wentik planeaba usar el aparato para huir de la cárcel en cuanto fuera posible.

Cerró la escotilla de golpe y volvió al edificio.

A últimas horas de la mañana, después de seguir errando por la cárcel y enterarse de que prácticamente todas las puertas interiores estaban abiertas, Wentik decidió efectuar una ruptura total con el ambiente del edificio, y paseó a solas por la llanura en dirección al poste de la colina cercana.

Todavía llevaba puesta la bata blanca, y mientras caminaba encontró un pequeño espejo en uno de los bolsillos. Contempló el reflejo de su rostro, advirtiendo sobresaltado que era la primera vez en varias semanas que lo hacía, y se miró con la actitud objetiva de un virtual extraño.

Su cabello se había hecho muy largo, y flotaba libremente sobre su cara. El pico de pelo sobre su frente, otrora prominente cuando decidió peinarse hacia atrás, había desaparecido bajo el nuevo margen y, para satisfacción de Wentik, la textura del pelo había mejorado mucho y tenía un color más claro.

Instintivamente, hizo ademán de recogerse el pelo pero se detuvo. Los rasgos de su cara, más bien huesudos, quedaban suavizados si dejaba flotar sus cabellos en desorden, lo cual le daba un aspecto juvenil.

En realidad, pensó Wentik mientras contemplaba su rostro, le convenía.

Este destello de vanidad mejoró su humor en gran medida.

Llegó a la base del poste, y notó que la tarde se ponía desagradablemente calurosa. El calor sin sol en cierto modo era más incómodo que el mismo sol. Además, amenazaba llover.

El poste apoyaba su base en una sola cavidad esférica. Cuatro cables de ramales retorcidos de poco más de medio centímetro de diámetro sujetaban el poste, pero debido a la pendiente de la colina en que había sido levantado, los dos cables más largos por llegar más abajo hacían una pronunciada comba. A lo largo del poste había una escalerilla, circundada cada pocos centímetros por un anillo metálico de sesenta centímetros de diámetro.

Wentik miró a su alrededor. Deseaba inspeccionar el terreno cercano y este método le había parecido ideal. Pero ahora que realmente podía llegar a experimentarlo, se sentía intimidado.

Observó la parte superior de la escalerilla, acobardado por la altura del poste. En

la punta pudo distinguir una reducida plataforma rodeada por una baranda metálica. Al menos cuando llegara arriba tendría donde apoyarse... Abotonó su bata blanca para que no aleteara con la brisa y se dispuso a trepar.

Curiosamente, los primeros treinta peldaños fueron los peores. Wentik trepó a un ritmo constante, sin detenerse ni mirar más lejos del siguiente travesaño. No tenía aversión especial a las alturas, pero la experiencia era nueva para él. A través de la sensible piel de sus manos percibió la vibración del poste a cada paso que daba.

Cuando por fin alcanzó la cúspide del poste, Wentik se sentó en la plataforma con gran satisfacción. Se recostó en la barandilla y sintió el frescor de la brisa en su espalda.

Se quitó la bata blanca.

En cuanto hubo recobrado el aliento y se notó algo más fresco, se levantó y contempló la llanura.

La masa negra de la cárcel dominaba el panorama. Vista desde esa altura y distancia tenía un aspecto deforme y viejo, con las sucias paredes de hormigón reflejando la luz del cielo de manera tan monótona que a Wentik le pareció repulsiva. El techo era de madera, pintada o manchada de un color castaño oscuro desparejo. Aproximadamente cada veinte metros a lo largo del contorno del techo vio garitas de centinela abandonadas.

Wentik trató de distinguir el límite de la llanura hacia el sur, el distrito Planalto. E instintivamente la desolada inmensidad le hizo experimentar una sensación de reclusión mucho mayor de la que había llegado a sentir enjaulado en las celdas.

Una irremediable sensación de separación de la realidad lo invadió. No había salida. En todas direcciones, la misma perspectiva deprimente de llanura sin confines se presentaba ante él. Sólo al este parecía haber cierto cambio. Daba la impresión de que hacia allá crecía una vegetación más oscura, pero podía tratarse también de una ilusión causada por la sombra de las nubes. Estaba demasiado lejos para asegurarlo con certeza.

Wentik notó una ligera vibración en la plataforma, y se agarró a la pequeña baranda tubular que era lo único que había entre él y un vacío de sesenta metros. Miró hacia abajo por entre la malla metálica de la plataforma y vio una figura de uniforme gris que ascendía impetuosamente por la peligrosa escalerilla.

¿Astourde? ¿Para qué lo seguiría hasta ahí?

Su primer pensamiento fue que el interrogatorio iba a continuar. Después lo pensó mejor; la retirada de Astourde había sido total el día anterior. Ya no disponía del apoyo tácito o encubierto de sus hombres, y toda nueva acción que emprendiera sería por cuenta propia.

Wentik desechó el pensamiento.

Volvió a sentarse y se relajó sobre la baranda, en espera de que Astourde llegara.

Astourde salió del último travesaño y se sentó pesadamente junto a Wentik.

—Elias —dijo casi sin aliento—. Tenemos que hablar.

Wentik se estremeció. El intrigante énfasis que Astourde había puesto en aquel ‘Elias’ le resultó irritante. Miró al hombre.

—¿Qué quiere?

—Lo mismo que usted, supongo.

Astourde jadeaba, pero no hizo intento alguno de desabrocharse la túnica del uniforme.

—Ojalá no me hubiera seguido hasta aquí —dijo Wentik con tono mordaz—. No hay nada más que decir.

—Sí, hay algo. —Astourde metió la mano en la túnica y sacó una tira de papel transparente, ya arrugado y sucio. En el interior, el solitario cuadro de película de color seguía allí.

Astourde lo sostuvo sobre el borde de la plataforma, y lo soltó.

—Cosas como esa foto del jet. Razones de que estemos aquí. Qué vamos a hacer ahora. No estoy seguro —su mano volvió al bolsillo interior.

—¿Qué haremos para salir de este lugar? —preguntó Wentik.

—No lo sé. Está el helicóptero, supongo.

Wentik miró hacia el aparato, casi oculto por la masa de la cárcel. Dos hombres trabajaban en él cerca del rotor de la cola.

—Sorprendí a Musgrove esta mañana. Intentaba despegar en el aparato.

—¿En serio? —dijo Astourde, vivamente—. Le dije que no lo intentara.

—¿Por qué quitaron los rotores? —preguntó Wentik.

Astourde se estremeció, la mano oculta bajo la túnica.

—Creí que usted lo robaría.

—¿Así que sabía que yo podía pilotarlo?

—Sí.

Algo captó la atención de Wentik al observar el helicóptero. En algún punto de una de las paredes de la cárcel... Entornó los ojos en un esfuerzo por distinguir.

—Musgrove ha actuado de un modo extraño —dijo.

—Es posible.

Astourde se levantó, y se inclinó en la baranda de la plataforma, apartando la vista de la cárcel. Mientras estuvieron conversando, la capa nubosa había menguado y el sol daba ya todo su calor. La llanura brillaba tenuemente a causa de las corrientes térmicas.

Wentik se levantó también y contempló la cárcel.

Allá. Aproximadamente en el centro del muro vio una protuberancia de color claro. Con el brillo del sol, los monótonos colores de las paredes producían un efecto amortiguador en los ojos. Pero una vez identificada la protuberancia, Wentik la vio

con bastante claridad. Era de un color amarillo claro, casi blanco. No tenía una forma identificable para Wentik, pero su presencia en el muro no parecía ser arbitraria. Con la curiosidad excitada, Wentik se preguntó qué podría ser, situada con manifiesta deliberación en una pared externa por otro lado lisa.

Tenía que haber alguna razón para la protuberancia, pero esa certeza no menguó la curiosidad del científico, que persistía. Cuando tuviera tiempo, quizás a lo largo del día, le echaría un vistazo más de cerca. Cogió el brazo de Astourde para llamar su atención al respecto, pero el individuo se resistió.

—Allá —dijo—. Mire la cabaña. Tuve que dormir ahí la última noche.

Wentik observó la construcción, y reparó con sorpresa en su aparente pequeñez. En la ocasión que estuvo dentro había percibido de un modo subjetivo que el laberinto de túneles internos era infinitamente grande. Entonces se había aterrorizado, pero al contemplarla ahora se sintió intrigado con la paradoja de su tamaño.

Sintió un remordimiento. Habían sido sus actos, al fin y al cabo, los que habían forzado a Astourde a meterse en la cabaña.

—En cuanto a salir de aquí... —dijo.

—Tengo algunos mapas, Elías —lo interrumpió Astourde—. Podríamos tratar de llegar a Pôrto Velho si usted quiere. O a la costa. ¿Qué le parece?

—No lo sé. Me gustaría ver los mapas.

—Hay algo más...

—¿Qué?

—No estoy seguro —dijo lentamente Astourde—. Es algo relacionado con el motivo por el que usted se halla aquí. Todo ha cambiado ahora.

—No comprendo.

—Después de lo sucedido ayer. Todo ese tiroteo, y cuando estaba solo en la cabaña... Empecé a ver las cosas desde su punto de vista. Después, cuando salí esta mañana, fue como si usted ya no existiera. —Astourde se agarró al aro metálico más cercano de la escalerilla y apoyó una pierna en el travesaño.

—¿Qué pretende decir, Astourde?

—Discutámoslo más tarde —bajó otro peldaño—. Hace demasiado calor aquí. Esperemos a que refresque. Venga a mi despacho esta noche.

Su cabeza desapareció de la escena. Wentik lo observó a través del suelo, tal como lo había visto ascender. Los movimientos del individuo eran lentos, meticulosos, como si un motor interno regulara su coordinación corporal.

Por el motivo que fuera, el período de encarcelamiento de Wentik parecía haber llegado a su final. Astourde lo trataba ahora con deferencia. Wentik imaginaba al hombre en otro ambiente, tal vez como un solícito jefe de cierto departamento gubernativo, supervisando al personal de pagos... Arrogante con sus subordinados, servil ante sus superiores. Pero su estancia allí había transcurrido, y acabado.

Wentik se preguntó dónde encajaba él en los nuevos planes de Astourde..., suponiendo que el hombre tuviera algún plan. Y volvió a recostarse en la baranda, notando la ligera vibración de la plataforma causada por el descenso de Astourde. Los rayos del sol daban en un lado de su cara, el otro estaba temperado por la brisa. Algo que casi resultaba agradable.

De vez en cuando su mirada erraba hacia el horizonte oriental. Wentik detenía su observación sobre la suave mancha de vegetación más oscura.

## Ocho

Astourde encontró a Musgrove en el pequeño campo de ejercicios del centro de la cárcel. El hombre se hallaba a un lado, mirando hacia la pared opuesta las hileras de ventanas con barrotes.

—No lo entiendo —dijo cuando vio a Astourde, que se dirigía hacia él—. Ninguna de las celdas tiene ventana, y sin embargo desde aquí fuera se ven tantas...

—No se preocupe por eso —dijo Astourde—. Hay algo que deseo que haga.

Musgrove se acercó a Astourde y abrió la puerta de un cobertizo situado en el muro del patio.

—¿Qué ocurre?

Astourde vio que el otro extendía el brazo y levantaba el extremo de una de las hélices del helicóptero. Cambió de tema bruscamente.

—Creía que... ¿Por qué las has ocultado?

—Usted me lo ordenó.

—No dije que las ocultara. Dije que las sacara.

El rostro de Astourde reveló su repentina cólera. Volvió la espalda a Musgrove como si hubiera recordado lo sucedido el día anterior.

—Wentik dice que le ha visto en el helicóptero esta mañana.

Musgrove dejó en el suelo la hélice y se irguió.

—Sí. Lo sorprendí cuando trataba de despegar. Admitió que intentaba escapar.

—¿Wentik estaba en el aparato?

—Sí.

Musgrove permanecía ante él mostrando hosquedad. Daba la impresión de que su actitud actual era una reacción contra la conducta de Astourde el día anterior. En los escasos meses que conocía a Musgrove, éste se había mostrado reacio a obedecerle con frecuencia, pero a Astourde jamás le había dicho una mentira deliberada, al menos para su conocimiento.

—Wentik afirma que fue usted el que trataba de pilotar el aparato —dijo a Musgrove.

—¡Ja! ¿Sin los rotores?

—Sí. Sin los rotores. ¿Qué pretendía?

Un hombre se presentó en el patio, se acercó a Musgrove y le entregó una caja metálica que contenía varias llaves. Se marchó sin mirar a Astourde.

—¡Eh, usted!

El hombre se detuvo y se volvió.

—¿Qué es lo que quiere? —lo increpó Astourde.

—Buscaba al señor Musgrove. No lo encontré en el despacho, así que...

—Bien. —Astourde se volvió hacia Musgrove—. Quiero que haga algo.

El individuo le devolvió la mirada recelosamente, como si expresara de un modo tácito la falta de autoridad de Astourde sobre él.

—¿Qué cosa?

—Usted también —dijo Astourde al otro hombre—. Intenten localizar a algunos habitantes locales.

—¿Está hablando de viajar a pie? —preguntó Musgrove.

—Sí. Llévase el equipo que quiera, y los hombres que le hagan falta.

—¿Y si no voy? —replicó Musgrove, con una insinuación de amenaza en su tono.

—Yo... No sé —dijo Astourde—. ¿Va a ir?

—De acuerdo. —Musgrove miró al otro individuo—. Pero iré solo.

—Es cosa suya.

Astourde se volvió y se dirigió a su despacho. Con Musgrove lejos se sentía más capaz de habérselas con Wentik.

Al atardecer, Wentik regresó a la cárcel y comió algo. No vio a nadie, pero escuchó el ruido de algunos movimientos ocasionales procedentes del piso superior.

Durante el interrogatorio había mantenido a raya de manera consciente, mientras aguardaba hechos positivos, su deseo de abandonar la cárcel. Ahora que estaba prácticamente en libertad para actuar como le apeteciera, su ansia de salir de la cárcel, de volver a tomar contacto con el mundo exterior, de continuar su trabajo y ver de nuevo a su familia..., todo eso se convertía en la obsesión principal. Con todo, el científico estaba aceptando también, al mismo tiempo, la lejanía de la cárcel. Se estaba acostumbrando a la idea de que su huida era un objetivo a largo plazo.

Con estos detalles en la mente, se resolvió a averiguar lo que pudiera sobre el lugar. Quizás hasta podría descubrir algún medio de acelerar el proceso...

En cuanto hubo comido, Wentik fue otra vez al pequeño prado de la parte posterior de la prisión. En ese momento estaba tan silencioso como el resto del edificio. La mesa que se había usado en su interrogatorio había sido arrastrada hasta la pared y permanecía allí en solitaria quietud, con la mano sintética relajada y apuntando hacia la cárcel fláccidamente.

Wentik contempló el miembro irónicamente, recordando cómo su siniestro surrealismo había llegado a obsesionarlo al principio. Pasó los dedos por las lisas líneas de la mano, y le alarmó un poco encontrar que estaba caliente, muy probablemente por su exposición al sol. No obstante, el descubrimiento lo intranquilizó.

En las primeras ocasiones que había intentado averiguar el funcionamiento de la mano, Wentik había estado limitado por la presencia de Astourde. Aún no tenía idea de cómo funcionaban los mandos, aunque por fuerza debía existir un control dactilar a lo largo del borde trasero de la mesa. Wentik se inclinó y observó el borde.

Al instante, vio una pequeña placa metálica fijada en la madera. En ella se

hallaban repujadas las palabras:

---

Companhía Siderúrgica Nacional.

VOLTA REDONDA

*Poder Directo*

---

Puso las palmas de las manos sobre la mesa y dejó caer los pulgares, como Astourde había hecho siempre. Por un segundo o dos estuvo tanteando, hasta encontrar el lugar adecuado. Si apretaba ambas manos a la vez caía una palanca... y la mano se ponía rígida. Apretando la palanca, la mano empezaba a pinchar el aire.

El movimiento le fascinaba igual que siempre, la mano moviéndose hacia adelante y hacia atrás como la cabeza de un ave zancuda.

Con las manos en la superficie de la mesa, Wentik sentía la vibración del movimiento. Alzó las manos y el miembro se detuvo. Satisfecho, dio media vuelta. Era un simple artilugio, al fin y al cabo, y cualquiera podía manejarlo.

Se alejó de la mesa, atravesó el prado y salió a la llanura. El sol empezaba a descender en el cielo, pero el ocaso no llegaría hasta dentro de dos horas. La temperatura era elevada, con seguridad que muy por encima de los treinta grados.

Wentik se encaminó muy resueltamente hacia la cabaña.

Como la cárcel, la cabaña tenía un aspecto viejo y destartado. Dos de las paredes eran de hormigón, pero el resto era de madera. Wentik la circundó lentamente.

Cuando Astourde lo dejó solo en la cúspide del poste, el científico había pasado varios minutos estudiando la cabaña con la ventaja de la altura. La construcción era asimétrica, construida en principio en forma de cubo, pero los añadidos posteriores no habían seguido un diseño particular. Se tendía descuidadamente en el rastrojal, con numerosas paredes y ángulos, techos distintos y oquedades.

Había cuatro entradas desde el exterior, y al pasar junto a cada una Wentik atisbó por ellas.

Una de las aberturas se hallaba en el lado de la cabaña que entonces miraba al sol, y por ella vio Wentik el interior hasta muy dentro sin necesidad de entrar.

La vez que lo metieron a la fuerza en la cabaña, Wentik no había podido ser observador debido al miedo. Había intentado deducir el diseño del lugar, mas había experimentado una especie de retirada intelectual que había cerrado su mente al problema y permitido que reaccionara de una forma enteramente emotiva. Al observar la cabaña ahora, Wentik creyó que podría hacer una inspección muy analítica, con un criterio de técnico profesional.

El condicionamiento de los reflejos humanos había formado parte del campo de

las investigaciones de Wentik, que había publicado varios artículos sobre el empleo de laberintos en el entrenamiento de mentes no formadas.

Cualquier individuo arrojado violentamente a esa construcción, notó Wentik, quedaría automáticamente perplejo y desorientado. Todas las superficies, horizontales o verticales, habían sido pintadas del mismo color negro mate. Y pese a que el pasaje por el que Wentik estaba mirando no era mayor de dos metros, aun cuando el sol brillaba más o menos directamente en su interior, la sensación de una largura mayor era muy fuerte.

Cuando un hombre asustado no tiene idea de adónde puede llevarle el siguiente paso, lo más probable es que no tarde en presentarse una paralización total de los procesos mentales normales.

Las experiencias de Wentik en el edificio le habían asustado mucho en su momento, pero se había recobrado rápidamente después. Sabía empero que si Astourde hubiera tenido el conocimiento suficiente sobre procesos de interrogatorio lo habría metido en el laberinto al día siguiente.

Pero ya había sido bastante desagradable una sola vez.

Los recuerdos de Wentik en torno al incidente estaban cargados de imágenes espeluznantes de temor y pánico irracional a las que la intensa oscuridad del interior del laberinto y los disparos de rifle en el exterior habían dado rienda suelta. Ahora el científico tenía la oportunidad de racionalizar sus sensaciones, atribuir una noción erudita a lo sucedido.

Al final del corto corredor había una puerta pintada de negro, con bisagras a ambos lados. Wentik gateó por el corredor (el techo era tan bajo como para obligar a muchos hombres a caminar con la cabeza permanentemente inclinada..., otro rasgo intimidante desde el punto de vista psicológico) y apoyó las manos sobre ella firmemente. Sintió que empezaba a ceder, moviéndose con la bisagra derecha como eje y abriéndose a la izquierda. Aflojó el empuje y la puerta dejó de moverse.

El sistema de los goznes era sin duda un dispositivo que permitía a la puerta girar a ambos lados. Wentik miró por la rendija que había abierto, pero no vio nada. Más allá de la puerta la oscuridad era total.

Era absurdo adentrarse más. No iba a poder efectuar observaciones científicas en la oscuridad. Wentik se rió ahogadamente.

Intrigado por la construcción, Wentik dio media vuelta y salió. Volvió apresurado a la cárcel y regresó con una potente linterna que obtuvo prestada de uno de los hombres de Astourde que holgazaneaba por el campo de ejercicios.

El científico, sudando por culpa del doble recorrido a lo largo del ardiente rastrojal, gateó de nuevo por el corredor y examinó la puerta. La empujó y, tal como Wentik esperaba, giró hacia la derecha hasta detenerse con un ruido sordo formando un ángulo de sesenta grados con respecto a su posición anterior.

Al cerrarse dio la impresión de que en cierto modo sus movimientos dependían de muelles.

En aquel momento, hacia la izquierda, se había revelado una extensión de túnel que formaba cierto ángulo con el primero. Wentik se arrastró por él.

Tras aproximadamente otros dos metros llegó a una segunda puerta, y se detuvo. Miró atrás, y vio que se filtraba luz del sol por el corredor a sus espaldas.

La puerta obstruía enteramente el túnel que se extendía delante de Wentik, igual que el anterior. Apoyó con fuerza las manos en ella, y notó que cedía un poco..., esta vez con el eje a la izquierda.

Desplazando la linterna por todo el espacio para intentar averiguar el funcionamiento del dispositivo, Wentik abrió la puerta por completo. Y tal como había sucedido antes, luego de mover la puerta cierto trecho los muelles se encargaron de moverla el resto del camino y cerrarla con aparente solidez.

Ahora se había abierto un túnel a la derecha de Wentik.

En lugar de seguir por ese túnel, Wentik retrocedió y se arrastró hasta la primera puerta.

La luz del sol ya no se filtraba. La puerta se había cerrado a espaldas de Wentik, obstruyendo el corredor entero.

De manera que... Las puertas estaban interconectadas. En cuanto se abría la siguiente, la anterior se cerraba.

En otras palabras, en cuanto se tomaba la decisión de abrir la siguiente puerta, el retroceso se hacía imposible. A menos que... Wentik apretó las manos contra la puerta y empujó. Volvió a girar a la derecha y la segunda puerta se movió detrás del científico.

Empezaba a sentirse confundido, pero se tranquilizó tras comprender que estaba llegando al estado mental preciso que los constructores del laberinto pretendían.

La primera puerta había girado hacia su derecha, cerrando el corredor que llevaba al exterior y abriendo un nuevo túnel, uno que todavía no había visto, que se ramificaba hacia su izquierda. Apretó de nuevo la puerta, mas era inamovible.

La única posición para abrir la puerta, al parecer, estaba en el corredor que en cualquier otro momento se encontraba bloqueado por esa misma puerta.

Volvió a gatear hasta la segunda puerta, y descubrió que había girado y daba ahora a un corredor que se ramificaba a la izquierda de la puerta.

Wentik iluminó de un lado a otro, intentando observar algún boquete en la estructura de los túneles. Deseaba salir y tratar de pensar en el laberinto de un modo objetivo. Pero en lugar de eso, estaba atrapado en su interior.

Tranquilidad. No era una trampa. Había una salida, pero debía salir adelante para encontrarla.

Se sentó unos momentos, intentando visualizar el laberinto tal como lo había

contemplado desde arriba. Si todas las puertas estaban engoznadas triangularmente, y si siempre había tres pasajes en todas y cada una de las intersecciones, eso significaba que todos los túneles describían un lado de un exágono regular. Además de esto, al abrir la puerta que bloqueaba el corredor situado al frente, se cerraba la puerta trasera, y tal vez varias más. Quizás todas las puertas del laberinto estaban unidas entre ellas, de modo que el movimiento de una provocaba el movimiento del resto.

Ingenioso. Pero terrible.

El sudor goteó de la axila de Wentik y cayó por el costado. Nerviosamente, lo enjugó con la tela de la camisa y miró a su alrededor.

Se arrastró otra vez hasta la puerta que imaginaba como la segunda y la cruzó. Al final del corto corredor había otra puerta. La empujó y la cruzó..., con la otra moviéndose y cerrando el camino hacia atrás. Llegó a la siguiente puerta, la cruzó. Y a la siguiente.

Durante media hora avanzó a toda prisa por entre el laberinto, haciendo pausas momentáneas para inspeccionar la construcción de los túneles. Por lo que pudo deducir del sonido producido por los golpes a las paredes, eran de madera de pino. Su transcurso por los túneles fue haciéndose cada vez más desagradable conforme iba subiendo la temperatura, y en ocasiones sintió el aviso de la claustrofobia. Al adentrarse en el laberinto descubrió que no había una norma constante; algunas de las puertas giraban a la derecha, y otras a la izquierda. En ocasiones las puertas ya estaban abiertas cuando Wentik llegaba a ellas, y las atravesaba directamente. Una vez cruzó tres puertas sucesivas sin tener que mover ninguna. Después de esto se encontró con otra puerta cerrada, la empujó, y oyó que las tres anteriores se cerraron a sus espaldas.

Cuando notó que la alarma crecía en su interior irremediablemente, le sirvió recordar que sólo un topólogo podría haber ideado y construido este laberinto. Su intelecto científico acababa por reconocerlo, y el susto pasaba.

En forma muy inesperada llegó a una puerta que se resistía a sus empujones. Alarmado al principio, se apoyó contra ella, hasta que se le ocurrió tirar de la puerta.

Se abrió y dio paso a un sol deslumbrante.

El truco final. Una puerta unidireccional que daba al exterior. Un hombre ofuscado que se topa con ella podría echarse atrás sin pensarlo, y regresar al laberinto.

El sol se estaba poniendo, y sus rayos brillaban casi directamente en el corredor.

Exhausto, Wentik se arrastró en los rastrojos y se recostó en la pared de madera de la cabaña.

Estuvo sentado durante un rato sin moverse, agradecido por el aire puro que pese a ser todavía cálido era más frío que dentro de la cabaña, y se maravilló de la inteligencia que había concebido el laberinto.

En ciertos aspectos, el detalle más sorprendente era que hubiera cuatro entradas al laberinto. Recordó que la primera vez había salido por el mismo lado por el que había entrado. ¿Eso sería siempre cierto?

En caso afirmativo, o había cuatro laberintos totalmente independientes unos de otros, o bien, más probablemente, cuatro recorridos por el interior, usando los mismos pasajes. A despecho de su destartado aspecto y aparente construcción caprichosa, la cabaña-laberinto era un arma de tortura muy avanzada.

Con su espíritu profesional excitado, Wentik dio la vuelta hasta una de las otras entradas y, desechando la fatiga, se metió dentro una vez más.

Cuando volvió a salir, tres cuartos de hora más tarde, Astourde lo estaba aguardando.

## Nueve

Ambos hombres regresaron a la cárcel en silencio. La noche había caído mientras Wentik estaba dentro del laberinto, y en ese momento el ambiente era frío.

Llegaron al edificio de la prisión y Wentik dejó que Astourde fuera en cabeza por las estrechas escaleras que llevaban a su despacho; la habitación donde había tenido lugar el interrogatorio en las sesiones anteriores.

En la puerta, Astourde se detuvo.

—¿Le apetecería comer algo, Elías? —dijo—. He preparado un plato para usted.

Wentik, que experimentaba un creciente apetito, dijo:

—¿Dónde está?

—Aquí dentro.

Astourde empujó la puerta y la sostuvo para que Wentik entrara, pero de ese modo, el confuso gesto de su brazo obstruyó en parte la entrada.

Wentik entró.

La sala estaba a oscuras, con excepción del escritorio con su pequeña lámpara. El halo de luz caía más abundantemente sobre una dura silla de madera al lado de la mesa. En la penumbra, de pie y apartados de la mesa, había varios hombres de Astourde, cubiertos con sus correspondientes batas blancas.

Detrás de Wentik, Astourde cerró la puerta con suavidad y echó llave.

Wentik se volvió para encararse con el otro, que permanecía con las manos a la espalda. Sus hombros, que en las últimas veinticuatro horas habían estado caídos, entonces se irguieron.

El uniforme gris volvía a tener un aspecto militar en lugar de ser una prenda incómoda y mal acabada.

El efluvio de amenaza, que tanta influencia había ejercido sobre Wentik en su primera época de cárcel, estaba otra vez allí.

—Siéntese, doctor Wentik —dijo tranquilamente Astourde—. Todavía no hemos terminado con usted.

Wentik paseó la mirada por la habitación. La escena parecía parte de una mala película policial norteamericana. Tras la sofisticación mecánica del laberinto, la noción de Astourde sobre intimidación psicológica, despojada de su factor sorpresa, tenía la sutileza de una tira cómica. No obstante, Wentik ya estaba cansado de esos juegos. La dependencia de Astourde en el escenario y el ambiente se iba haciendo más y más transparente.

Y la cuestión de su autoridad sobre Wentik ya se había resuelto. Era preciso más que esto para intimidar al científico. Wentik miró a Astourde sin expresión.

—No.

Wentik notó una creciente tensión en la sala cuando pronunció la palabra. Los

hombres de batas blancas, una troupe de comparsa, observaban a Astourde como si aguardaran instrucciones.

El hombrecillo caminó pomposamente hasta el escritorio y tomó asiento con gran ceremonia para dar la impresión de que los otros hombres esperaban su voluntad. Abrió la boca para decir algo.

—¡Fuera! ¡Todos ustedes! —dijo Wentik. Astourde se puso en pie de un salto.

—¡Quietos ahí!

Lanzó una mirada de furia a Wentik.

—¡Siéntese! —bramó, como si el tono sustituyera autoridad. Su semblante se llenó de manchas bajo la insuficiente luz de la lámpara.

Wentik paseó tranquilamente hasta la puerta e hizo girar la llave que Astourde, por descuido, había olvidado en la cerradura. Abrió, y vuelto hacia los hombres, dijo con voz firme:

—Desentiéndanse de ese individuo. No tiene autoridad sobre ustedes. Salgan ahora mismo.

El hombre más cercano a Wentik hizo un gesto de indiferencia y salió sin más. Los otros miraron a Astourde, luego a Wentik, y avanzaron hacia la puerta.

Wentik los observó atentamente conforme desfilaban delante de él. Se preguntaba dónde estaría Musgrove.

Cuando el último hombre estuvo en el pasillo, Wentik cerró la puerta, echó llave y se la metió en el bolsillo.

—Olvídese de ellos, Astourde —dijo—. íbamos a tener una charla esta noche, ¿lo recuerda? —tanteó la pared y encontró un interruptor. Las luces se encendieron en un panel de vidrio situado en el techo. Al contemplar la habitación pudo comprender que era la primera vez que estaba allí sin la opresiva sensación de encarcelamiento.

Astourde parpadeó.

—Yo... Lo siento, Elías —dijo.

—¿No había dicho que tenía algo de comer? —preguntó Wentik. La escenita lo había dejado sorprendentemente impasible, y su hambre volvió a ser tan aguda como antes.

El hombre del uniforme gris (de nuevo un fardo de ropa chabacana) abrió un cajón del escritorio y sacó una bandeja cubierta por un trapo al cual retiró: había un plato de estofado.

—Sírvase usted mismo —dijo, apocado.

Astourde se levantó después de apagar la lámpara del escritorio. Recorrió la habitación, con las manos caídas y oscilantes sobre los muebles.

Wentik se sentó ante el escritorio, y se acercó el plato. Aún estaba caliente, sin duda preparado poco antes de que él llegara a la habitación. Lo miró indiscriminadamente como quien no ha comido desde hace semanas, y comprobó con

gran sorpresa que evidentemente había sido preparado con cuidado. Los ingredientes —carne acompañada de guisantes, zanahorias y patatas— seguramente procedían de latas, pero los gruesos trozos mostraban bastante buen aspecto... Llenó un tenedor y comió ansiosamente.

Mientras tanto contemplaba la habitación con curiosidad. La veía con el mismo interés que al resto de secciones del edificio. Estaba asombrosamente bien amueblada, en comparación con todas las demás partes de la cárcel. A más del escritorio y dos sillas, había un alto aparador de madera en el rincón. Estaba cerrado, pero el candado que clausuraba la puerta pendía abierto de la sujeción. La ventana tenía cortinas de un material suave y de color castaño. Había varios archivadores a lo largo de la pared detrás del asiento de Astourde, y una fotografía en un marco colgado en el muro.

Wentik examinó la foto con curiosidad.

Era de la cárcel. Había sido tomada frente al edificio, donde en ese momento estaba el helicóptero. Había guardias en todas las garitas a lo largo del techo, pero estaban desarmados, al parecer. Encima de todas las garitas ondeaba una bandera. Delante de la cárcel una disciplinada tropa de hombres uniformados guardaba formación en un cuadrado perfecto. Ante ellos, en un estrado, se hallaba otro hombre con uniforme de alto rango y a ambos lados de él había ayudantes.

Otras veces que Wentik había estado en la habitación, la fotografía no estaba allí. Astourde debió de haberla ocultado, y ahora empezaba a comprender el porqué.

La escena de la fotografía era notablemente similar a la que Wentik había observado el día de su llegada a la cárcel, Con Astourde intentando adiestrar a sus hombres sin saber que el científico lo observaba. Wentik comprendió que si hubiera logrado atormentar ese punto débil de Astourde oportunamente —el hombre se había mostrado claramente embarazado al respecto— su interrogatorio quizá no habría comenzado nunca.

De pronto, Astourde habló como si se hubiera inmiscuido en los pensamientos de Wentik:

—Lamento eso.

—Ya se ha disculpado.

—Lo sé. Pero de verdad lo lamento. Era absurdo.

Wentik giró en redondo para mirar al hombre que estaba a su espalda, de cara a una parte lisa de la pared.

—¿Cuál era la idea?

—No lo sé con seguridad —replicó Astourde—. Creía que daría resultado otra vez.

—¿El interrogatorio? —Sí.

—No dio resultado antes... Astourde se volvió rápidamente.

—¡Oh, sí, sí que dio resultado!

Wentik masticó más estofado y pensó en el tema durante un rato. Necesitaba conocer más detalles sobre las motivaciones de Astourde antes de progresar. Acabó con el resto de comida, y dejó a un lado el plato de cartón.

—Estoy preparado —dijo.

Astourde se encaminó hacia el escritorio y encendió nuevamente la lámpara. Wentik pudo comprender de pronto lo dependiente que era el otro de los aparatos, cómo todos sus movimientos se centraban en torno a algún objeto en particular, cualquiera que fuere. Privado de esos objetos, quedaba indefenso.

La luz de la lámpara iluminó buena parte del escritorio. Astourde se sentó al otro lado, su cara iluminada por el reflejo de la superficie de la mesa, lo cual le daba un raro aspecto.

—¿Qué desea saber?

—Todo —dijo Wentik.

—Ni yo mismo sé demasiado —dijo Astourde, en un tono que contenía un leve aviso de capacidad.

—No lo dudo, pero quiero saber tanto como usted,

—De acuerdo.

Wentik levantó la mano izquierda y contó con los dedos.

—Primero quiero saber para quién trabaja usted. Segundo, por qué me trajeron a este lugar, y con qué autoridad. Tercero, qué es este lugar y cuándo vamos a regresar.

—¿Eso es todo?

—Por el momento...

Astourde aseguró los pies en una riostra del escritorio, y se echó hacia atrás de manera que su silla quedó en un ángulo precario. Wentik no cesaba de observarlo. El y Musgrove... ¿Por qué actuaban así? Wentik aún tenía que ver realizar a uno de los dos siquiera un acto racional o lógico, pese a que la conducta de ambos era siempre de extrema simplicidad... en la superficie. Otro detalle que lo preocupaba era la falta de consistencia de los dos hombres; ni una sola cosa parecía llegar a buen fin. Y tal vez el factor más preocupante de todos: su relación personal con Astourde, que mantenía un inestable equilibrio entre agresividad y pasividad.

Mientras aguardaba que Astourde ofreciera alguna réplica (el hombre miraba fijamente las separadas luces del techo con una ridícula actitud de abstracción) Wentik se acordó de repente de un hombre que en cierta ocasión trabajó a sus órdenes en la empresa química donde había iniciado su labor en los Estados Unidos. Ese individuo había aterrorizado a sus subordinados desde el momento en que hubo llegado, pero cuando Wentik acabó por no hacerle caso, el cambio de su carácter para mostrarse obsequioso había resultado casi humorístico.

—Elias, ¿quiere que le explique cosas que soy incapaz de explicar?

—¿A qué se refiere?

—He actuado siguiendo órdenes. Estaban escritas y selladas, y yo tuve que destruirlas poco antes de conocerlo a usted.

—Dijo que trabajaba para el gobierno. ¿Pertenece al ejército?

—No.

—Sin embargo viste uniforme, y tiene hombres que al parecer están a sus órdenes.

—Era parte de la idea. Creí que un uniforme sería más influyente. Así que, si bien podría decirse que soy civil, trabajamos en dependencia administrativa del Pentágono.

—¿... trabajamos?

—El comité. No estoy solo.

—Deduje buena parte de eso por mí mismo —en lugar de iluminarle, las observaciones de Astourde empezaban a confundir a Wentik—. ¿Quién está en ese comité?

—Fundamentalmente científicos del gobierno —dijo Astourde—. Un par de generales del ejército y la fuerza aérea. Se inició como una operación militar, pero después el gobierno se enteró y la centralizó en Washington.

—Prosiga.

—El primer conocimiento que alguien tuvo de la existencia del distrito Planalto —dijo Astourde— data de ocho meses atrás. Una pequeña expedición sismológica se presentó aquí para montar un dispositivo de inspección automática. La expedición entera desapareció, y no se ha sabido nada del grupo desde entonces. Después de algunas semanas se envió un segundo equipo para investigar, y también sus miembros desaparecieron. Nada de esto fue dado a conocer debido a que en Brasil operan agentes comunistas. A continuación se envió un helicóptero del ejército, y también desapareció sin dejar rastros.

—Después de esto, se envió un equipo investigador adecuadamente equipado, que facilitaba informes horarios a un campamento base cerca de Pôrto Velho. Al cabo de tres semanas de investigación se toparon con lo que ahora conocemos como distrito Planalto.

—Donde estamos nosotros actualmente —concluyó Wentik.

Astourde asintió.

—En aquella época no se sabía —prosiguió Astourde— que había un factor externo implicado. Una vasta llanura desprovista de árboles en el centro del Mato Grosso es algo muy sorprendente. El hecho de que fuera perfectamente circular, casi hasta el último milímetro, es muy distinto. La conclusión inmediata, dicho sea de paso, fue que se trataba de un campo de tiro construido en secreto por una potencia extranjera. Hasta que no se intenta actuar aquí, no se sabe cómo pueden ser las

comunicaciones.

—Lo que ahora sabemos es que el distrito está creado artificialmente por cierto generador de desplazamiento de campo. También está involucrado un alternador direccional que conecta el campo, de tal modo que, aunque es posible entrar simplemente andando, es imposible salir por idéntico medio. Esto se comprobó estroboscópicamente, y se averiguó que el campo vibra a cien ciclos por segundo.

—Musgrove me informó que era artificial —dijo Wentik.

Astourde lo miró fijamente.

—¿Musgrove?

—Él me trajo aquí, Astourde. ¿Lo ha olvidado?

—No, no. No estaba seguro de cuánto le había contado.

Lo que Musgrove me dijo es que no creía que tú conocieras el campo, pensó Wentik mientras observaba al otro hombre reparando de nuevo en lo mucho que había cambiado en el poco tiempo que se conocían.

—Aquí fue cuando intervine yo —continuó Astourde—. Yo formaba parte del personal de uno de los equipos. Habíamos observado el distrito durante un período de tres semanas, y de pronto se localizó a un hombre que erraba en el interior. Sus movimientos eran irregulares, como inseguro de la dirección y necesitado de una orientación. Por fin se detuvo a trescientos metros de nosotros. Nos habíamos trasladado al perímetro para seguirle los pasos. El tipo pasó varias horas levantando algunos letreros de madera que traía. Parecía desconocer totalmente nuestra presencia.

—¿Por qué no llamaron su atención? —preguntó Wentik.

—¿Cree que no lo intentamos? Le gritamos, encendimos focos, incluso hicimos disparos al aire con los rifles... Pero por alguna razón extraña el sonido no servía.

—¿Qué ponía en los letreros?

Astourde abrió un cajón del escritorio y extrajo un block de papel unido con una espiral metálica, que abrió ante él.

—Había siete letreros en total y decían así. En el primero el individuo había escrito: *Me llamo Pat Brander, ejército norteamericano. No sé donde estoy, o qué ha sucedido.* El segundo decía: *Hay otros hombres conmigo pero no sé dónde están ahora. Llevo seis días solo.*

—¿Cómo había hecho esos letreros? —interrumpió Wentik. Astourde se encogió de hombros.

—Trozos de madera vieja, imagino. Hay muchos por aquí. Lo único que podíamos saber a esa distancia es que él tenía tablas en las que había pintado los mensajes.

Wentik asintió. Astourde volvió a mirar su cuaderno de notas y continuó.

—El tercer letrero decía: *No intenten seguirme. No puedo huir.* El cuarto: *Entré*

*por algún lugar cercano. Si leen esto, no me sigan. El quinto: Aquí hay un hombre que se ha vuelto loco. Tengo pesadillas todas las noches. Dos hombres se han suicidado.*

Astourde hizo una pausa.

—Cuando el hombre escribió esto era evidente que sufría los síntomas de miedo y confusión que, por alguna determinada razón, atacan a toda persona que entra en el distrito Planalto. Todos mis hombres los han sufrido, y parece que no podemos hacer nada al respecto.

—¿Dice que todo el mundo sufre esos síntomas? —preguntó Wentik.

—¿Pretende decir que usted no?

—Nada de eso. Tuve algunos sueños muy vividos durante una semana más o menos, pero nada más.

—Creíamos que no. Musgrove me lo indicó.

—¿Qué había en los otros letreros? —preguntó Wentik.

—El sexto decía: *Esto sólo puede estar en algún lugar del futuro. He visto un avión muy extraño, y alguien encontró un libro. No estoy loco ahora.* El último letrero decía: *Todo mi amor para Angie.*

Astourde cerró el block y lo guardó en el cajón. Miró a Wentik.

—Esta es toda la información que yo, o cualquier otra persona, tenía antes de que usted llegara hasta aquí.

Wentik se levantó. En ese momento pensaba que la relación entre Astourde y él estaba totalmente invertida, entonces. El proceso se había iniciado el día anterior, cuando él reaccionó violentamente en contra del interrogatorio, y se consumaba en el silencio expectante con que Astourde aguardaba ahora, como si esperara la opinión de Wentik.

Se acercó a la ventana, y observó la negrura de la noche en la llanura. Ya había estado sentado varias veces en esa habitación, contemplando el horizonte y preguntándose dónde diablos se hallaba realmente y si lo que Musgrove le había explicado había estado cerca o no de ser una representación auténtica de los hechos. Lo que supo aquel día que Musgrove y él salieron de la jungla y cruzaron cierta línea divisoria incomprensible e irreversible, en esencia era poco más o menos lo que Astourde acababa de contarle. Pero ahora había una diferencia importante: podía pensar y actuar por iniciativa propia, y la información de que disponía contenía más significado.

Pero la llanura se extendía bajo su mirada, oscura y misteriosa.

—Se está preguntando cómo me vi metido en esto —dijo Astourde.

—En parte —dijo Wentik, que ya no sentía curiosidad.

—Me gustaría contarle todo lo que ha sucedido entre entonces y ahora. Desgraciadamente —y su voz reflejó el tono de sus pensamientos—, fui sometido a

un intenso interrogatorio sobre lo que había visto, igual que el resto de los hombres. Las fotografías que tomamos entonces, las declaraciones juradas de todos los que presenciaron lo que ocurrió cuando el avión aterrizó en las cercanías... Esto es lo que cambió las cosas.

—Pronto me encontré con un informe sobre su trabajo y traté el asunto con el subcomité. Me facilitaron un presupuesto para actuar, un plazo para obtener resultados y vía libre para hacerle abandonar su trabajo.

Wentik estaba de pie de espaldas a la ventana, y contempló al hombrecillo que estaba sentado ante el escritorio. Representaba el poder administrativo del gobierno, pero su cadena de responsabilidad llevaba a un oscuro subcomité de algún lugar de Washington cuyos orígenes habían sido olvidados, y cuya atención estaría dirigida a otra parte, muy probablemente. Sin embargo este sistema le había otorgado a Astourde libertad de acción con Wentik.

Y además, ¿qué demonios tenía que ver su trabajo con esto?

—Tengo la impresión de que el problema crucial se reduce a lo siguiente —dijo—. Usted se refiere una y otra vez a mi trabajo, como si eso lo explicara todo.

—Bueno..., ¿no es así?

—No veo la razón.

—Usted publicó un artículo sobre la reacción química del cerebro.

—Exacto.

—Y la hipótesis de que el funcionamiento normal del cerebro podía ser suplantado por medios artificiales, bien temporal o bien permanentemente, con drogas.

—Eso fue mientras yo estaba aún en la Genex Corporation de Minneápolis. Como resultado de ese artículo obtuve una beca gubernamental para investigación, y me trasladaron a la Antártida.

—Y también como resultado —añadió Astourde— se encuentra aquí ahora. Me pareció que si era cierto lo que había dicho aquel tipo, Brander, por muy increíble que resultara, podría explicar buena parte del misterio físico que envuelve la región. Junto con lo que descubrimos a partir de las pruebas estroboscópicas, eso me indicó que el distrito Planalto era una zona de tierra desplazada artificialmente al futuro de alguna forma. O más posiblemente, o más probablemente, aún, un trozo de terreno del futuro que existe en el presente.

—Si tal fuera el caso, entonces ese futuro sería tan real como nuestro presente hasta el último detalle, y consecuencia, por muy remota que fuera, de lo que está sucediendo ahora.

—Musgrove ha dicho algo parecido —dijo Wentik.

—Sí. Pero la diferencia es que el mismo Musgrove no sabe nada de los cambios mentales que tienen lugar al entrar en el distrito. Se trata de mi conjetura personal; no

he hablado de esto con nadie excepto con usted. Fue Brander, al referirse dos veces a la locura, el que me hizo pensar así. El asunto me confundió hasta que leí su trabajo.

—Hasta entonces yo no podía explicar lo que había visto mejor que cualquier otra persona. Pero su trabajo fue el eslabón. De repente supuse que si varios hombres se volvían esquizofrénicos simultáneamente, entonces era probable que existiera alguna explicación externa del fenómeno.

—¿... como un producto químico o droga?

—Sí. Precisamente. Algo como lo que usted tenía entre manos en la Antártida.

Wentik volvió al escritorio y apoyó firmemente las manos en el borde. Acercó su rostro al de Astourde.

—Fantástico —dijo bruscamente—. Y usted está aquí, y yo estoy aquí, y otra docena de hombres están aquí... Y ninguno de nosotros puede regresar. ¿Sabía que iba a pasar esto?

Astourde sacudió la cabeza tristemente.

—No, Elías.

Se puso en pie y se encaminó hacia la puerta. Se volvió y miró a Wentik. Cierta rasgo de su expresión recordó a Wentik los últimos momentos del interrogatorio en el pasado. La sensación de derrota se cernía en su porte como espesas capas de carne.

—¿Quiere abrir la puerta, por favor? —dijo.

Wentik sacó la llave de su bolsillo y obedeció. Astourde salió al corredor.

—Espere aquí —dijo—. Le traeré los mapas.

Astourde desapareció en el corto pasillo, y Wentik volvió al escritorio. Se sentó, sintiendo de nuevo todo el peso de la debilidad de su situación. Esa noche sólo había sabido una cosa realmente nueva para él: que Astourde y los demás estaban sometidos a períodos de locura intermitente. Recordó otra vez su primer día en el distrito, cuando Musgrove había corrido frenéticamente hasta el molino... Al menos ahora había una explicación parcial para eso. Además, el comportamiento general de los otros hombres podía explicarse en términos de inconsecuencia irracional.

También podía comprender mejor a Astourde. Potencialmente era ahora un caso clásico de mente criminal, paranoico incipiente, capaz de cualquier arco irracional.

¿Pero por qué él, Wentik, era inmune a lo que estaba pasando?

Su único pensamiento era que las pocas veces que había ingenrido minúsculas cantidades de drogas había sido capaz de desarrollar una resistencia personal al medicamento. Pero todo esto confirmaba la teoría de Astourde: que en cierto modo la atmósfera de este lugar del futuro estaba sembrada de drogas que él mismo había creado.

¿Qué había ocurrido? Su trabajo había sido patrocinado directamente por el gobierno con fines pacíficos, y por lo que él sabía no tenía aplicación militar. ¿Pero podrá ser que una versión corrupta y sutil de su droga estuviera usándose como arma?

Wentik meneó la cabeza, y se levantó otra vez. Se acercó a la ventana. Fuera, alguien había encendido varias lámparas de arco y un brillante flujo luminoso cubría el terreno delante de la cárcel. Con el resplandor se veía claramente el helicóptero verde oscuro. Una figura estaba dentro del aparato, haciendo algo indeterminado.

De repente el hombre llegó a la escotilla y saltó al suelo. Era Astourde, y llevaba un objeto que parecía un bidón.

Mientras Wentik lo observaba, el hombre corrió hacia la cárcel. Al cabo de algunos instantes, las luces se apagaron.

¿Qué demonios estaba haciendo Astourde?, se preguntó Wentik.

Caminó de nuevo hasta el escritorio, y se apoyó en el borde. Un poco después, Astourde entró en el despacho con el bidón en la mano derecha. En la izquierda sostenía un rifle automático.

Dejó el bidón en el suelo y pasó el rifle a su mano derecha. El seguro del arma se deslizó con un sonido muy claro.

—Muy bien, doctor Wentik. Coja el bidón —dijo Astourde.

—¿Qué está haciendo, Astourde? No haga más ridiculeces.

—Sé lo que hago. ¡Coja el bidón!

Wentik avanzó hacia Astourde, quien retrocedió ligeramente. Era imposible abalanzarse sobre el rifle. El científico se agachó y recogió el bidón. Pesaba, estaba casi lleno de combustible para el helicóptero.

—Ahora baje por la escalera.

Astourde señaló el corredor con la punta del arma y Wentik cruzó la puerta.

Los dos hombres caminaron lentamente por la cárcel, el mismo recorrido que habían hecho una hora antes al regresar de la cabaña. A indicación de Astourde, Wentik se encaminó hacia la entrada trasera de la cárcel. No se tropezaron con nadie en el camino.

Ante la puerta de madera de pino, el científico se detuvo. Astourde lo pinchó en la espalda con el rifle.

—¡Afuera, doctor Wentik!

Astourde lo siguió al cruzar la puerta y entrar en el prado. El ambiente estaba tan oscuro como la destrucción, el cielo cubierto con una capa uniforme de nubes bajas y espesas que no admitían luz.

Wentik recordó la linterna de su bolsillo, y calculó si podría sacarla por sorpresa en la oscuridad y derribar a Astourde. Pero antes de terminar de considerar esa idea un rayo de luz lo circundó. El otro se había provisto de una linterna.

Astourde indicó el camino con el rayo de luz.

—¡Por ahí!

Los dos hombres se adentraron en la ensombrecida llanura.

## Diez

Se detuvieron ante la cabaña, frente a una de las cuatro entradas. Astourde la iluminó con la linterna.

—Adentro, doctor Wentik. Ahí hará más calor.

Astourde dio un significativo golpe al bidón con el cañón del rifle, y una oleada de alarma brotó en la mente del científico. ¿Acaso el hombre pretendía matarlo, realmente?

El rifle punzó agudamente su espina dorsal y, de mala gana, Wentik avanzó. Empujó la puerta, y entró en el primer túnel. Llegó a la puerta del extremo, que estaba cerrada. Astourde también había entrado con él.

—Adelante —dijo, la voz apagada en el reducido espacio.

Wentik empujó la puerta, que giró a la derecha dejando ver el túnel que se ramificaba hacia la izquierda. El rifle volvió a estimularlo.

—Continúe.

Wentik recorrió el siguiente túnel, con Astourde pisándole los talones. La puerta del extremo estaba cerrada, y se detuvo junto a ella.

—Siga andando, doctor Wentik —dijo Astourde—. Vayamos justo al centro, ¿no le parece?

Astourde empujó la puerta con el rifle, y Wentik oyó la primera puerta que se cerraba con su ruido sordo. ¿Conocía Astourde el funcionamiento del laberinto? ¿Sabía que estaba atrapado dentro igual que él mismo?

A indicación de Astourde, Wentik siguió caminando. Cruzaron una docena de túneles, que se ramificaban irregularmente a izquierda y derecha tal como dictaba el movimiento de las puertas. Y a continuación, Astourde le ordenó que se detuviera.

—Deje el bidón en el suelo, doctor Wentik.

Obedeció agradecido. Ya sentía que le oprimía fuertemente el brazo.

A pesar de que la linterna iluminaba en su dirección, Wentik logró vislumbrar vagamente la silueta de Astourde cerca de él. Pensó: te estás atrapando otra vez, Astourde.

Igual que su comprensión del día anterior respecto a que el distrito Planalto era tan prisión para Astourde como para él, ella le había permitido liberarse de la presión psicológica en que había sido mantenido. Y ahora comprendía que Astourde ya no tenía más posibilidades que él de salir del laberinto. Además, la propensión de Astourde hacia los objetos —el rifle, la linterna y el bidón; sólo podía manejar dos a la vez— lo había conducido a una situación en la que era incapaz de moverse sin la ayuda de Wentik.

El científico contempló al otro con retorcida diversión. A ver cómo sales de ésta...

Con la transparente sencillez de un niño, Astourde dijo:

—Sostenga la linterna, doctor Wentik.

El rifle le seguía apuntando. Wentik cogió la linterna y la enfocó directamente a los ojos de Astourde.

E inmediatamente la apagó.

En la repentina oscuridad se lanzó hacia la siguiente puerta y la cruzó corriendo. Lanzó la linterna hacia donde suponía que estaba la cabeza de Astourde, pero escuchó que chocaba contra una pared. Se volvió y corrió a ciegas, las manos apretadas en las paredes laterales a manera de guía. Si lograba alcanzar la siguiente puerta antes de que Astourde llegara a la que él acababa de dejar, entonces el otro sería incapaz de seguirlo. Corrió agazapado a lo largo del túnel, tanteando para hacer contacto con la puerta. El rifle rugió súbitamente a su espalda, creando un alboroto terrible en la estrechez opresiva de los corredores, y la luz fulguró a su alrededor.

Wentik rebotó dolorosamente en una pared al doblar el recodo. ¡No había puerta que abrir! Había llegado a un tramo abierto.

Corrió con Astourde tras él, menos entorpecido por los bajos techos a causa de su menor estatura. La próxima puerta también estaba abierta, y el túnel describía un ángulo hacia la derecha. De nuevo huyó alocadamente por el corredor. El rifle disparó por segunda vez.

¿Cuántos disparos le quedarán?

Mientras corría, Wentik manoseó en los bolsillos de la bata blanca. Logró encender la linterna justo al llegar a la siguiente puerta, que se encontraba cerrada. Empujó, la cruzó y siguió corriendo. Astourde seguía a su espalda.

La próxima puerta estaba cerrada, y la empujó.

De repente, Astourde había dejado de acompañarle, y todo estaba silencioso. Volvió a la puerta que había cerrado al abrir y pegó la oreja a ella. Al otro lado escuchó los movimientos de Astourde.

El hombre estaba confundido.

Tal como Wentik sabía gracias a sus experimentos en el laberinto aquella tarde, no había medio de abrir la puerta desde aquel lado. Astourde se hallaba en el triángulo descrito por los movimientos de la puerta, que sólo podía ser activada desde fuera del triángulo, o sea, empujándola desde el túnel que obstruía.

Wentik tenía que mostrarse cuidadoso. Si Astourde avanzaba en alguna dirección que estuviera despejada, y empujaba la siguiente puerta que encontrase, entonces esa puerta se abriría. ¿Lo sabía Astourde?

Wentik pensó: El próximo hombre que abra una puerta cambiará todas las demás. Si Astourde los hace y vuelve aquí, me cogerá. Por otro lado, si soy yo el que lo hace estaremos separados por probabilidades matemáticas que él desconoce...

Ya decidido, retrocedió por el corredor, pasó la puerta que había abierto y llegó a

la siguiente. Ahora... La empujó y la cruzó. Su linterna despidió rayos de luz hacia el otro extremo del corredor: la siguiente puerta estaba abierta. Avanzó hacia ella.

Poco antes de llegar ahí la puerta se cerró.

¡Astourde! El otro se estaba moviendo por el laberinto igual que él. Wentik ya no controlaba a solas el movimiento de las puertas.

Iluminó la puerta, después estuvo atento a los ruidos. No escuchó nada. Astourde no estaba cerca, al parecer. Y cuando estaba a punto de empujar, la puerta se abrió sola.

Astourde se había desplazado otra vez.

¿Dónde demonios estaría Astourde?

De modo paradójico, Astourde tenía ahora cierta ventaja. Al parecer no tenía idea alguna de las consecuencias de abrir una puerta, y así ignoraba el hecho de que cada vez que avanzaba, cambiaba totalmente la disposición del laberinto. En cualquier momento, pensó Wentik, Astourde aparecería sorpresivamente... y por cualquier dirección. Además, Wentik tenía la única linterna y aunque podía usarla para ver por dónde iba y en caso de enfrentamiento aprovecharse de ella, mientras no supiera dónde se hallaba Astourde lo más probable es que viera el resplandor de la linterna antes de que Wentik lograra verlo.

El científico apagó la linterna.

En ese momento creyó que las posibilidades estaban equilibradas. Tan ciego como Astourde en la impenetrable oscuridad, tenía tantas posibilidades de salir del laberinto como Astourde de cogerle.

La puerta que tenía delante se movió, cerrando el túnel de la izquierda y dejando ver el de la derecha.

Precavidamente, Wentik se movió a tientas por el corredor. Que Astourde moviera las puertas. Al menos de esa forma no abriría una puerta para encontrarse con que Astourde estaba detrás. La puerta del extremo del túnel por el que iba estaba abierta y dejaba ver el túnel izquierdo, cerrando el derecho. Wentik aguardó un instante, y oyó que la puerta se cerraba.

No logró escuchar sonidos de Astourde, aunque su perseguidor debía de estar cerca...

La puerta cerraba su túnel. Wentik esperó, inmóvil.

A continuación la puerta volvió a moverse, y el túnel derecho quedó a la vista, el izquierdo cerrado. Wentik avanzó cautelosamente.

Tropezó en la oscuridad. ¡El bidón!

Su recorrido por el laberinto lo había devuelto al punto de partida. La gasolina se vertió por la abierta boquilla de la parte superior y se derramó por el suelo. Pasos que se acercaban.

De pronto Wentik se levantó, y al hacerlo se golpeó la cabeza contra el techo del

túnel y quedó adolorido. ¡Astourde estaba cerca! Se quedó perfectamente inmóvil, inseguro. No sabía cuál dirección tomar.

La puerta que tenía a su izquierda se abrió. Wentik avanzó hacia ella pegado a la pared. Sólo un metro más...

En el extremo, la puerta obstruía su paso. ¡Astourde había llegado por la del otro lado y había cerrado...!

—Está aquí, ¿verdad, Elías? —dijo Astourde, en voz alta y chillona.

Sin esperar respuesta, Astourde disparó el rifle, a ciegas y sin puntería. La bala produjo un ruido sordo en la puerta sobre la cabeza de Wentik, a quien cegó el fogonazo.

—¡Deje de disparar, Astourde! —gritó—. ¡Hay gasolina aquí!

Retrocedió rápidamente y empujó la puerta. Oyó que Astourde pugnaba por seguirlo. Corrió velozmente por el túnel, y por culpa de la prisa perdió la linterna. Sin detenerse, empujó y cruzó la puerta siguiente, y después otra más. Si es que Astourde estaba aún junto al bidón, su camino estaría bloqueado. Wentik se apoyó en la pared del corredor para recobrar el aliento.

De nuevo se encontraba en una oscuridad incierta. No oía nada. ¿Qué pensaría hacer Astourde con la gasolina?

Y fue entonces que, a poca distancia, escuchó el apagado rugir del rifle; Astourde estaba disparando alocadamente. Otro disparo, y otro más.

Avanzó hasta la próxima puerta y, ya fatigado, la empujó con todas sus fuerzas. La puerta cedió y Wentik la cruzó tambaleante. Anduvo hasta la siguiente y empujó, pero sin resultado. Insistió, pero nada. ¿Astourde la habría obstruido?

Pero en ese instante recordó: ¡Era la última puerta!

Tiró de ella gustosamente y salió al rastrojal. Las únicas puertas del laberinto que se abrían tirando de ellas daban al exterior.

Una vez fuera, se detuvo. ¿Dónde estaría Astourde en ese momento?

Se acercó a un costado de la cabaña y pegó la oreja a la pared de madera. En alguna parte del interior el rifle volvió a disparar, el ruido apenas fue amortiguado por la delgada pared. Wentik acercó la boca a la pared y formó bocina con las manos.

—¡Astourde! ¡No dispare más ese rifle! ¡El lugar está lleno de gasolina!

—¡Lo encontré, Wentik! —replicó Astourde—. ¡Sé que está aquí!

Otro disparo, y Astourde chilló.

Una repentina llamarada irrumpió a lo largo de la base del muro, y Wentik brincó hacia atrás. Las llamas asomaron por la puerta que acababa de cruzar. Una fuerte sacudida hizo que parte de la pared se desmoronara, y quedó en descubierto una sólida masa de fuego blanco.

Astourde volvió a chillar.

Wentik retrocedió aún más, su talón tropezó con algo que sobresalía del suelo y

cayó sobre los rastrojos. Como pudo echó su cuerpo a rodar de costado para alejarse del laberinto.

En el interior del destartado edificio, Astourde chilló una y otra vez, hasta que calló bruscamente. Nada, absolutamente nada que Wentik pudiera hacer. Se levantó a veinte metros de distancia y contempló el incendio, con el calor radiante amenazando ampollar su rostro.

Cuando el resto del laberinto empezó a arder y los tabiques de madera del interior se retorcieron y desmenuzaron con el calor, Wentik dio media vuelta y se puso a caminar lentamente hacia la cárcel.

A cincuenta metros de distancia, en un silencioso semicírculo, los demás hombres permanecían inmóviles, el infierno anaranjado de la noche reflejado en sus batas blancas.

## Once

La tarde siguiente, Wentik estuvo a solas en el viejo despacho de Astourde. Estudió los improvisados mapas de los que el hombre le había hablado.

Sólo había cuatro, y la información que Wentik pudo entresacar de ellos fue mínima.

El primero, supuestamente el de mayor valor, le dio una gran desilusión. Se trataba de un mapa a gran escala del Mato Grosso brasileño, y a juzgar por los círculos a bolígrafo que alguien había trazado en el mapa a pequeña escala de la totalidad del territorio de Brasil, era aproximadamente la parte de la jungla en que estaba situada la cárcel.

La escala era amplia; un centímetro representaba seiscientos metros, y sin embargo la información que se podía obtener era prácticamente nula. Era el tipo de mapa que sólo geógrafos o geólogos expertos consultan. Trazado evidentemente a partir de una fotografía de satélite, estaba cubierto de diversos símbolos que indicaban tipos de vegetación selvática, humedad y temperatura en diferentes épocas del año, curvas de nivel (muy espaciadas y tortuosas) y varios ríos y riachuelos. Aparte de eso, nada de nada.

Si la totalidad del Mato Grosso estaba registrada en mapas de tal escala (y así parecía ser, pues el mapa estaba numerado), era obvio entonces que habría miles y miles de cartas como ésa guardadas en algún polvoriento archivo de cierto edificio gubernamental.

Por un instante, Wentik quedó maravillado de la paciencia y determinación de los cartógrafos que habían elaborado la serie.

La segunda carta era un mapa político del continente sudamericano, con los límites actualizados de las naciones y todas las ciudades importantes. Wentik observó cuidadosamente los diminutos caracteres y logró ubicar Pôrto Velho. Por primera vez apreció el asombroso tamaño del continente y cuán introducido en su centro se encontraba él.

El tercer mapa de Astourde era más bien un plano. Mostraba en gran detalle el esquema de la Concentración en la Antártida. Wentik, que conocía el inmenso secreto con que se había construido la Concentración y las complejas medidas de seguridad tomadas antes de que alguna persona fuera trasladada allá, se sorprendió de nuevo ante la manifiesta facilidad con que Astourde pudo acceder a documentos como ése y a los medios para conseguir que él abandonara su trabajo.

El supuestamente último mapa era otro plano, pero diferente en la ocasión pues estaba toscamente trazado a lápiz. Mostraba una extensión amplia con la cárcel en su punto central. En el ángulo inferior derecho del papel se veían las iniciales C. V. A. ¿Qué significaría la V.?, se preguntó Wentik.

Astourde no demostraba mucha técnica cartográfica, si es que el dibujo le pertenecía, meditó Wentik. Según la escala aproximada indicada en la parte inferior, el diámetro de la extensión era de diez kilómetros. Suponiendo que fuera cierto, Astourde había dibujado la cárcel completamente fuera de escala. Y su sentido de orientación no era mejor. La parte delantera de la prisión, donde estaba situado el despacho, miraba al sur. El sol quedaba casi directamente sobre la cabeza al mediodía, aunque al norte. Y por alguna razón indeterminada Astourde había trazado la planta como un rectángulo alargado cuando más bien era un cuadrado. El poste de observación, para Wentik al noroeste de la cárcel, había sido dibujado cerca de la esquina superior derecha del edificio.

También advirtió Wentik con cierta curiosidad, que Astourde no había señalado el molino de viento, a cuatro o cinco kilómetros en dirección suroeste, por la que Musgrove y él habían llegado.

Intentó dar con la correcta ubicación del molino en el plano pero pronto desistió; era demasiado confuso, en parte por lo inexacto del dibujo de Astourde, aunque también porque desde su llegada a Brasil, Wentik no había conseguido sentirse demasiado seguro con la inversión norte/sur hemisférica.

En la Antártida había sido distinto. Allá la orientación era una sola: el norte.

El recuerdo del molino de viento le hizo darse cuenta por primera vez de que cuando él y Musgrove llegaron a la cárcel venían del suroeste. Sin embargo, Pôrto Velho se hallaba claramente al noroeste. La ruta por la que Musgrove lo trajo no había sido la más directa, reflexionó Wentik.

Intentó imaginar el plano de Astourde sobreimpreso en el mapa de la zona a gran escala y sin rasgos característicos. Le resultaba inverosímil que la vasta llanura de rastrojos que tan bien conocía ahora tuviera necesariamente que concordar con la espesa jungla que de algún modo representaba su época.

Recordó lo sucedido cuando Musgrove y él entraron en el distrito. Habían dado varios pasos antes de que Wentik notara que la jungla se había esfumado a su espalda. No lo había sido en realidad, por supuesto, pero había desaparecido en lo que entonces se convertía en pasado. ¿O era él quien se había esfumado en el futuro? Lleno de curiosidad, se preguntó qué habría sucedido si hubiera mirado hacia atrás en el instante que entraba en la zona... Una pierna en el pasado (o presente) y otra en el futuro (o presente). Observando en el mismo borde del distrito sería posible verlo muy claramente. Sin embargo no daba resultado a la inversa.

¿Qué ocurriría si, observando desde fuera, alguien que estuviera dentro avanzara directamente hacia la línea divisoria? ¿Se esfumaría, o regresaría al presente?

¿O qué...?

Wentik plegó los mapas y los puso en un cajón del escritorio. Sea como fuere, las observaciones que acababa de hacer no le sugerían salida alguna por el momento.

Como siempre, su principal preocupación era volver a lo que conocía como vida normal. Deseaba ver a su mujer y a sus hijos. Deseaba volver a su trabajo, especialmente ahora que la meta estaba casi a la vista. Y la muerte de Astourde exigía ser informada. Sin duda habría una investigación. Y con Musgrove lo mismo. El individuo había desaparecido y, por lo que Wentik sabía, ya no estaba en parte alguna cerca de la cárcel.

Su plan inmediato era, básicamente, regresar a Pôrto Velho.

Teniendo en cuenta su aislamiento en el Mato Grosso, llegar a la costa era imposible. Pôrto Velho no era nada espectacular como ciudad, pero tenía teléfonos y radio, y estaba situada junto al río Madeira. La pista de aterrizaje no era mucho más que un trozo de tierra desbrozado, pero al menos disponía de las facilidades para volar.

Este era el Pôrto Velho que Wentik había visto y era difícil, sin pruebas en contra, concebirlo de otro modo cualquiera. Si aceptaba lo que Musgrove y Astourde le habían explicado, que la cárcel existía en un estado del tiempo futuro, entonces cuando huyera a Pôrto Velho no sabría a ciencia cierta con qué iría a encontrarse.

De forma instintiva pensó que todo estaría tal como lo había dejado; que salir del distrito sería tan sencillo como entrar en él.

De modo que se disponía a volar hasta allá por la mañana.

Había averiguado que uno de los hombres, un tipo bajito y de tez blanca llamado Robbins, era el piloto del helicóptero, y que el aparato ya estaba dispuesto para volar una vez más. Él y Robbins partirían el día siguiente. En caso de que llegaran ilesos a Pôrto Velho, Robbins volvería a la cárcel y recogería a los hombres restantes, mientras Wentik se dirigiría a la civilización.

Era un plan tosco, pero Wentik no podía hacer otra cosa.

Se levantó y salió al corredor.

Había un solo detalle más del lugar que deseaba dejar resuelto antes de la mañana: el objeto que había visto el día anterior desde la cúspide del poste. Una protuberancia de color claro en el muro de la cárcel, dispuesta con manifiesto capricho y sin finalidad. Había cierto rasgo vagamente familiar en la forma del objeto que el científico no había logrado definir...

La cárcel estaba en silencio, y aunque las celdas de los hombres se hallaban en esa parte del edificio, Wentik no escuchó un solo ruido. Quizá los ocupantes estuvieran durmiendo. Llegó a la escalera principal, bajó rápidamente y salió.

Hacía frío. Un viento desapacible soplaba en la pradera.

Wentik se estremeció, y se apretó la bata blanca al pecho. El cielo estaba despejado y las estrellas fulguraban. Inició la marcha por el contorno del edificio, hacia la esquina suroeste.

La permanente insistencia de Astourde en el trabajo del científico seguía siendo

motivo de intriga para éste. Resultaba difícil entender qué relación tenía su trabajo con la situación actual, pero eso podía explicarse bien por falta de comprensión de Astourde en cuanto a lo que Wentik había hecho, o bien por algo que el trabajo del científico anticipaba.

Wentik meditó en el proceso de pensamiento de Astourde para relacionar las dos cosas. Era posible que hubiera tenido cierta instrucción científica. Sólo un poco, no demasiada. Su interés en el trabajo anterior de Wentik era anormal, aunque sólo fuera porque lo que él había estado haciendo tenía un misterioso interés académico. Por lo tanto Astourde debía de haberse hallado en cierta posición que le permitía acceso normal a los documentos que Wentik había publicado. De otro modo, ¿cómo pudo haber llegado a conocerlos?

Durante sus primeros días de trabajo para la Genex Corporation, Wentik había realizado una investigación sobre lo que podía ser denominado vagamente como la química de la cordura. Si tal descripción era imprecisa, resultaba entonces apropiada, puesto que el campo de Wentik no estaba relacionado realmente con la investigación del funcionamiento del cerebro humano. El científico había estado más interesado por los factores externos de la locura, cómo ciertas ideas o imágenes producían distorsiones en el pensamiento racional. Cómo incluso factores accidentales tales como ambiente o dieta podían afectar la cordura en último término. Su trabajo de aquella época había sido esencialmente exploratorio, sin objetivo concreto en perspectiva. No necesitaba gastar mucho dinero en su tarea, y disponía de recursos prácticamente ilimitados para los experimentos. La universidad inglesa a la que había estado vinculado no había podido facilitar tales recursos, y con una sensación de remordimiento transitorio, Wentik había volado a Minneápolis para un período de prueba de seis meses.

Si todo iba bien, su familia habría de seguirle al final de aquel período.

Los escasos documentos que Genex le habría permitido publicar habían sido los que llegaron a manos de Astourde. Pero si el difunto hubiera trabajado en algún campo mínimamente afín al de Wentik, habría dispuesto del suficiente cacumen científico para comprender que lo que se denominaba locura en términos generales no correspondía a una descripción científica.

Locura es una definición legal, no médica.

En el transcurso de aquella enigmática conversación con Johns, el individuo había dicho que Astourde ‘culpaba’ a Wentik de lo que sucedía allí. Tal cosa podía ser interpretada en el sentido de que por alguna finalidad personal incierta estaba allí, pese a que de hecho quien lo había traído con apoyo oficial fuera Astourde, tal vez para imponer algún tipo de castigo. ¿Explicaría eso el interrogatorio?

El factor más sorprendente era que aunque se diera por garantizado que Astourde había leído y entendido correctamente el trabajo de Wentik, y que su trabajo tenía una

relación lógica con el distrito Planalto, entonces debía haber existido una muestra considerable de pensamiento deductivo para relacionar las dos cosas.

Wentik meneó la cabeza. No creía que Astourde fuera capaz de tal cosa. Por mucho que hubiera sabido de la investigación de Wentik para la Genex, no podía haber tenido concepción alguna de lo que el científico estaba haciendo en la Concentración.

Cuatro meses después de que Wentik hubiera empezado a trabajar en Minneápolis, representantes de un departamento de investigación gubernamental se habían dirigido a él y le habían ofrecido el puesto en la Antártida. Genex estuvo de acuerdo en dejarlo libre por el tiempo necesario, y el gobierno estaba ansioso por facilitarle los medios requeridos. Wentik no se quedó corto; exigió y recibió un laboratorio completo, un equipo de ayudantes muy entrenados y total independencia, y pocas semanas más tarde se encontró a doscientos metros bajo la capa de hielo de la Antártida.

La principal desventaja del asunto, desde el punto de vista de Wentik, era la prolongada separación de su familia. Pero su esposa lo había tomado con filosofía; ya resignada a seis meses de separación, la mujer había creído que un poco más no afectaba a la larga.

En la Concentración su trabajo había tomado un nuevo rumbo. En lugar de limitarse a experimentar con posibles causas que afectaran sobre la cordura, Wentik empezó a localizar agentes positivos.

Trabajando al principio con derivados de la escopolamina, Wentik había tratado de encontrar un paralelo químico con la obra de Pavlov. El fisiólogo ruso había dedicado su vida a la ciencia del adoctrinamiento, experimentando con perros de un modo tal que al cabo de una prolongada serie de estímulos los animales se comportaran de acuerdo con ciertas formas predeterminadas. El medio condicionante de Pavlov había sido la experiencia emotiva; luces intermitentes, shock eléctrico, inanición y otros tipos de intimidación. Sus métodos dieron resultado con el paso del tiempo, pero lo que Wentik deseaba era encontrar un atajo químico del proceso. Lo que tres meses de instrucción refleja podían enseñar a un perro o a una rata, Wentik lo redujo a tres días, en condiciones de laboratorio, mediante inyecciones intracorticales. Al cabo de unas semanas de trabajo, Wentik logró que en dos días las ratas de su laboratorio pasaran de sabandijas feroces y carnívoras a dóciles y zalameros animalitos.

Otras dos ratas, acondicionadas mediante los métodos de Pavlov, no mostraron progreso significativo desde el principio del experimento.

Pero por lo que a Wentik concernía, su trabajo se hallaba aún en las etapas preliminares. Para empezar, el compuesto se suministraba por inyección, y tanto N'Goko como él deseaban conseguir los efectos con sólidos o gases. Y la segunda

complicación, con mucho la más grave, fue que si se suministraba la droga con la potencia que se requería para que actuara efectivamente, entonces, invariablemente, el sujeto moría poco después.

Aunque el mismo Wentik se había inyectado la droga, sabía que las cantidades que había recibido estaban lejos de ser tóxicas; pero de la misma forma, sabía que no eran suficientemente fuertes para afectarlo del modo pretendido.

De hecho se trataba de un método para aumentar la inteligencia humana, aunque si se administraba incorrectamente podía ser extremadamente peligroso. Un hombre que tomara el compuesto con la potencia adecuada perdería su identidad, se volvería amnésico, quizá retrocedería a un estado salvaje o bestial. Por otro lado, el mismo individuo sometido a los estímulos apropiados podría ser condicionado para una identidad enteramente nueva.

Era una novedad de potencial devastador y que, si Wentik hubiera podido terminar su trabajo, quizás habría alterado por completo los métodos existentes de detección criminal, adoctrinamiento político o enseñanza religiosa.

Pero no hubo medio por el que Astourde hubiese podido saberlo. En el tiempo que Wentik había estado en la Concentración no tuvo contacto con el mundo exterior aparte de una carta semanal a su esposa, y en esas cartas rara vez mencionaba su trabajo. Sólo N'Goko y el resto de sus ayudantes conocían las implicaciones del trabajo, pero estaban tan aislados en la Concentración como el mismo Wentik.

Astourde había dado a entender que la atmósfera del lugar estaba sembrada de algún modo con una droga o gas que inducía locura, y sin embargo ¿cómo pudo haber llegado a relacionar esto con Wentik? No encajaba. Las causas y efectos se estaban volviendo confusos. Wentik había sido conducido allí por Astourde porque se lo culpaba a él del estado del ambiente. Pero Astourde no pudo haber tenido medio seguro de saberlo hasta que el científico llegó.

Wentik había abordado la esquina del edificio, y se detuvo un instante. Creía que, en cierta forma, había un error enorme detrás de todo el asunto. Astourde había pagado por ello, suponiendo que las cosas fueran así, pero su muerte no podía representar el fin del asunto.

Siguió andando a lo largo del lado occidental de la cárcel, caminando con lentitud, escudriñando la pared por encima de su cabeza. Había menos aberturas en ese lado del muro que en otros puntos. La oscuridad y el silencio reinaban allí, el viento no llegaba. La luna, que estaba en su última fase, iluminaba el otro lado de la cárcel. Toda la cara del edificio que tenía enfrente se encontraba en sombras lóbregas.

Llegó a la siguiente esquina de la prisión sin ver nada y retrocedió, su primitiva curiosidad otra vez excitada. Aquella cosa estaba hacia la mitad de la pared.

Wentik se detuvo cuando una ligera protuberancia de la abrupta pared se notó tenuemente. Era fácil de pasar por alto en la oscuridad. Wentik se apretó contra la

base del muro y alzó la mirada de modo que el objeto quedara perfilado en el cielo estrellado.

Había algo familiar en el objeto...

Buscó la linterna en los bolsillos de su bata, la sacó y la encendió. Se apartó del muro y dirigió el rayo hacia arriba.

El objeto, su presencia era demasiado obvia, su finalidad demasiado oscura, estaba ahí mismo a la luz del rayo que proyectaba.

Una oreja.

Una inmensa oreja humana que surgía de la pared, como la mano había brotado de la mesa.

Wentik apagó bruscamente la linterna, y retrocedió dos otros dos pasos, el corazón latiendo inexplicablemente más deprisa.

## Doce

Hay un elemento aterrante en todo objeto natural que no aparece en el lugar adecuado. Wentik experimentó la fuerza de ello mientras permanecía en la oscuridad.

Una mano brotaba de una mesa, y una oreja de un muro. Un laberinto es construido con una compleja fórmula matemática, y sin embargo está alojado en una cabaña destartalada. Un funcionario de segunda me aterroriza, y un hombre intenta pilotar un helicóptero sin hélices. La tierra existe en un tiempo futuro, y sin embargo siento y creo por instinto que me hallo en el presente. La conducta irracional crea un modelo de reacción propio.

¿Qué más me hará este lugar?

Durante unos segundos la oreja del muro fue invisible, luego, conforme los ojos de Wentik fueron adaptándose a la oscuridad, pendió ante él, exasperantemente cerca pero no al alcance. Tal vez se hallara a tres metros y medio del suelo, siendo su tamaño de algo más de un metro de altura.

Volvió a encender la linterna, y experimentó una versión menor de su primer shock de comprensión.

Wentik iluminó la parte de pared inmediatamente próxima a la oreja. Había muy pocas ventanas en ese lado, y sería difícil localizarlo con precisión desde el interior de la cárcel. Wentik estimó que debía de hallarse en el segundo piso del edificio, quizás a cien metros de la esquina noroeste.

La misma curiosidad que había experimentado con la mano, surgida como resultado natural de su primera conmoción, lo llevó a averiguar lo que pudiera al respecto. Existía falta de lógica increíble en ciertos rasgos de la cárcel, aun cuando el edificio cuadrangular, solitario en una llanura estéril y rodeado por cientos de kilómetros cuadrados de rastrojos cortados al rape, era un escenario notablemente apto para una prisión.

...suponiendo que fuera ése el propósito original del edificio, concluyó Wentik la idea para sus adentros.

Con una última mirada a la oreja bien iluminada por su linterna, Wentik se encaminó otra vez hacia la cara sur de la cárcel, y la entrada principal. Sentía frío, francamente y sin atenuantes. Se movió con rapidez.

De nuevo en el interior del edificio, subió el tramo principal de escaleras y dobló la esquina del rellano del primer piso. Ahí había un corto corredor, y lo recorrió hasta el extremo. Una puerta metálica construida con pesadas barras obstruía el camino, pero Wentik la abrió de par en par.

Ahora tenía ante sí el largo pasillo del segundo piso del ala oeste.

Lo examinó, y a su izquierda quedó la serie de puertas de las celdas. Wentik sabía que las celdas, tanto en el piso superior como en el inferior, se hallaban a la derecha

del corredor. El detalle constituía una asimetría de diseño que había confundido a Wentik en sus primeros días de vagabundeo por los pasillos.

En el lugar donde había emergido del corredor lateral se hallaba más cerca del extremo sur de la cárcel, por lo que Wentik atravesó el largo pasaje. Se detuvo a ratos y atisbó el interior de algunas de las celdas. El diseño mantenía uniformidad, en la mayoría de los casos. Esa sección de la cárcel no era la que Astourde y sus hombres habían elegido como cuarteles, y todo estaba prácticamente intacto. Las puertas de todas las celdas eran metálicas, provistas de atisbadero y cerradura manejable únicamente desde el exterior. Había dos cerrojos, superior e inferior, y una pesada cerradura embutida. Los goznes, placas de metal toscas y mal diseñadas, estaban en la parte externa de la puerta.

Dentro de las celdas solía haber una o dos literas, nunca más. Pocas celdas tenían acceso a la luz diurna, y en las que lo tenían, las ventanas eran pequeñas hojas de vidrio deslustrado protegidas con una o dos barras de acero. Al parecer había poca planificación en el diseño de las celdas. La única finalidad era un mínimo de espacio y un máximo de incomodidad.

Cuando Wentik estuvo a lo que estimó en cien metros del extremo opuesto del corredor, se detuvo. En algún punto cercano y en la pared externa se hallaba la oreja. Retrocedió unos metros y abrió la puerta de la celda más próxima. La habitación no era distinta a cualquiera del resto.

Recorrió lentamente el corredor, sabedor de que las puertas de las celdas estaban mucho más alejadas de lo que atestiguaba el espacio ocupado. ¿Qué había entre las celdas?

La sexta puerta que probó estaba muy encallada, no cerrada sino retenida como si el marco o la misma puerta se hubieran curvado. Pegó el hombro a la puerta y empujó con fuerza. La puerta chirrió y se abrió.

El interior estaba oscuro. A la derecha de la puerta, en la pared, encontró un interruptor. Se produjo una explosión de luz en la habitación, mucho más brillante que la iluminación de cualquier otra parte de la cárcel. Wentik entró, y examinó la celda.

Con dos excepciones, la celda era como todas las demás que había visto en la cárcel. Las paredes eran de metal pintado de color pardusco, el suelo de cemento estaba sin revestir y el único mobiliario lo constituía una dura litera pegada a una de las paredes.

Lo que hacía excepcional a esta celda era el tamaño —al menos la anchura doble de una celda normal— y la presencia de la máquina que se llevaba buena parte del espacio de la pared opuesta.

La máquina ocupaba toda la altura del muro, llegando hasta cinco centímetros del techo. Relucía tenuemente a la chillona luz de la bombilla, sus lados metálicos

deslucidos hasta una intensidad mate. El lado frente a Wentik estaba casi falto de rasgos, simplemente una pared metálica negra.

El científico se acercó a la máquina y puso una mano encima. Para su sorpresa la notó cálida, y vibraba casi imperceptiblemente bajo la punta de los dedos de Wentik.

Se acercó un poco más y comprobó que apenas había espacio para que un hombre de talla mediana se apretara entre el aparato y la pared. Igual que la parte frontal, la lateral no contenía detalles externos notables.

Del mismo modo que había retrocedido ante la aparición de la oreja en la pared, Wentik se encontró rehuyendo de nuevo la aceptación del hecho. Por su mera impresión de funcionalidad, la máquina se convertía en una anomalía. Tanto se estaba acostumbrando a aspectos ilógicos y obviamente sin finalidad que su mente ya empezaba a repudiar lo que sólo unas semanas antes habría sido algo normal en su vida cotidiana y laboral.

¿Una computadora...? ¿Aquí?

Su mente aceptó de inmediato la explicación pese a que al mismo tiempo se negaba en parte a aceptarla.

Wentik retrocedió hasta la puerta de la celda, se apoyó en ella y contempló la máquina.

En la habitación brillantemente iluminada era un factor negativo. Una reticencia de diseño mecánico en contraste con la extrovertida monotonía del resto de la cárcel. Una construcción metálica elaborada lisamente, fuera de lugar en el ruinoso ambiente de la abandonada cárcel. Sin rasgos característicos y silenciosa. Oculta a la vista únicamente por su ubicación caprichosa. Sólida y simétrica, y deliberadamente en un ambiente de duda e irracionalismo.

Wentik se preguntó si Astourde habría conocido la existencia de la máquina.

Se acercó de nuevo al aparato, recordando que él mismo lo había descubierto sólo por azar. Su pista, la oreja del muro, había sido olvidada temporalmente ante la sorpresa del nuevo hallazgo.

Comprimió su cuerpo en el costado derecho de la computadora, entre ésta y la pared de la celda. Al llegar a la pared trasera, la que daba directamente al exterior de la cárcel, Wentik se detuvo. En el reducido espacio resultaba difícil mover la cabeza. Se echó un poco hacia atrás, aflojó los hombros en ángulo con respecto a la pared, y estiró el cuello.

Entre la envoltura de la computadora y la pared había un espacio de algo más de un metro. Wentik se retorció en el rincón y se irguió en ese espacio. Ahí la oscuridad era algo mayor que en el resto de la celda, pues no recibía luz directa de la bombilla del centro del techo.

En ese lado de la computadora había una amplia gama de cuadrantes y medidores. Wentik los atisbó con interés, pero no pudo reconocer ninguno. Junto a ellos había

una hilera de interruptores de palanca, todos en la posición ‘down’, y al extremo de ellos había una muesca parecida a una estrella de tres puntas cortada en la pared de la máquina con otro interruptor de palanca que descansaba en la posición neutral.

En la parte superior de la máquina, aproximadamente al nivel de la frente de Wentik, había un enrejado de ventilación. En algún punto detrás del enrejado funcionaba un silencioso ventilador, puesto que Wentik sintió un suave flujo de aire que entraba por la reja al pasar la mano por delante.

Pero la característica más acusada allí era una disposición de palancas, una que salía del costado de la computadora y otra de la pared, y que se unían en el vértice en el espacio intermedio como dos manos agarradas en una prueba de fuerza. El punto en que se encontraban se hallaba a bastante altura sobre el suelo, ambas palancas de aproximadamente setenta y cinco centímetros de largo desde la pared y desde la computadora respectivamente, en un ángulo de sesenta grados con la perpendicular. Wentik podía moverse debajo del punto de contacto sin agacharse.

¿Acaso la palanca externa conectaba de algún modo con la inmensa oreja de la pared exterior?

Wentik estiró el brazo y tocó la articulación de bola en el lugar donde las dos palancas se unían. Estaban férreamente entrelazadas, pero un indicador sobre el lado de la máquina oscilaba misteriosamente. Wentik tocó la palanca interna cerca del punto donde desaparecía en el cuerpo del aparato, y otros indicadores diversos se movieron bruscamente.

Eligió al azar uno de los interruptores de palanca y lo movió hacia arriba rápidamente. Nada sucedió, al parecer. Ninguno de los indicadores se movió, ningún sonido pudo oírse. Seleccionó otro interruptor, que tampoco produjo respuesta.

¿Estaría la máquina en funcionamiento? Suponiendo que sí, ¿tenían alguna función los interruptores? Wentik se agachó, pero no vio inscripciones en lugares cercanos a los interruptores que pudieran dar cierta idea de su función. Su atención cambió al interruptor dentro de la ranura de tres posiciones.

Cuando sus dedos lo tocaron, descubrió que se movía con facilidad. Lo movió directamente hacia arriba, y vio que un pequeño panel cercano se iluminaba. Miró con atención y vio encendidas las letras ‘AA’. Bajó de nuevo el interruptor, y las letras desaparecieron. Movié la palanca hacia abajo y a la derecha, y en otro panel se encendió la letra ‘A’. Volvió a la posición original y la letra se apagó.

Al mover el interruptor hacia abajo y a la izquierda, dos cosas distintas ocurrieron. Un panel se iluminó con las letras ‘BB’ y algo dentro del armario de la máquina y al otro lado del arco de palancas produjo un ruido de silbido agudo. Al cabo de cinco segundos cesó. El panel siguió resplandeciendo.

Wentik empujó el interruptor al punto central, y las letras desaparecieron.

Pasó bajo las dos palancas y observó atentamente la máquina en el punto donde

había surgido el ruido.

Casi en el borde superior distinguió una diminuta placa metálica de registro, sujeta al armario de la computadora con un remache de cabeza plana. Lo hizo girar a un lado, y encontró un pequeño compartimiento. En el interior había una larga tira de cable.

Al ver que el extremo había sido separado en dos ramales de punta muy fina, tiró del cable con todo cuidado, lo examinó con atención, pero no observó nada que pudiera haber producido el ruido.

Dejó el cable colgando sobre el costado de la máquina, y volvió con el interruptor. Lo bajó hacia la izquierda, el panel se iluminó, y de nuevo resonó el silbido, esta vez mucho más fuerte. Acercó la oreja a los extremos del cable, y descubrió que el sonido parecía surgir de un punto en algún lugar entre los dos ramales. Estaba a punto de tocar el cable cuando el ruido cesó de repente.

Extendió la mano para mover otra vez el interruptor, pero algo le advirtió que fuera cuidadoso. Volvió a mirar el cable, a continuación lo puso de nuevo en el compartimiento.

Había otra placa metálica cerca de la tapa y Wentik la examinó, forzando los ojos en la mortecina luz.

En la placa grabada se leía:

---

Companhía Nacional  
VOLTA REDONDA  
Direct Power Corp SA 2184  
Int Pat 41. 463960412 TM Reg'd  
S/N GH 4789 Mod 2001

---

Al cabo de algunos minutos más, en los que Wentik volvió a examinar los diversos indicadores e interruptores, el científico retrocedió encogido junto al costado de la máquina y salió a la parte principal de la celda. Observó el silencioso aparato. El aura de poder contenido y energía desatada de la computadora era tremenda.

Wentik se acercó a la puerta, puso la mano sobre el interruptor de la luz, y contempló la celda una vez más.

Y vio el objeto por primera vez.

En el centro del suelo, aplastado descuidadamente por un tacón en el cemento, estaba la colilla de un cigarrillo de papel negro.

## Trece

La mañana siguiente Wentik partió en el helicóptero hacia Pôrto Velho. Con él y el piloto iba Johns. Los tres hombres tomaron asiento apretujados en la cabina cubierta de perspex, y como el sol daba directamente sobre ellos, se quitaron las chaquetas y quedaron únicamente con la camisa puesta.

El piloto, Robbins, había elevado el aparato a seiscientos metros, rodeado la cárcel y después, a indicación de Wentik, volado en dirección noroeste hacia Pôrto Velho.

La llanura, debajo, ofrecía el mismo aspecto monótono desde el aire que desde el suelo; un rastrojal muerto, falto de vida.

—¿Qué distancia hemos recorrido? —gritó Wentik a Robbins por encima del estruendo.

El piloto se encogió de hombros.

—Unos cinco kilómetros, señor —dijo Johns.

Wentik asintió y miró en la dirección que llevaban. Desde esa altura el alcance de la visibilidad era de varios kilómetros, probablemente, con la salvedad de que aquel día había muchas calinas a causa del calor.

Un nuevo pensamiento sobrecogió a Wentik, y se preguntó por qué no se le había ocurrido antes. Supuesto que una gran zona de la jungla hubiera sido despejada, ¿ejercería esto un efecto climático a largo plazo? Por lo que él recordaba, esa parte de Brasil era una de las regiones más húmedas del mundo. Sin embargo la lluvia en la cárcel era esporádica, a veces por la noche, o bien a primeras horas de la mañana. (Antes de despegar aquella mañana, habían tenido que aguardar una hora antes de partir.) Por lo general el cielo estaba despejado y azul, el sol ardiente, la mayor parte del día. ¿Acaso la ausencia de vegetación selvática importaba en la formación de nubes, y de ahí en la lluvia?

En segundo lugar, la mera tarea física de despejar una zona de jungla de ese tamaño estaba fuera de la concepción de Wentik.

Y a medida que el vuelo avanzaba sobre la llanura que no ofrecía indicio alguno de revertir a su condición normal, tanto más daba la impresión de que el destino no iba a ser el que se habían propuesto.

Johns tocó el brazo de Wentik, y señaló hacia abajo a través del perspex. Vagamente veladas por la calina aparecían cuatro construcciones cúbicas de color negro. Wentik estiró el cuello pero no distinguió un solo rasgo que indicara la índole de tales construcciones.

—¿Qué son? —gritó.

—No tengo idea —replicó Johns.

El piloto siguió el vuelo. Wentik miraba abajo ansiosamente.

—¿Quiere que aterrice, señor? —inquirió el piloto.

—No. Siga adelante. Pero baje el aparato a ciento cincuenta metros.

El piloto obedeció, y Wentik contempló los objetos mientras descendían. Desde aquella elevación resultaba muy difícil estimar correctamente el tamaño. No obstante, Wentik lo evaluó entre cinco y diez metros de ancho por unos quince de largo. ¿Estarían relacionados de algún modo con la creación del distrito Planalto?

Siguieron volando de manera regular, con la temperatura de la cabina en lento ascenso. El calor ya se estaba volviendo francamente desagradable, pese a que llevaban todas las aberturas y portillas abiertas. El calor del motor, montado en el compartimiento detrás del asiento de Wentik, no hacía nada para que las condiciones en la cabina mejoraran.

De pronto la superficie del terreno cambió marcadamente. Aparecieron arbustos, y la hierba de la sabana, reducida a rastrojos en cualquier otro punto, crecía lujuriosa y desenfrenadamente debajo de los viajeros. Los árboles se mostraban a intervalos, y la maleza se hizo densa y enmarañada.

Siguieron volando otros diez minutos y la arboleda fue espesándose gradualmente hasta ser una jungla genuina. Wentik la miró con un sentimiento de indiferente gratitud. Siendo hostil como era, la jungla representaba para él un contacto con la normalidad que necesitaba urgentemente.

—¿A qué distancia estamos de la cárcel ahora? —preguntó a Johns, que examinaba el mapa que Wentik le había dado.

—Poco más de seiscientos kilómetros —dijo.

—¿Cuál es el radio de acción del helicóptero?

—Llegaremos ahí —dijo el piloto.

Wentik asintió. Volvió a observar la jungla. El bosque tropical brasileño tendría probablemente el mismo aspecto en cualquier lugar que hubiera por delante. Entonces..., ¿se hallaban ya en lo que conocían como el presente? ¿O seguían todavía en la época del distrito Planalto? No había forma de saberlo.

—Ascienda —pidió Wentik al piloto.

Robbins lo miró con expresión de asombro. Johns también lo miró.

—¿Ascender, señor?

—Exacto. Tan alto como este aparato permita. Tenemos suficiente combustible.

Obedientemente, el piloto tiró de la barra de mando, y el ruido del compresor aumentó. El aparato empezó a subir sin esfuerzo, con una pérdida de velocidad que de pronto Wentik consideró vivificante. Se recostó en el asiento, y contempló el suelo. El detalle de la vegetación empezó a desvanecerse con la calma, y formó una alfombra uniforme de color verde oscuro.

Mientras el aparato subía, Wentik recordó un incidente de su juventud, cuando pasó dos semanas de vacaciones planeando en la llanura de Kent. Se había elevado en

compañía de un piloto experto en un moderno planeador de competición, para comprobar personalmente la diferencia entre eso y el vuelo a motor al que estaba más acostumbrado. Volaron toda la tarde sobre pueblos, campos y carreteras de la campiña. En un momento dado encontraron un muro térmico sobre un campo recientemente arado que destellaba al sol, y ascendieron suave y silenciosamente en una espiral cada vez más amplia hasta tres mil metros. La paz de aquel primer vuelo prolongado, y su efecto de libertad del ruido de la vida de Londres, quedó en el recuerdo de Wentik durante muchos años después, y ahora pensaba en ello de nuevo mientras ascendía en un aparato incómodo y ruidoso, sobre un paisaje extraño y ominoso.

—¿Para qué quiere hacer esto? —le dijo Johns, rompiendo su ensueño.

Wentik lo miró, pero no dijo nada.

En realidad no tenía idea de la razón que había tras de su orden. En todo caso, se trataba de la impresión subconsciente de que si conseguían ascender tan alto y tan lejos, y quizá tan deprisa como pudieran, lograrían de algún modo escalar la barrera invisible que circundaba con bastante amplitud la cárcel. Esta barrera lo mantenía apartado de su familia y su trabajo, de la civilización y, lo que tal vez más sutilmente echaba de menos, su propia época. Porque ahora estaba experimentando, mucho más que nunca, la convicción de que lo que su intelecto había tratado de racionalizar con insistencia durante dos semanas, y que ahora todo su cuerpo sentía, era un hecho.

Se *hallaba* en alguna parte del futuro.

Y era éste el único modo que le permitiría ver una ruta de regreso. Si el enfoque racional era defectuoso, el procedimiento tenía que ser irracional. Sube al cielo y consigue algo. Pues sino, quédate en tierra y consigue... nada.

—¡Estamos pasando de tres mil metros, señor! —gritó el piloto.

—Eso bastará —dijo Wentik.

Era una buena altura para volar.

Una vez más el vehículo aéreo siguió un curso recto. Wentik observó agudamente a través de la portilla de perspex.

A su lado, Johns parecía aburrido y distraído. El piloto estaba alerta, las manos descansando ligeramente sobre los mandos.

Wentik observaba la superficie del terreno. Llevaban en el aire casi media hora, y en ese tiempo no había visto rastros de habitación humana. Desde esa altura no era posible distinguir detalle alguno en la jungla, sin embargo Wentik mantenía la mirada hacia abajo con la esperanza de encontrar un poblado donde aterrizar.

Se produjo un súbito rugido, y el helicóptero osciló en su vuelo.

Las manos del piloto se aferraron a los mandos, y el eufórico zumbido del motor estalló en un gruñido de potencia, pero pronto se moderó. El aparato se estabilizó.

Wentik observó el cielo. ¿Qué había pasado?

El rugido se produjo de nuevo, esta vez venía de abajo.

Un avión de reacción volaba velozmente debajo de ellos, ladeándose bruscamente a la derecha y acelerando con fuerza. Wentik vio la brillante estocada de los quemadores auxiliares en la descarga del chorro. Pero el avión se había desplazado a demasiada velocidad como para haber podido identificarlo. Ya estaba fuera de la vista.

—¿Lo ha reconocido? —gritó Johns, que se había echado hacia adelante con el rostro alerta.

—No. Era demasiado rápido.

En ese preciso momento el jet apareció delante, y emprendió un rumbo de colisión directamente hacia ellos. Robbins mantuvo estabilizado el helicóptero, y el jet descendió por debajo del aparato en el último instante.

—¡... el muy bastardo! —maldijo Johns—. ¿Qué es?

—Creo que es un jet como el que fotografió Astourde —dijo Wentik.

El avión había virado de nuevo y volaba hacia ellos a babor. Se produjo un brillante destello, y algo estalló justo frente al helicóptero. La explosión estremeció a los tres hombres, y atravesaron la nube de humo negro antes de que tuvieran oportunidad de evitarla.

El antiquísimo aviso. Inequívoco en su significado. Alto.

—Creo que quiere que nos paremos.

—De acuerdo.

El piloto levantó la nariz del aparato, y ajustó la velocidad del motor hasta que cesaron de avanzar.

—¿Ahora, qué...? —murmuró Johns.

—Aguardar y observar.

Wentik miró a su alrededor intentando vislumbrar el jet, pero el avión se había alejado a toda velocidad otra vez y no pudo verlo en ninguna parte. El piloto mantuvo estabilizado el helicóptero.

—¡Ahí está! ¡Justo delante! —dijo Johns.

Wentik vio el jet de pronto como una partícula de luz dorada. Venía otra vez directamente hacia ellos, siguiendo un curso de colisión.

—Mantenga firme el aparato —dijo a Robbins.

Al parecer, el avión se movía con más lentitud que antes. A cien metros del helicóptero su proa se alzó, y hubo una rociada de gases de escape surgentes de un grupo de eyectores para despegue y aterrizaje vertical montados en su panza. Deslizándose con un curioso movimiento entró en pérdida y se detuvo delante del helicóptero, y quedó suspendido a no más de seis metros de la cabina.

Al observar al piloto, Wentik notó que el individuo sudaba. Johns había cerrado los ojos.

—¿Qué hago ahora, señor? —dijo Robbins.

—Esté listo para actuar deprisa —dijo Wentik—. Pero siga así mientras tanto.

El avión de despegue y aterrizaje vertical se movía lentamente de un lado a otro delante de ellos, el ruido de sus motores hacía que la cubierta de la cabina resonara y vibrara. Tal como Wentik había visto en la fotografía que Astourde le mostrara, el jet no tenía una cabina propiamente tal, aparte de los paneles de vidrio dispuestos al mismo nivel en los laterales de la sección frontal del fuselaje. Detrás de todos los paneles Wentik pudo distinguir vagamente la figura de un hombre.

De manera casi imperceptible, el avión se fue acercando y su movimiento de oscilación se volvió más pronunciado. Wentik se extrañó. Era como si los hombres que hubiera dentro trataran de transmitir algún mensaje.

Examinó atentamente el aparato que se acercaba hacia ellos arrastrándose. Estaba pintado de un blanco brillante, con las alas-delta de ángulo diédrico negativo pulidas en un acabado sumamente metálico. En conjunto era inmenso, probablemente de doce o quince metros de largo. Sus alas eran cortas y gruesas, con una envergadura de no más de tres metros en cada lado, aunque se extendían tres cuartas partes de la longitud del fuselaje. Al parecer no había superficies móviles en las alas, pero aparte de eso la forma general era típica.

Uno de los hombres del avión sostenía un micrófono u otro aparato de similar finalidad, y hablaba ante él. Tan cercanos estaban ya los dos vehículos que Wentik podía ver con claridad el movimiento de los labios del individuo. Buscó referencias en el costado de la nave, pero no encontró nada que pareciera tener especial relevancia. Bajo el borde delantero de una de las alas había un conjunto de letras, pero el ángulo le impedía descifrarlo. En la parte interna de la otra ala las letras TNZ habían sido estarcidas en caracteres negros y destacados, y varios paneles a lo largo de la sección delantera del fuselaje tenían pintados algo que parecía instrucciones, mas de nuevo Wentik fue incapaz de distinguir qué decían.

El aparato no contenía armamento visible, aunque tanques laterales que semejaban gruesos proyectiles blancos estaban suspendidos cerca del fuselaje.

La nariz del avión de despegue y aterrizaje vertical se hallaba a menos de tres metros del helicóptero cuando se echó hacia atrás velozmente, y al llegar a una distancia de diez metros volvió a avanzar, balanceándose como antes delante de los tres hombres. Luego retrocedió, y repitió la maniobra.

De repente, Wentik comprendió qué pretendían comunicar los ocupantes del avión.

—¡Creo que quieren que regresemos! —gritó a Robbins en medio del doble estruendo de los motores.

—¿Qué? ¿Volver a la cárcel? —preguntó Johns.

—Me temo que sea eso.

—Pero si les obedecemos no tendremos suficiente combustible para llegar a Pôrto Velho en otra ocasión.

—No creo que la decisión recaiga ya sobre nosotros.

Robbins hizo girar la barra de mando, y el helicóptero descendió hacia la derecha. El piloto maniobró para un amplio viraje de ciento ochenta grados, mientras el jet mantenía su posición por encima y detrás del helicóptero.

Una vez iniciado el largo y tambaleante descenso hacia la llanura y la cárcel, el jet siguió al helicóptero a una distancia discreta.

Robbins hizo aterrizar el helicóptero junto a la entrada principal de la cárcel. Era mediodía.

Al cabo de tres minutos, el avión de despegue y aterrizaje vertical aterrizó a veinte metros de distancia, en tanto que Wentik y los otros dos se sentaban en el rastrojal a la sombra del helicóptero.

Dos individuos que portaban caretas e intrincados cilindros de gas se acercaron trabajosamente. Se detuvieron y contemplaron a los tres hombres.

El más alto de los dos levantó su careta.

—Es ése —dijo, señalando a Wentik.

El otro individuo avanzó con rapidez, sosteniendo una especie de tubo metálico. Antes de que pudiera hacer un solo movimiento para resistirse, Wentik recibió un repentino chorro de vapor amarillo disparado por la mano del hombre. El gas era amargo, y el científico inhaló un poco antes de alcanzar a contener la respiración. Una ola de calor brotó de su nuca, dio la vuelta y llegó a su cara y ojos. Mientras su conciencia desaparecía rápidamente, Wentik se encontró mirando irresistiblemente el rostro risueño y sarcástico del individuo que se había quitado la careta.

Era Musgrove.

## **SEGUNDA PARTE**

### **EL HOSPITAL**

## Catorce

Cuando Wentik recobró el conocimiento, su primer impulso fue de pánico. Se encontraba a oscuras, y un agudo ruido de gemido lo rodeaba incesantemente.

Intentó moverse, pero descubrió que todo su cuerpo estaba confinado en una pesada prenda que no le permitía más movimiento que una leve rotación lateral. Una máscara de goma cubría su nariz y boca y por ella se bombeaba aire frío, lo cual tendía a contrarrestar la oleada de claustrofobia que al principio se expandió en el interior de Wentik.

Su vuelta a la plena conciencia fue rápida y con escasos efectos secundarios. Sólo un ligero dolor a lo largo de la parte superior de la frente aún le evocaba el acre gas amarillo.

Al cabo de unos minutos se tranquilizó, y yació tranquilamente donde estaba. Aunque los acontecimientos estaban entonces fuera de su control, sintió de manera instintiva que no se encontraba en peligro inmediato alguno.

Después de veinte minutos, entró un hombre con un tazón de líquido caliente. Lo colocó en el suelo delante de Wentik y retrocedió hacia la puerta por la que había entrado.

Wentik se retorció con violencia, y trató de hablar a través de la máscara. El hombre lo miró, estiró el brazo fuera de la puerta, y se encendieron las luces. Wentik volvió los ojos al alimento de modo expresivo, e intentó otra vez pronunciar una palabra.

El individuo tiró de Wentik hasta ponerlo sentado, y manipuló algunas cuerdas que había detrás. Las manos de Wentik quedaron libres. Las miró, y notó que se hallaba dentro de una especie de camisa de fuerza. Después el hombre salió, y Wentik atrajo el tazón hacia sí y aflojó la máscara de goma que rodeaba sus labios. Estaba conectada, mediante dos tubos de goma flexible, a dos cilindros de gas que había en el suelo.

Wentik se quitó la máscara, respiró el aire de la sala, que le pareció perfectamente aceptable. Se preguntó por qué le habrían puesto la máscara.

La sopa estaba muy caliente y excesivamente sazonada. Al parecer, contenía una base de extracto de carne con una mezcla de legumbres desmenuzadas y pan. El sabor era raro y en absoluto agradable, pero Wentik la bebió enseguida y se sintió mejor cuando concluyó.

El hombre había dejado la puerta parcialmente abierta al salir de la cámara. Wentik se puso de pie y se acercó. Delante de él había otra sala, provista de dos literas e instalación de agua y cocina. Ahí, el ruido de gemido era menor.

En el centro del suelo estaba el ya familiar conjunto de cilindros de gas, y en una de las literas yacía Musgrove.

Wentik se acercó y lo contempló.

Estaba sujeto en una camisa de fuerza, y su boca y nariz se hallaban cubiertas por una máscara de goma. Musgrove miró a Wentik, sus ojos revelaban un interés pasivo.

Wentik hizo un ademán de retirar la máscara, pero justo en ese instante el primer hombre entró por una puerta en el extremo opuesto del cuarto.

—Váyase —dijo al instante.

Wentik lo miró.

—¿Por qué Musgrove está atado así? —preguntó.

—Por su propio bien. Ahora, váyase.

Wentik volvió a observar a Musgrove, después caminó lentamente hacia la cámara de la que había salido. Dejó la puerta abierta expresamente, y contempló al hombre que comprobaba las cintas de goma que sostenían la máscara a la cara de Musgrove. Cuando estuvo seguro de que Wentik no las había desordenado, regresó a la cámara más alejada.

Al abrirse y cerrarse la puerta, Wentik miró por ella y sus sospechas se confirmaron. Era la cabina de un avión.

Estaba en el jet de despegue y aterrizaje vertical. Lo que significaba que lo conducían a alguna parte. Y también a Musgrove, aunque de dónde había salido éste y cómo se había presentado en la cárcel con el piloto del avión era un misterio.

Durante esos breves instantes en que había visto a Musgrove junto al helicóptero, el individuo había dado la impresión de actuar conjuntamente con el otro. Pero ahora era un prisionero con camisa de fuerza, como el mismo Wentik.

Se produjo un cambio casi imperceptible en el tono del gemido, tan sutil que apenas lo hubo detectado, Wentik dudó de su percepción. Supuso que detrás de la pared trasera de la cámara se encontraban los motores. Resultaba sorprendente la cantidad de espacio que había dentro de la nave, teniendo en cuenta el tamaño aparente visto desde fuera.

Una voz crepitó en un altavoz oculto.

—Listos para aterrizar. Tomen precauciones de seguridad.

Wentik miró a su alrededor, y vio una corta hilera de cinturones dobles que colgaban de la pared. Se acercó, metió los brazos en uno de los juegos, y notó que automáticamente lo estrechaban por los hombros. Afirmó las piernas en el suelo, inseguro en cuanto al amortiguamiento que precisaba para oponerse a los rigores del aterrizaje.

Casi al momento volvió a variar el tono de los motores, y el ruido afluyó procedente del compartimiento. La parte frontal de la nave se alzó, y Wentik sintió una especie de caída en picado, al parecer mientras el avión ejecutaba una maniobra similar a la realizada al detenerse delante del helicóptero. El estómago del científico sufrió sacudidas al notar el descenso del aparato, y Wentik comprendió la necesidad

de que todo el mundo a bordo estuviera atado. El avión cayó en picado otras dos veces, y a continuación Wentik escuchó una serie de ruidos: los motores, que adoptaban otro tono distinto, más áspero, y un sonido de matraqueo, de roedura, como las cadenas del ancla de un barco.

Al cabo de tres minutos hubo un movimiento de costado, el ruido del avión menguó de repente y el de los motores fue desapareciendo hasta hacerse inaudible.

Wentik se quedó donde estaba, incierto sobre qué debía hacer. Desató las correas de los brazos e intentó quitarse la pesada prenda que rodeaba su cuerpo. Pese a que sus dedos estaban libres, la rigidez del material le impedía mover los brazos por la espalda como no fuera con cierto ángulo, y por mucho que se esforzó no logró desasirse de los tirantes. Pugnó durante cinco minutos, después abandonó la tarea.

El continuo silencio en el resto del avión lo sorprendió. ¿Por qué los hombres no llegaban a buscarle? Después de aguardar varios minutos más, Wentik volvió a entrar en la cámara contigua. Musgrove seguía allí, yacente, los ojos cerrados.

Wentik se acercó al otro hombre, y apartó la máscara de goma de su cara. Los ojos de Musgrove se abrieron.

—¡Wentik! —gritó.

—¿Se encuentra bien? —el semblante de Musgrove estaba recubierto de una viscosa mezcla de sudor y mugre.

Cerró los ojos y los abrió otra vez.

—Estoy perfectamente bien. ¿Hemos aterrizado?

—Sí. ¿Dónde estamos, Musgrove?

—No lo sé. Escuche —el hombre se sentó y cogió el brazo de Wentik—, tiene que sacarme de aquí. Sólo los conduje hasta usted porque me vi obligado a hacerlo. Deberíamos huir juntos.

Wentik lo miró con aire de incertidumbre. Había llegado a desconfiar de la cordura de Musgrove por razones patentes.

A Wentik lo turbó advertir que la gente que lo había amordazado también había puesto la camisa de fuerza a Musgrove.

—Averigüemos dónde estamos antes de intentar escapar —dijo.

Pasó junto al otro y llegó al extremo de la cámara. Ahí la puerta estaba cerrada, y Wentik la abrió muy despacio. La cabina estaba desierta.

El sol brillaba a través de una de las grandes pantallas de los costados, y caía sobre hileras de indicadores e instrumentos. Había dos asientos acojinados junto a cada una de las pantallas y controles de vuelo. Wentik examinó brevemente los instrumentos, sin que pudiera encontrarles demasiado significado.

En el suelo de la cabina había un gran escotillón metálico, que había sido abierto. Una corta escalerilla llevaba a tierra. Wentik se arrodilló pese a la embarazosa camisa de fuerza y trató de comprobar si había alguien cerca, mas no había nadie en los

alrededores.

Erguido de nuevo, contempló las pantallas y vio que la nave había aterrizado en una extensión de cemento. Otros aviones de diversos tamaños se hallaban en las cercanías. Volvió al escotillón y bajó la escalerilla.

El sol descendía sobre colinas en el horizonte, en la neblina de luz anaranjada y roja que indicaba un ambiente industrial. En cuestión de minutos sería de noche. Wentik contempló el aeropuerto con la intención de poner cierto orden en el cúmulo de formas y colores nada familiares.

Había veinte o treinta aviones esparcidos por el aeropuerto que, dada su aparente densidad de tráfico, era sorprendentemente pequeño. Suponiendo que todos los aviones emplearan despegue vertical, tal cosa explicaría naturalmente esa anomalía. Decenas de personas se movían en torno al avión, pero ninguna de ellas prestaba atención a Wentik.

A medio kilómetro había un elevado edificio terminal, y en su fachada se leía:

SAO PAULO.

De modo que estaba allí. Una de las mayores ciudades de Brasil, por lo que recordaba. Por milésima vez, o algo así, Wentik ansió que sus conocimientos acerca de Brasil fueran mayores.

Mientras miraba a su alrededor preguntándose qué debería hacer, un vehículo apareció sobre el cemento, se detuvo a pocos metros de distancia y dos hombres se apearon.

Se acercaron a Wentik.

—¿Acaba de llegar en ése? —preguntó uno de ellos, señalando el avión con un gesto de cabeza.

—Sí —respondió Wentik.

—Bien. Suba.

Se volvieron hacia el vehículo, y Wentik los siguió al tiempo que observaba el coche con gran curiosidad. Delante había dos asientos para el conductor y su acompañante, y en la parte de atrás había un sofá acolchado que obviamente podía servir como asiento o como cama. Todo el vehículo era descubierto.

—¿Quieren que suba en eso?

—Como prefiera. No parece estar demasiado enfermo. No tendrá que tenderse.

—¿Qué es esto? ¿Una ambulancia?

—Exacto. Podemos cubrirla, si lo prefiere.

El hombre accionó un interruptor de la parte delantera del vehículo, y al momento la totalidad de la porción trasera se vio rodeada de un capullo oval azul claro que pareció materializarse a partir de las moléculas del aire. Wentik puso la mano en la cubierta. Era blanda.

Subió a la parte trasera y se sentó, tal como el hombre había sugerido, en el lado

de la litera. Podía ver a través del capullo con bastante claridad. El propósito de la envoltura era evidente: ofrecer intimidad a los que la precisaban, y con todo permitir ver el exterior a quienquiera que fuese dentro.

El vehículo se puso en marcha, sin sonido alguno de motor. Mientras rodaban hacia el costado del edificio terminal, un jet del extremo opuesto del aeropuerto hizo funcionar su motor, y la extensión entera quedó sumergida en un torrente de sonido. El avión despegó en cuestión de segundos en un ascenso vertical al cielo, con una ensordecedora explosión.

Cuando el ambiente se hubo tranquilizado de nuevo ya se encontraban fuera del aeropuerto, desplazándose por una estrecha calle. Wentik había notado una extraña sensación desde que había salido del avión, y entonces la identificó.

Gente.

Por primera vez en semanas estaba rodeado de más personas de las que podía contar. Incluso en la Concentración había estado en una comunidad cerrada, restringida, donde cada cara era tan familiar como el resto. Ahora veía miles de seres humanos, vestidos en multitud de colores distintos. Allí había muchedumbres que se empujaban en estrechas aceras, niños que cruzaban velozmente la calle delante del tráfico. Y mujeres.

Wentik se dio cuenta del tiempo que había transcurrido sin ver una mujer.

La ambulancia se vio obligada a reducir la marcha por la calle, conforme el gentío desbordaba las aceras. Estaban pasando por una especie de mercado, con puestos abiertos que contenían frutas y hortalizas, pan, vino, objetos inidentificables de metal reluciente y plástico llenos de colorido. Los dependientes de los puestos estaban cerrando sus comercios, trasladando los artículos a camiones cercanos. La noche estaba próxima.

En los muros de los edificios letreros brillantes e iluminados destellaban en la creciente sombra. Mirando la calle en la dirección que llevaban, por encima de las cabezas de los hombres que había delante del vehículo, Wentik vio la calle como una senda entre una selva de colorido. Sus ojos, largo tiempo acostumbrados a la simple desolación de la cárcel y la llanura, y separados de la luz y la oscuridad, no vieron los letreros como destellos de luz individuales, sino como parte de un calidoscopio general.

Pero al observar algunos de los letreros, su extrañeza fue inmediatamente manifiesta.

Ahí un letrero mostraba un manojo de flores, allá un rostro. Un dibujo más que simplificado de unas tijeras, la cara de una mujer, un libro abierto. En ninguna parte vio una sola palabra.

Poco a poco, la calle se ensanchó y la ambulancia aceleró. Los edificios formaban conjuntos compactos y asumían un sentido del diseño más placentero. El sol se había

escondido, dejando un amplio abanico de color degradual en el cielo. Las luces iban apareciendo en los edificios y Wentik, que experimentaba una renovada sensación de encarcelamiento en la envoltura de la ambulancia, se sintió desolado y apartado de las personas de la ciudad. La gente cumplía con sus rutinas habituales: vivir, descansar, amar y hacer el amor. Pero él no formaba parte de la rutina; un intruso con camisa de fuerza conducido discretamente por calles oscurecidas hacia un destino desconocido.

Los edificios empezaron a arracimarse de nuevo, y la ambulancia disminuyó un poco la marcha. Los letreros de colores ya no se veían. El vehículo dejó la calle principal y siguió una ruta sinuosa entre calle secundarias donde se alzaban grandes bloques en el cielo del atardecer, las ventanas radiantes de luz.

Wentik miró a su alrededor con interés, subjetivamente todavía a sólo minutos de la cárcel.

De repente el vehículo frenó, y dio la vuelta para entrar en el patio de un gran edificio. Brillantes lámparas de arco aparecieron mientras se dirigían a la parte trasera, y la luz los inundó al detenerse. Los dos hombres saltaron del coche al instante y la luz dio la impresión de hacerse aún más resplandeciente. Entonces Wentik se dio cuenta de que el capullo azul protector había desaparecido. Bajó, y cada uno de los hombres lo cogió de un brazo, asiéndolo firmemente por las correas cosidas en el tejido de la camisa detrás de los tríceps.

Indefenso, Wentik fue impulsado hacia arriba por un tramo de escaleras, y llegaron a un vestíbulo embaldosado donde las pisadas resonaban fuertemente.

Antes de que tuviera oportunidad de asimilar la escena del vestíbulo —una mirada helada a una multitud de personas, algunas de pie, otras sentadas, todas, al parecer, esperando—, Wentik estaba fuera, y en un pasillo.

A medio corredor fue empujado a un ascensor, y llevado cada vez más arriba. El científico contó los pisos, y su cuenta paró en el séptimo.

Lo condujeron por otro corredor, a través de una serie de habitaciones y a otro pasillo. Al final de este último abrieron una puerta, y le hicieron entrar.

Uno de los hombres deslizó una lengüeta, y la camisa de fuerza cayó hacia adelante. Wentik contrajo los músculos de los hombros de un modo instintivo, y se volvió. Miró a los hombres.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

Uno de los individuos sacó un raído trozo de cartón de un bolsillo y lo leyó.

—Se encuentra en Sao Paulo —dijo con monotonía—. Esto es un hospital. Póngase cómodo, duerma tanto como le sea posible, y haga lo que le pide el personal médico. Habrá una enfermera para cuidarle dentro de un instante —el hombre devolvió el cartón al bolsillo y se dirigió hacia la puerta en compañía del otro.

—Y no intente salir —dijo el segundo individuo. Nunca lo conseguiría.

La puerta se cerró, y Wentik escuchó el clic de la cerradura. Los hombres se

alejaron por el corredor.

Examinó la habitación.

Estaba iluminada, y agradablemente decorada. Había una cama —con sábanas, observó Wentik al instante—, una serie de libros, un lavabo con jabón y toallas, un armario, un escritorio y una silla y ropa de recambio extendida para él en la cama.

En comparación con lo que se había acostumbrado en las semanas, aquello era un lujo. Diez minutos después, una vez lavado y mudado con la ropa nueva que le habían dejado —una camisa gris muy ajustada, unos pantalones sin costuras, sueltos y también grises—, notó que las paredes de la habitación estaban acolchadas con fibra flexible.

## Quince

Una hora más tarde Wentik estaba tumbado en la cama, escuchando la suave música que llegaba a través de un altavoz oculto sobre la puerta, y contemplando una película de niños que jugaban felices en una pradera bajo cielos azules. En un curioso paralelo entre esa situación y los primeros días de cárcel, el vago interrogatorio por que acababa de pasar lo había dejado en un estado de moderada confusión.

Un joven doctor lo había visitado, y las preguntas que había formulado fueron prácticamente absurdas para Wentik. Y al parecer, las respuestas que dio tenían un significado igualmente pobre para el doctor.

Siguió un examen médico superficial, y le dejaron en paz.

Aparentemente se trataba de un caso de identidad equívoca, por lo que Wentik sabía. El doctor pensaba que él era otra persona, aunque no estaba claro quién, precisamente. Parte del examen comprendió sencillos tests de asociación, y las respuestas de Wentik sorprendieron claramente al médico.

Al final del examen, Wentik dijo:

—¿Por qué he sido conducido aquí?

—Para rehabilitación de trastornos.

—¿Cuánto dura eso?

—Hasta que usted se recupere —dijo el doctor—. Llame a la enfermera si desea algo. Lo veré otra vez por la mañana.

Cuando el médico salió, la puerta no fue cerrada de nuevo, y Wentik la abrió un poco. Afuera, en el corredor, habían colocado un escritorio y levantado un tabique temporal, convirtiendo de ese modo el extremo del pasillo en una habitación externa a disposición de Wentik. Sentada ante el escritorio, la enfermera vestida con uniforme blanco intercambiaba algunas palabras con el doctor, que se había detenido para tal efecto. Aunque forzó al máximo su oído, Wentik fue incapaz de distinguir la mayor parte de lo que decían.

Pero escuchó que el médico hizo una vez mención del nombre de Musgrove.

Cuando el doctor se fue, Wentik permaneció unos instantes contemplando a la enfermera en su trabajo. Desconocedora de la mirada escrutadora del científico, la mujer tenía la cabeza inclinada sobre lo que escribía. Era joven, y a los ojos de Wentik, por largo tiempo privados de rasgos femeninos, notablemente atractiva. Por fin, comprendiendo que no hacía ningún bien a su estado de ánimo, Wentik cerró la puerta en silencio, y volvió a la cama.

Al cabo de algunos minutos, las luces se oscurecieron automáticamente y empezó la película.

Era enteramente inocua; al parecer, una especie de documental de absoluta simplicidad: amplias playas blancas con oleaje oscilante, elevadas montañas en un

manto de árboles verde oscuro y bordeado de nubes blancas, caras de hombres y mujeres, niños jugando, animales comiendo, chimeneas de fábricas despidiendo humo.

Y mientras tanto, la insípida música brotaba incesantemente por el altavoz de la habitación.

Al cabo de una hora de película las luces se encendieron de nuevo, la música cesó y la puerta se abrió.

La enfermera entró.

—¿Querrá hacer el favor de desnudarse, señor Musgrove?

—¿Musgrove?

—Sí. Y le traeré una bebida antes de que se vaya a dormir. La enfermera salió antes de que Wentik pudiera preguntar nada

Ella le había llamado Musgrove. ¿Quién pensarían que era él? Reflexionó, y se dio cuenta de que desde el momento en que bajó del avión de despegue y aterrizaje vertical no había hablado con nadie como no fuera con los hombres de la ambulancia. Si éstos habían recibido instrucciones de recoger a un hombre del avión —y tanto él como Musgrove vestían ropa similar, incluso la misma camisa de fuerza— entonces pudo haberse producido fácilmente una confusión de identidad.

En cuyo caso, él estaba recibiendo un tratamiento evidentemente pensado para un hombre en el estado de Musgrove, y no en su condición. Si bien resultaba confortante de inmediato, el hecho le ofrecía una nueva y profunda percepción del individuo.

Cuando la enfermera regresó con una jarra de té caliente, Wentik le dijo:

—¿Quién cree que soy, señorita enfermera?

La mujer dejó la bebida y arregló las sábanas.

—Ahora métase dentro esa bebida y váyase a dormir, señor Musgrove.

—No ha respondido a mi pregunta.

La enfermera le sonrió, y el corazón de Wentik se aceleró.

—Duerma. El doctor lo verá por la mañana.

La enfermera se dirigió hacia la puerta y volvió a marcharse. Wentik sacó las piernas de las sábanas y, haciendo uso de su reciente descubrimiento de que la puerta podía ser abierta sin ruido, fijó la mirada en la mujer. ¡Santo cielo! ¡Era muy bonita...!

La enfermera alzó los ojos y sonrió.

—Dije que a dormir, señor Musgrove.

Wentik cerró la puerta apresuradamente.

Parecía que ya no importaba quién creía la enfermera que él fuera. Volvió a la cama, bebió el té en cuanto estuvo suficientemente frío, y al cabo de unos minutos se durmió.

El raciocinio forma parte del pensamiento humano, y es el único atributo que

distingue a la especie de los otros primates. En cualquier serie de circunstancias dadas, un hombre puede usar la información a que tiene acceso para elaborar una hipótesis que en ese momento o con posterioridad puede establecer como factible o no. El hombre en su condición de individuo ha logrado experimentar con él mismo; usando su ambiente conocido como primer postulado, ha desarrollado poco a poco su proceso de racionalización para inventar la sociedad, el arte y la cultura.

Y la guerra, los millones de personas muertas en las guerras, el prejuicio y el odio.

Intimidación a un hombre, someterlo a la inanición, congelarlo o quemarlo... Si ese hombre sabe quién es, dónde está y qué le ocurre, mantendrá su facultad de raciocinio. Pero privarlo de todo eso, y se convierte en algo menos que humano.

Tal como había ido acostumbrándose en la cárcel, Wentik se despertó temprano la mañana siguiente, y se quedó en la cama pugnando por racionalizar su situación.

Sabía qué le había sucedido, pero no sabía el porqué. Sabía que una mano mecánica brotaba de la cubierta de una mesa, pero no sabía cómo. Podía aceptar la presencia de una computadora en un edificio fuera de uso, pero ¿cuál era su función precisa? Podía comprender un generador de campo que de algún modo evocaba una especie de cataclismo temporal, pero no era capaz de explicarse la razón.

Y podía comprender un caso de identidad confundida, pero no veía un modo de salir de ahí.

Wentik optó por el raciocinio, pero el raciocinio estaba comenzando a rechazarle.

Llevaba una hora despierto cuando la enfermera se presentó para atenderlo. Se volvió para mirarla cuando entró, después vio que la mujer guapa había quedado evidentemente libre de servicio para ser reemplazada por una mujer rolliza de cara rechoncha y edad madura.

—Buenos días, señor Musgrove —dijo alegremente—. ¿Qué le gustaría para desayunar?

Desayunar. Wentik había olvidado la existencia de tal concepto. Comer era comer y no tenía nombres.

—Eh..., sólo café, por favor —dijo inseguro.

—¿Nada más?

—No. Es decir, a menos que tuvieran fruta... La enfermera volvió a sonreír. Naturalmente. Veré qué puedo encontrar. La mujer tocó un botón de una pared, y una parte del muro giró como las tablillas de una persiana veneciana. El sol invadió la habitación y Wentik entornó los ojos ante la inesperada fluencia de luz.

La enfermera salió hacia la oficina exterior, y Wentik saltó rápidamente de la cama, se lavó a toda prisa y se vistió su nueva ropa.

Entró en el despacho exterior y encontró una llave en la puerta, la cogió y se la metió en el bolsillo. A su izquierda tenía un escritorio con varios papeles esparcidos,

encima, un reloj, una pluma y un lápiz y un libro de texto. Cogió el libro. El título era: *Psicoterapéutica revisada de Netchik*.

A través del vidrio de la parte superior del tabique vio el pasillo en toda su longitud. Estaba desierto. Se acercó a la otra puerta y dio vuelta al tirador.

La puerta estaba cerrada con llave.

Pese a que la sacudió fuertemente, no cedió. Frustrado, volvió a su habitación y se sentó en la cama.

Mientras aguardaba el desayuno se acercó a la estantería y examinó los títulos que había allí. Con escasas excepciones, parecían ser novelas de poca monta. Sacó unas cuantas. La primera era una aventura romántica que, de acuerdo con el discreto comentario de la cubierta, describía la historia profesional de una joven azafata de un avión transcontinental. Otra era un «intrépido documento sobre la depravación» en un barrio pobre de Río. Las cejas de Wentik se alzaron; un tema muy fuerte, considerando que se trataba de la biblioteca de una habitación de hospital. Un tercer libro que curioseó era una aventura que se desarrollaba en la «nueva frontera del Amazonas».

Al final de la hilera había un libro delgado titulado: Brasil: Concisa historia social.

Wentik lo sacó y abrió. En la guarda, el sello editorial rezaba: «Luíz de Sequeira S. A., Sao Paulo 2178.»

En ese mismo momento volvió la enfermera con una gran bandeja. La puso en la mesa, y sacó una tapa metálica de un plato. Debajo, riñones fritos y arroz hervido esperaban la consideración de Wentik. Había una gran cafetera cerca del plato y una fuente con naranjas, mandarinas y plátanos. La enfermera levantó la fuente y la puso a un lado. Los ojos de Wentik se abrieron de verdad a continuación. Detrás de la fuente había estado oculto un plato de fresas frescas.

—¿De dónde diablos las ha sacado? —preguntó, incrédulo.

—Es un producto local. ¿Le apatecería un mango?

Wentik meditó.

—Sí. Nunca he probado uno.

La enfermera vio el libro que Wentik sostenía.

—Bien, me alegra que haya empezado a leer. Tiene que acabar con todos antes de que le dejemos salir —añadió socarronamente.

—¿Todos?

La mujer asintió.

—Forma parte del procedimiento.

—¿Dónde está el médico, como tema de interés?

—Vendrá a verlo esta mañana. En cosa de dos horas —dio golpecitos con el dedo en el borde del plato—. Sus riñones van a enfriarse.

Salió por la puerta y la cerró detrás. Wentik observó su marcha. Ciertamente era más afable que la enfermera guapa, pero él sabía a cuál de las dos prefería tener cerca. Se preguntó a qué hora volvería al trabajo la otra.

Se sentó a la mesa, acercó el plato de riñones, tomó un buen bocado y abrió el libro. Mientras comía, empezó a ojearlo rápidamente.

El libro no era mucho más que un ensayo extenso. Se iniciaba con el descubrimiento de la 'isla' de Santa Cruz por Pedro Alvares Cabral en 1500, al principio de la gran época de colonialismo portugués. La historia proseguía con nuevos descubrimientos, conforme los portugueses iban comprendiendo lentamente la magnitud de sus nuevas posesiones. Wentik fue dando rápidos saltos por esa parte del libro, despreocupado de algo que, para él, era historia común.

Leyó sobre la caída del dominio colonial y el establecimiento del imperio brasileño, y entonces la sociedad de Brasil comenzó a adoptar su carácter personal.

Las regiones agrícolas del nordeste, seminómadas y que existían sobre una frágil base de trabajo esclavista; las tentativas de conquistar y explotar el extraordinario erial amazónico; el descubrimiento de materias primas como vastos depósitos de cuarzo, cinc, carbón, hierro y oro, y la fundación del complejo industrial a lo largo de las riberas del sudeste; el crecimiento de los establecimientos cafeteros en el sur y el surgimiento de los magnates del caucho en el norte. Y también leyó sobre el gradual dominio del aborigen, y la afluencia de emigrantes de todo el mundo: Japón, Europa, Australia, India, Turquía y Norteamérica. Cómo escasas familias, que representaban menos del uno por ciento de la nación, poseían más de la mitad de la riqueza. Y cuando cayó el imperio y se formó la república brasileña, cómo aumentaron los problemas sociales: enfermedades, pobreza y crimen. Poco a poco la república se fue deslizando a manos de los militares hasta la última parte del siglo xx, las décadas de 1960 y 1970, cuando la ley marcial era la única ley vigente.

Todo esto era vagamente familiar para Wentik. No había estudiado antes específicamente la historia de Brasil, pero fragmentos de noticias goteaban en su conocimiento a través de los medios masivos como la televisión y los periódicos.

Brasil, largo tiempo uno de los países más estables de Sudamérica, había ido cayendo en la dictadura militar desde el inicio del siglo xx.

Wentik volvió la página.

El siguiente capítulo estaba encabezado: «La reforma de la postguerra.» Wentik repasó dos veces la lectura antes de que las palabras cobraran un sentido.

Tomó algunos bocados más de comida y continuó.

En tres escuetos párrafos, Wentik se enteró de la tercera guerra mundial.

Empleando un inglés preciso y austero, el anónimo escritor relataba una serie de incidentes que para él eran anticuada y fría historia, pero que para Wentik representaban algo similar a una revelación divina. El autor se refería a 1989 como si

apenas hubiera existido, sin embargo para Wentik era algo actual. Recordaba la fecha en que había salido de la Concentración: el 19 de mayo de 1989. Desde entonces habían transcurrido apenas unas cuantas semanas subjetivas.

En julio de 1989, según el escritor, la primera fase de la guerra se produjo cuando la sociedad cubana post-revolucionaria invadió la punta sudeste de los Estados Unidos. El propósito de la guerra no aparecía expuesto en el texto, pero Wentik recordaba haber leído en alguna parte sobre el malhumor político cada vez más exacerbado entre ambos países. Durante ocho increíbles días, la minúscula fuerza cubana, prácticamente en su totalidad, había combatido y logrado abrirse paso quinientos kilómetros de la península de Florida. Cabo Cañaveral había caído, y el centro espacial quedó destruido. Finalmente, en un contraataque masivo en el que los norteamericanos emplearon cuanto tipo de armamento disponían, la fuerza invasora resultó aniquilada. La primera invasión a los Estados Unidos había sido lanzada... Y rechazada.

La represalias inevitables llegaron una semana más tarde, y las ciudades de La Habana y Manzanillo fueron bombardeadas con bombas H.

En cuestión de días el clima diplomático internacional se deterioró, y el bloque comunista declaró la guerra a los Estados Unidos. Al final de ese año, la guerra terminó. El libro era exasperantemente vago en cuanto a detalles... Las fases reales de la guerra no estaban descritas, sólo los resultados.

Siguió un período que el historiador denominaba Los Años de la Tregua, aunque Wentik supuso que se trataba de un eufemismo en lugar de caos.

En 2043 un equipo de reconocimiento aéreo recibió el encargo del gobierno australiano de inspeccionar las partes del mundo con las que no habían estado en comunicación. El informe del equipo fue dado a conocer en 2055.

Casi todo el norte del continente americano había resultado arrasado por el bombardeo nuclear. Buena parte de Europa occidental, lo mismo, aunque zonas de España y Portugal habían escapado al bombardeo y la radiación atmosférica se mantuvo baja. La mayoría de las ciudades comunistas fueron destruidas, pero había grandes áreas de Rusia indemnes. La India y el Medio Oriente se habían salvado prácticamente del bombardeo, pero fue el hambre y la sequía, no la precipitación radiactiva, lo que produjo enormes daños a la población. África estaba ligeramente afectada, mas había retrocedido a la violencia intertribal: la anarquía negra era la norma. Australia, enormemente arruinada por el bombardeo, iba recobrándose y reconstruyendo sus ciudades, aunque la moral de la población estaba quebrantada.

Sólo América del Sur salió ilesa del bombardeo, y sufrió muy poco por la radiación.

Pero entonces, decía el escritor, los Disturbios empezaron. De ese mal, América del Sur no se salvó.

A su manera, los Disturbios causaron al mundo un daño peor que el bombardeo. Las ciudades fueron destrozadas, las guerras fulguraron por cuestiones triviales, ideologías enteras se desmoronaron. Allí no había eufemismos, el autor describía al detalle todos y cada uno de los principales efectos de los Disturbios. Gran parte del tema no interesaban a Wentik: nombres que desconocía, lugares ajenos a él...

Sucediera lo que sucediera, fuera cual fuese la causa de los Disturbios, estaba bien claro que el escritor trataba el asunto con suma gravedad.

Entonces llegó la era de la Reforma.

En los últimos años del siglo **XXI** los Disturbios perdieron buena parte de su efecto, y el orden social fue restaurado. De nuevo, América del Sur, y Brasil en particular, mostró más celeridad para la recuperación. El continente entero se reagrupó en una masiva reasignación de tierra y recursos. Durante los Disturbios Brasil dio acogida a una inmigración que se componía de toda persona capaz de llegar al país, por lo que la nación se transformó en una coctelera de razas. Así que fue dividiéndose en nuevas naciones con sus propios intereses, y con sus representantes que exigían y obtenían la autodeterminación.

El cambio tardó casi treinta años en concluir, y cuando se lo consideró resuelto vieron que daba resultado. Y así había seguido desde entonces.

Los brasileños nativos se establecieron fundamentalmente en el extremo nordeste, revirtiendo a los terrenos de cultivo que habían labrado antes de la llegada de los portugueses. Existía una comunidad numerosa y vocinglera, que se había establecido en Manaus y sus alrededores, la nueva Tierra Prometida, una región fronteriza de río, pantanos y selva tropical. Y en el sur, con la reconstruida Sao Paulo como centro, se había congregado la inmigración de habla inglesa.

En la práctica, señalaba el autor, las condiciones de vida y trabajo eran efectivamente distintas de los amplios niveles normales que lo anterior podría implicar. Sólo en Sao Paulo existía un predominio de estirpe caucasiana. En la mayoría de las ciudades, desde Porto Alegre en el sur a Belém en el norte, había la mezcla de razas típicamente brasileña, gratamente independientes unas de otras, mas todas respetuosas de los derechos de las demás.

Y todos los estados se respetaban. Brasil se hallaba ahora demasiado densamente poblado y era simplemente demasiado grande en el aspecto físico para un gobierno centralizado efectivo. Al establecerse la autodeterminación, eso mismo era precisamente lo que se lograba. Toda comunidad poseía fronteras definidas, y dentro de ellas el gobierno local ejercía a su gusto.

La última parte del libro era un extenso plan ideológico que abarcaba programas y planes intensivos de producción de alimentos y el aumento planificado de la natalidad en los años venideros, la expansión gradual en zonas del globo hasta entonces inhabitadas y por fin, el establecimiento de la unidad mundial.

Wentik cerró el libro, y advirtió que aparte de unos cuantos bocados no había comido su desayuno. Acabó con los restantes trozos de carne pese a que estaban fríos, y se sirvió una taza de café. Bebió. Acababa de servirse una segunda taza cuando la enfermera se presentó.

—¿Ha terminado, señor Musgrove?

—Quisiera quedarme con algunas piezas de fruta. ¿Puedo...?

—Naturalmente.

La mujer levantó la bandeja, dejó las fresas en la mesa y se dirigió hacia la puerta.

—¿Cuándo termina su turno, enfermera? —preguntó Wentik.

—Hacemos tres turnos de ocho horas cada uno. Yo estaré hasta las cuatro de la tarde. Después, la enfermera Dawson me sustituirá.

—Entiendo. Gracias.

La enfermera salió y cerró la puerta. Wentik empezó a probar las fresas.

Sus pensamientos volvieron a lo que había leído, en un esfuerzo por asimilarlo. Que el mundo que él había conocido y en el que él había vivido ya no existiera era algo difícil de captar. Particularmente si se tenía en cuenta que la naturaleza de la destrucción de ese mundo estaba relatada en forma concisa, sumaria, como si formara parte del conocimientos común. La guerra nuclear era una posibilidad de la que todo el mundo era consciente en la época de Wentik, pero resultaba inconcebible en la práctica. Podía comprender el tipo de destrucción gradual, donde un ejército iría desmantelando sistemáticamente el país de otro, o lo bombardearía, o lo invadiría de un modo vandálico. Pero una serie de explosiones nucleares a escala mundial, capaz de matar a millones de personas en segundos, era algo que ninguna mente podía imaginar por completo.

Con todo..., es lo que había sucedido, al parecer. A menos que todo lo que Wentik estaba experimentando fuera una especie de ilusión espantosa, el científico se hallaba en una ciudad llamada Sao Paulo en un año numerado como el 2189.

Sintió un frío interno.

Jean había muerto. Y los niños.

Europa occidental destruida, decía el libro. Lo cogió y buscó la página: «... con la excepción de la punta suroeste de la península ibérica, Europa occidental y central fue devastada en la segunda ola de bombardeos nucleares...»

Ni una sola fecha. Ni una maldita fecha en el libro.

Wentik examinó la estantería que contenía el resto de la biblioteca, pero no encontró ninguno que pudiera contener una referencia de la guerra. Volvió a la mesa y tomó asiento.

La pura desolación de su estado lo sobrecogió en ese instante. Si el día anterior había descubierto que era capaz de aceptar que se hallaban en una época futura, ahora captaba su horrendo aislamiento. Aunque pudiera regresar a su propia época, no le

serviría de nada. La guerra era una certidumbre histórica. Igual que la muerte de su familia.

Apoyó los codos en la mesa e inclinó la cabeza hacia adelante, de manera que las palmas apretaran sus ojos. Enseguida sintió la amarga calidez de las lágrimas resbalando por la parte interna de sus antebrazos.

## Dieciséis

El médico lo visitó más tarde aquella misma mañana.

Wentik estaba sentado a la mesa, leyendo uno de los libros. Era el menos extravagante que encontró, acerca de un ganadero de las montañas de Río Grande cuyo ganado se veía acosado por una plaga inidentificable. Como muestra de ficción resultaba aburrido en extremo, pero Wentik pensó que era preferible a los líos románticos de una azafata.

El doctor entró en la habitación sin llamar a la puerta.

—Bien, señor Musgrove. ¿Cómo está? —saludó.

—Perfectamente —dijo Wentik—. Y me gustaría aclarar un detalle. Mi apellido no es Musgrove, sino Wentik. Doctor Elías Wentik. Deseo ser dado de alta.

El doctor miró sus notas, indeciso.

—Comprendo. ¿Podría deletrearlo?

Wentik así lo hizo, después preguntó:

—¿Cuándo podré irme?

—Me temo que no podemos darle de alta. Usted no está totalmente rehabilitado aún —escribió rápidamente en un trozo de papel—. Quiero que lea tanto como le sea posible, y le pondremos más películas esta tarde. Debe concentrarse en eso, ¿lo comprende? Es sumamente importante.

Wentik asintió.

—Veamos —dijo el doctor—. ¿Hay algo que desee?

—Me gustaría un reloj —replicó Wentik.

—Sí, sí. Tendrá uno. En realidad me refería a algo más... Cómo le diré... ¿Abstracto? ¿Sociable?

—No sé a qué se refiere.

—No importa. ¿Alguna otra cosa?

—¿Podría decirme la fecha, por favor? El médico miró su reloj de pulsera. —Día quince.

—¿De qué?

—Febrero. Eh... 2189.

—Gracias. Mire, doctor, se ha cometido un error. Sé que ustedes creen que soy un hombre llamado Musgrove, pero no es así. Me llamo Wentik. Elías Wentik. Llegué aquí en un avión en compañía de Musgrove, y creo que sus hombres me recogieron con la ambulancias por confundirme con Musgrove.

—Comprendo —dijo el doctor.

—Bien —requirió Wentik—. ¿No me cree?

—¿Puede probarlo?

—Me parece que no. A menos que Musgrove fuera localizado en el aeropuerto.

—Bueno, lo siento.

El doctor abrió la puerta.

—Veré lo que puedo averiguar para usted. Pero tendrá que seguir aquí hasta entonces.

Cerró la puerta con evidente confusión, y durante algunos instantes Wentik se quedó inmóvil contemplando la cerrada entrada.

Sería agradable salir, aunque sólo fuera para ejercer un poco de libertad de albedrío de vez en cuando. Aparte de esto, Wentik carecía de motivo lógico para salir. No tenía idea alguna de por qué lo habían traído a Sao Paulo, o quién era el responsable. Si se trataba de Musgrove, entonces el hecho era muy peculiar, puesto que él estaba ocupando al parecer la posición que correspondía al otro hombre. Por lo que podía entender, la terapia a que estaba sometido era una especie de método relajador de tensiones cuyo objetivo era la rehabilitación, pero en cuanto a los motivos de tal rehabilitación Wentik era incapaz de imaginarlos. En cuyo caso era posible suponer que Musgrove necesitaba la terapia y consecuentemente, que no estaba en pleno control de sus actos.

La posibilidad de huir no parecía ser demasiado remota. Con un guardián femenino y un tabique delgado, no habría grandes dificultades para irse. Al fin y al cabo, se trataba de un hospital y no de una prisión. Pequeños detalles como llaves dejadas en las puertas indicaban al parecer que la retención en casos así solía ser voluntaria.

Wentik volvió al escritorio y se unió de nuevo a los problemas del ganadero.

Después de la comida que le dieron por la tarde, una vez apartada la bandeja, Wentik se puso cómodo en la cama en previsión de que las películas empezaran. Cualquier cosa sería un descanso de la aburrida lectura que constituía su única diversión.

Había terminado el libro del ganadero antes del refrigerio, y después de comer leyó de nuevo la historia de Brasil.

La enfermera le trajo el reloj después de la comida, y al momento Wentik se sintió mejor. A las cuatro en punto oyó el relevo de las enfermeras, y poco después verificó que estaba de servicio la mujer joven. Se preguntó entonces cómo sería su guardiana desconocida, la del turno de medianoche a ocho de la mañana.

Pero el día se prolongaba tediosamente con una lentitud casi intolerable.

Wentik comió mucha fruta y, contra sus previsiones, leyó el libro de la azafata. Era tan malo como había supuesto, con la sola virtud del sacrificio final de la virginidad de la chica en favor del villano de la trama.

El ocaso estuvo largo tiempo gestándose, y los halos anaranjados recortados por el contorno de la rama que se veía por la ventana permanecieron visibles durante casi media hora. Por fin se atenuaron, y el cielo cambió rápidamente de azul oscuro a

negro.

Wentik apretó el botón de la pared, y la especie de persiana de la ventana se cerró, volviendo a formar parte del muro blanco.

Antes de ir a la cama abrió un poco la puerta y observó a la muchacha que estaba sentada ante el escritorio. La identificación cosida en la manga de la blusa decía: *Enf. Karena Dawson*. La enfermera no dio señal de saber que la estaban mirando, pero al cabo de unos instantes un lento rubor había ido cubriendo sus mejillas. Wentik se apartó rápidamente, y tomó asiento al borde de la cama.

Transcurrieron los minutos y la película no empezaba.

Wentik escuchó que la silla de la enfermera Dawson rechinó en el suelo de madera cuando la mujer se levantó. Oyó que cogía un teléfono y marcaba un número.

Por la rendija de la puerta vio que la mujer estaba de pie de espaldas a él, y hablaba rápida y quedamente. Después colgó, cruzó los brazos y se quedó inmóvil, como si aguardara algo.

Precavidamente, Wentik se apartó un poco de la puerta para asegurarse de que ella no lo viera, pero restringiendo su visión.

Al cabo de cinco minutos hubo un ruido, y una segunda enfermera entró en la oficina exterior. Las dos mujeres hablaron en voz muy baja, la segunda asentía de vez en cuando con la cabeza.

Wentik volvió a la cama y se sentó. Pasara lo que pasara, lo más probable era que le atañera, y sin duda averiguaría de qué se trataba a su debido tiempo.

Aguardó menos de dos minutos y entonces la enfermera entró. Wentik notó que el ligero rubor había vuelto a la cara de la joven.

—Las películas empezarán enseguida —dijo ella—. He creído conveniente venir y explicarle algunas de las escenas que verá.

La enfermera cerró la puerta, y le preguntó en una voz mucho más suave:

—¿Tiene la llave de aquí?

Wentik asintió y se la entregó. La enfermera la cogió y, con manos levemente temblorosas cerró la puerta. Una vez segura de que estaba bien cerrada, se acercó a la cama.

—Anna me debe un favor —dijo—. Y pensé que podía aprovecharme de eso.

En ese momento la iluminación bajó y empezó la película. Wentik le dio un rápido vistazo, y comprobó que se trataba de la misma de la noche pasada.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó.

—Hacerle compañía, claro.

—¿Tiene obligación de estar aquí?

—No —dijo, bajando la vista y con una tímida sonrisa—. No, al menos, si usted fuera el hombre que creían que era.

—¿Quiere decir que saben que no soy Musgrove? —Lo saben ahora. Mañana lo

darán de alta, pero no se lo iban a decir hasta entonces.

—¿Por qué no?

La enfermera se encogió de hombros.

—No lo sé. Usted podría quedarse aquí o en cualquier otra parte, supongo.

Wentik echó un vistazo a la porción de pared que estaba sirviendo de pantalla de proyección.

—Entonces, ¿no es necesario que vea eso?

La mujer negó con la cabeza y dijo:

—Eso fue una simple excusa. No he dicho a Anna por qué entré aquí.

—¿Y por qué lo ha hecho, entonces?

—Siéntese.

Wentik obedeció, y ella se sentó en la cama a su lado.

—Ya se lo he dicho. Pensé que le gustaría un poco de compañía.

—Es usted muy perceptiva.

—¿Está casado, doctor Wentik? —preguntó la enfermera.

Wentik la miró, enfrentado por primera vez a un nuevo factor de su vida.

—No —dijo lentamente—. Mi esposa ya no vive.

—Lo siento.

Wentik rodeó los hombros de la mujer con gesto vacilante.

—Es usted muy atractiva —dijo.

Ella no repondió, pero puso una mano en la pierna de Wentik.

Y entonces él la besó, y ella correspondió al instante. La mano del hombre cayó con naturalidad sobre el pecho de la enfermera, que apretó su cuerpo al de Wentik. Sus besos se fueron haciendo más y más apasionados, y Wentik tumbó a la joven en la cama, a su lado.

A espaldas de la pareja, en la pared, las absurdas películas en color titilaban su mensaje vulgar. Tal vez Anna no había sido advertida, pero al menos tuvo el juicio de no conectar la música.

## Diecisiete

Cuando la mañana siguiente la enfermera de edad madura trajo el desayuno de Wentik, el hombre todavía dormía. La mujer apretó el botón de la pared y el sol inundó la habitación. Wentik abrió los ojos y vio la rama en flor al otro lado de la ventana. Flores rosas y puras.

La enfermera dejó la bandeja en la mesa y se fue rápidamente.

Wentik se quedó inmóvil dos minutos más, intentando restaurar el desvelo a su cuerpo. Sus músculos parecían desconectados de sus piernas. Las comodidades y vicios de la civilización ya le estaban minando la energía. La cárcel, con todo su rigor desagradable, había devuelto a sus movimientos un vigor desconocido para él desde la adolescencia.

Salió por fin de la cama y acercó la bandeja. Nada de riñones hoy, comprobó. Un simple tazón de cereales, un huevo frito y café.

Cuando hubo terminado, se lavó y vistió, intentó devolver a las sábanas un aspecto de aseo y se sentó a la espera de los acontecimientos.

Karena había dicho que, por lo que ella sabía, lo iban a dar de alta por la mañana. El hospital estaba avergonzado por lo sucedido.

El reloj indicaba las diez y media, y Wentik estaba empezando a aburrirse otra vez, cuando se produjo un golpe en la puerta y la enfermera entró. Tras ella había un hombre alto que se dirigió hacia Wentik dando grandes zancadas y sin pensarlo demasiado.

—¡Doctor Wentik! ¡Cuánto lamento que le haya sucedido **esto**!

Wentik cogió la mano que se le brindaba y la estrechó. Observó al otro hombre.

Era de avanzada edad, probablemente a punto de cumplir los setenta, aunque todavía con un porte erguido y ojos claros e inteligentes. Estaba casi calvo, con restos de cabello blanco en las sienes. A pesar de que su semblante estaba arrugado, sus facciones eran sólidas y su piel de un saludable color sonrosado. Vestía ropa similar a la nueva de Wentik: cómoda, bien ajustada y de un color gris neutro. Encima de los hombros llevaba una brillante capa verde limón.

—No tengo el placer de conocerle —dijo Wentik.

—Jexon. Samuel Jexon.

Siguieron estrechándose la mano. La actitud del recién llegado era cordial, como si hubiera estado esperando para conocer a Wentik. Finalmente, Jexon dijo:

—Si prepara sus cosas, lo llevaré a su apartamento.

—Estoy listo para irme ya mismo.

—¿No lleva otra muda con usted?

—No, sólo la que me dio la enfermera. Mi otra ropa casi no puede vestirse en este momento...

—Pero creí que habría traído equipaje...

—Lo hice. Pero se perdió en el camino.

—Después verá que se podría hacer por usted. Tengo un avión afuera. Su piso está en el mismo edificio que mi despacho, y puedo hacer que algunos estudiantes encuentren algo de ropa para usted.

—¿Estudiantes?

—De la universidad.

Wentik recogió el libro de historia, y siguió a Jexon al pasillo. La enfermera rolliza lo miró un momento al pasar por la oficina, y Wentik detectó que el aspecto amistoso de la mujer el día anterior se había echado a perder. Casi como si ella hubiera descubierto en aquel momento que él no era el auténtico Musgrove y no necesitaba ya de sus cuidados y atenciones. La enfermera se sentía agraviada por su presencia.

Jexon recorrió el edificio con un inconfundible aire de autoridad, con Wentik tras sus pasos.

—¿No tengo camisa de fuerza en esta ocasión? —preguntó Wentik en tono irónico, en un momento dado.

—¿Quién le hizo eso? —dijo Jexon con una expresión de pesadumbre—. ¿Fue Musgrove?

—Creo que sí. Recibí un fuerte sedante, y vine embutido en una de esas camisas.

—Tendrá que aceptar mis excusas, doctor Wentik. Infórmeme de cualquier otro incidente similar. Yo he sido quien hizo que le trajeran aquí.

Salieron a la luz del día en la parte trasera del edificio, donde la ambulancia se había detenido dos noches antes. Sobre el cemento había un pequeño avión pintado de verde con una cabina alta y bulbosa agazapada de modo engorroso en lo alto de un estrecho fuselaje.

Wentik se detuvo bruscamente.

—Usted me trajo aquí —repitió.

—Exacto.

—Dígame sólo una cosa. ¿*Porqué?*

Jexon señaló el libro que Wentik sostenía.

—Si ha leído eso, ya conoce parte de la respuesta.

—No he aprendido mucho de este libro. Sólo que hubo una guerra.

—Hubo una guerra —dijo Jexon con un suave tono de eco burlón—. La guerra para acabar con todas las guerras, me temo. Solía ser un dicho irónico de su época, creo. Bien, iba en serio. No sólo hizo trizas medio mundo sino que además destruyó el espíritu del hombre. ¿Se da cuenta de que nos ha costado dos siglos llegar adonde estamos ahora? Es probable que todo le parezca extraño, pero ahora no tenemos muchas más cosas que las que ustedes tenían. Nos hemos puesto al día con usted,

doctor Wentik. Eso es todo.

—Pero usted no me trajo aquí sólo a causa de una guerra...

—En parte, sí. —Jexon señaló el avión con la cabeza—. Vamos. Suba. Creo que entenderá el motivo cuando le explique unas cuantas cosas.

Subieron al avión y tomaron asiento. Jexon se colocó ante una serie de mandos que para el ojo inexperto de Wentik no parecían más complejos que los de un coche. La ambigüedad de la última afirmación de Jexon aún revoloteaba en su cabeza.

—¿Ha dicho que se han puesto al día conmigo? —preguntó. ¿En parte por causa de la guerra?

El hombre se echó a reír.

—No con usted personalmente. Con su sociedad. Estamos reconstruyendo una civilización aquí. Nuestro nivel tecnológico es prácticamente idéntico al de su época. En ciertos aspectos, en las ciencias sociales vamos por delante de ustedes, y en algunos aspectos técnicos. Pero en conjunto, la forma de vida aquí no es muy diferente de la suya.

Wentik se dio cuenta de que el avión había despegado mientras el otro hombre hablaba, y se hallaban ahora a seis metros del suelo y ascendiendo velozmente en un silencio total. Miró hacia abajo por la amplia cubierta de la cabina y vio la ciudad que se extendía por debajo. El día era despejado y cálido, el cielo un azul transparente. El aspecto general de la ciudad era de espacio. Abundaba en elevados edificios, construcciones de hormigón y metal sin grandes diferencias con las que Wentik estaba acostumbrado en su época. Pero no se apelotonaban una contra otra; estaban bien espaciadas con zonas verdes. Hacia las afueras de la ciudad, los edificios no eran tan altos, pero incluso en el corazón de ella el verdor natural de los árboles y arbustos era abundante.

—¿Le gusta? —preguntó Jexon.

Wentik asintió, pero añadió:

—No es como mi hogar.

—¿Dónde está?

—En Londres.

—Creía que era americano.

—No.

Wentik recorrió con la mirada la ciudad hasta las montañas que había a lo lejos. Era un lugar realmente bello, si se pasaba por alto el calor. En dirección opuesta vio el océano, el Atlántico Sur, como una franja plateada a lo largo del horizonte.

—Señor Jexon, si de verdad es usted la persona responsable de haberme traído aquí, entonces tendrá mucho que explicar

—Doctor Jexon —corrigió el otro hombre.

—Lo siento.

—Tenemos similares intereses, doctor Wentik. Ambos somos Científicos. Yo soy sociólogo. Me ocupo de los conceptos abstractos del pueblo, gobierno y movimiento. Y por lo que sé, usted es bioquímico investigador y se ocupa de compuestos y productos químicos. En ese aspecto, ambos somos racionalistas profesionales.

—Estoy de acuerdo con eso —dijo Wentik, precavidamente.

—En cuyo caso, su racionalismo debería indicarle que antes de que yo pueda explicarle algo, debo saber qué es lo que requiere explicación.

—¿Pretende decir que desconoce lo que me ha sucedido durante las últimas doce semanas?

—No. Lo único que sé es que algo que debió haberse conseguido en unos pocos días se acaba de conseguir ahora. Es decir, mi reunión con usted.

—¿No tiene idea del motivo del retraso?

—En absoluto.

De manera que Wentik le contó lo sucedido.

Allí, en el pequeño avión verde, navegando lentamente y sin que se hiciera evidente algún consumo de energía sobre una ciudad totalmente extraña para él, Wentik narró la secuencia entera de los hechos. Empezó en el momento que Astourde y Musgrove se dirigieron a él en la Concentración —al mencionar el nombre de Astourde, Jexon interpelló vivamente a Wentik—, contó el episodio de la cárcel y luego cómo había sido conducido al hospital. El único detalle que reservó deliberadamente para sí fue la aventura galante de la noche anterior.

Cuando acabó, Jexon dijo:

—¿Dice que ese hombre, Astourde, ha muerto?

—Fue una muerte accidental. Derramó gasolina de aviación y le prendió fuego antes de poder salir.

—¿Y había otros hombres con usted? ¿Tiene alguna noción sobre quiénes eran?

—No. Por lo que pude deducir, estuvieron en el ejército norteamericano en cierto momento. Pero eso no estaba muy claro.

—¿Dónde están ahora?

—Supongo que seguirán en la cárcel —replicó Wentik—. Tienen un helicóptero, y uno de ellos puede pilotarlo. Quizá se hayan ido ya.

—¿Puede contarme algo más de Astourde?

—No mucho. Lo único que sé es que trabajaba para un departamento gubernamental, y se suponía que debía investigar el distrito Planalto.

—Me intriga lo que ha dicho sobre ese interrogatorio —dijo Jexon—. ¿Tiene alguna idea de los motivos? Wentik meditó un instante.

—De nuevo, no con certeza. Creo que Astourde se ofuscó. Uno de los hombres lo dio a entender cuando dijo que Astourde me ‘culpaba’ de que todos estuvieran en la cárcel. Había explicado al resto de los hombres que yo los había llevado allí, por

ejemplo. Aunque por lo que a mí concernía, estaba claro quién había traído a quién.

—Creo que puedo resolver ese punto —dijo Jexon.

Aferró fuertemente los controles y la nariz del avión se inclinó. El torrente de aire que acometía el aparato aumentó al instante, y Wentik notó que el avión se lanzaba decididamente hacia el suelo.

Después Wentik vio frente a ellos un gran edificio que se extendía por varias hectáreas de terreno. Aunque ahí tenía dificultades para distinguir un edificio nuevo de otro viejo, esa construcción daba la impresión de tener un desgaste de varios años en su faja de hormigón. El avión dio la vuelta al edificio, luego descendió en silencio hacia un pequeño prado donde varias máquinas similares estaban aparcadas. Cuando el aparato quedó inmóvil, Jexon se levantó.

—¿No piensa explicarme cómo funciona este aparato? —preguntó Wentik.

—Más tarde —se rió Jexon—. Es nuestra única gran contribución al mundo, no la mencionamos en una conversación así como así. Se lo explicaré esta tarde, junto con cualquier otra cosa que desee saber. Pero antes tengo que hacer un par de llamadas. No sabía que hubiera otras personas implicadas.

—Pero conocía a Musgrove...

—Oh, sí. Él es el personaje central, de hecho.

El hombre se alejó rápidamente, y Wentik se apresuró a seguirle en dirección al edificio.

Jexon se reunió con Wentik a primera hora de la tarde. Este pasó la mañana en su nuevo piso y el laboratorio anexo.

Tal como Jexon había dado a entender, el piso formaba parte de la universidad. Wentik disponía de una vivienda completa reservada para él, con todas las comodidades imaginables; entre ellas, un aparato de televisión para su diversión personal. Pero Wentik estaba más interesado en el laboratorio que, según le había dicho Jexon antes de marcharse, era para su uso exclusivo. Tenía toda la ayuda que deseara, tanto por parte de estudiantes como de expertos, y lo único que debía hacer era pedir. Examinó el laboratorio atentamente; tenía prácticamente todos los instrumentos que había usado en la Concentración.

Alrededor del mediodía, un estudiante le trajo comida y le entregó un vestuario completamente nuevo, mucho más de lo que Wentik hubiese podido imaginar que necesitaría. Aceptó cortésmente la ropa y la puso en uno de los tantos armarios del piso. Más tarde se cambió de ropa; se puso una indumentaria totalmente nueva.

A las dos en punto llegó Jexon.

Wentik estaba descansando en uno de los comodísimos sillones, disfrutando el lujo del aire acondicionado. En el exterior, el calor estaba en su máximo diario, y una atmósfera de fatigante parsimonia abatía la ciudad.

Jexon se dirigió a una vitrina y llenó dos vasos, liberalmente adornados con hielo

y mondaduras de fruta. Entregó una bebida a Wentik.

—Acabo de ver a Musgrove —dijo—. Está en el hospital, con el tratamiento que intentaban aplicarle a usted.

—Tiene suerte —dijo Wentik, pensando en las horas que había pasado con Karena la noche anterior. Y se preguntó si Musgrove estaría en condiciones de llevar tal tratamiento.

—De nuevo, sólo puedo disculparme por eso. Como la mayoría de otros detalles, supongo que ha sido por mi culpa. Dispuse que lo recogieran en el aeropuerto, y que Musgrove fuera llevado al hospital. Cuando el avión aterrizó la ambulancia estaba allí, pero no mi hombre. Como usted iba con camisa de fuerza, lo confundieron con Musgrove.

—¿Por qué no me buscó en el hospital?

—No teníamos razón para suponer que estuviera allí. Musgrove salió corriendo poco después de que usted se fuera... Esta mañana me dijo que intentaba escapar. Y yo supuse que usted se hallaba en alguna parte de la ciudad y que Musgrove estaba en el hospital. La realidad era todo lo contrario, por supuesto. En fin, ya está solucionado...

Wentik dio un sorbo a su bebida y le pareció deliciosa: un ponche dulce, refrescante, con un aroma inidentificable.

—Lo cierto es que no me preocupé —dijo, recordando otra vez a Karena—. Me sentó muy bien como descanso. ¿Cómo encontraron a Musgrove al final?

—En cuanto averiguamos que se hallaba en alguna parte de la ciudad, emitimos un llamamiento y apareció en menos de un cuarto de hora. Una patrulla de policía lo había retenido durante treinta y seis horas.

Wentik se extrañó un poco ante el enigma implícito en la última observación. Le asombró que una patrulla de policía retuviera a un hombre sin remitir el caso a una autoridad superior, pero lo dejó pasar. Lo más probable es que tuviera alguna explicación.

—En fin —continuó Jexon—. Ese ya no es el problema. La cuestión es que usted está aquí.

—Lo cual, supongo —dijo Wentik—, vuelve a llevarnos a mi pregunta: *¿Por qué estoy aquí?*

Jexon sonrió.

—Para hacer una tarea. No muy fácil, o muy agradable, quizá, pero no obstante una tarea para la que usted es la única persona calificada.

—Y esa tarea es...

—Enmendar lo que usted ha hecho, doctor Wentik. Ayudarnos a recomponer la sociedad humana. Corregir un error. Llámelo como guste, pero ha de hacerse.

—¿Qué ha de hacerse? —dijo en voz baja Wentik.

—El gas perturbador debe ser eliminado.

Jexon dio un largo trago a su bebida, y después contempló a Wentik en espera de una reacción.

Wentik hizo un gesto de indiferencia.

—¿A eso se refería Astourde? Afirmó que la razón de que yo estuviera aquí era mi trabajo.

—Exactamente. Usted creó el gas perturbador... Ahora debe destruirlo.

—¿Y si no lo hago? ¿Y si no puedo?

—Tendrá que hacerlo. Puedo ofrecerle razones muy buenas para hacerlo. Y de todas formas, cuando aprecie por sí mismo los efectos lesivos que el gas ejerce sobre nuestra sociedad, estoy convencido de que hará lo preciso. Si no lo hace... Bueno, la decisión es suya. Díganos lo que desea, y nuestros científicos y técnicos estarán obligados a considerarlo.

—No soy inhumano —dijo Wentik—, pero después de lo que ha pasado tendrá que darme motivos muy buenos de por qué debo hacer algo por ustedes.

—Creo que puedo dárselos. Pero ha de recordar un detalle antes de tomar una decisión: no habrá regreso a su época. Su mundo está muerto, y lo ha estado más de doscientos años.

Wentik lo miró con una expresión de vacío.

—Creo que puedo comprender eso —dijo con lentitud.

—¿Acepta usted, en consecuencia, la naturaleza de lo que hemos hecho con usted? ¿... que hemos puesto en práctica una especie de traslado a través del tiempo para traerlo aquí?

—Sí.

—Lo felicito.

—Doctor Jexon —dijo Wentik—. Quizá podríamos volver al punto principal. Usted iba a explicarme por qué debo trabajar para ustedes con ese gas perturbador.

—De acuerdo —dijo Jexon, acabó su vaso y se dirigió a la vitrina para servirse otro trago.

—Veo que ha leído nuestra historia doctrinaria —dijo Jexon, señalando el delgado libro que yacía en la mesa entre los dos hombres—. Ahí se habrá enterado de la guerra que tuvo lugar en 1989. Fue una guerra terrible, una guerra total y definitiva. En cuestión de semanas casi el noventa por ciento de la población mundial murió o quedó contaminada de modo fatal. Nosotros hemos reconstruido a partir de los restos de aquel holocausto.

»La guerra ha dejado su legado. No sólo naciones enteras han sido destruidas, ciudades arrasadas y razas aniquiladas por completo; existen además efectos secundarios que aún hoy, a doscientos años de aquello, todavía llevan al caos a nuestro mundo. Hay radiación. No tenemos medio de saber cuántas armas nucleares

explotaron, o cuánta radiación fue liberada. Pero conocemos los efectos residuales, y si usted me acompañara a ciertas zonas del globo podría comprobarlo con sus propios ojos. ¿Se acuerda de los Estados Unidos? ¿Se acuerda de la nación más rica, más poderosa de la Tierra? Ni una sola persona vive ahí actualmente. Tiene el índice de radiación más elevado del mundo. Es probable que un día vuelva a intentarse colonizarla, pero aún no.

»Después están los gérmenes y microbios. Por fortuna sus efectos fueron efímeros y ahora no corremos riesgo alguno por lo que a ellos respecta. Pero puedo llevarlo al museo botánico y mostrarle mazorkas de maíz de más de un metro de largo, y frutas simples como manzanas y plátanos que crecen en árboles ordinarios, pero que envenenarían a cualquier hombre que las comiera. Y podría mostrarle fotografías de niños deformes de nacimiento. Podría ofrecerle evidencia de virus de cáncer, y todo tipo de subproductos procedentes de las bacterias lanzadas a la atmósfera durante la guerra. Lo que los mismos gérmenes ya no pueden hacernos, el producto de doscientos años de entrecruzamientos de poluciones y ambientes radiactivos lo está haciendo con los productos de los productos de estos gérmenes originales.

»Pero podemos acostumbrarnos a vivir con radiación y bacterias. Cada año que pasa reduce su potencia, y lo único que necesitamos para vencerlas es paciencia.

»No podemos vivir con los Disturbios, porque no han perdido su potencia con el paso del tiempo.

»En las etapas finales de la guerra las potencias rivales se desesperaron. Mientras el bombardeo continuaba y sin embargo todos los enemigos devolvían golpe por golpe, se emplearon distintos tipos de armas, muchos de ellos no comprobados. Uno de esos era lo que ahora denominamos gas perturbador. La composición química del gas aún no la conocemos exactamente. Pero una de las potencias, y tenemos motivos para creer que fue Estados Unidos, liberó miles de toneladas de ese gas en las atmósferas de sus rivales. Si el gas se hubiera comportado como cualquier otro gas, habría cumplido su función y se habría dispersado después. Pero éste no lo hizo. Había algo en su composición que sus utilizadores no previeron. En lugar de dispersarse, el gas se unía y conservaba buena parte de su potencia. Las nubes de gas empezaron a desplazarse en la atmósfera, a voluntad de los vientos prevalecientes.

—Leí sobre los Disturbios en el libro —dijo Wentik—. ¿Que fueron?

—Fueron lo que sucedió cuando los seres humanos respiraron el gas. Una comunidad cualquiera seguía su existencia cotidiana de la forma que prefería. Quizá la vida fuera incivilizada entonces, ¿pero qué otra cosa se podía esperar? Casi no existían comunicaciones. Poco a poco, las cosas empezaron a degenerar. Una pelea aquí, una violación allá, alguien que enfermaba físicamente en alguna otra parte. Al cabo de tres días la comunidad entera quedaba afectada y, según el estado normal de

la vida allí, ocurría una entre varias cosas. Gente que vivía al día se agrupaba y mataba a los miembros más débiles de su comunidad. Un grupo de orientación religiosa emprendía prácticamente una locura de adoración. Una sociedad militante formaba bandas de vigilantes designados arbitrariamente y adoptaba una conducta violenta, asesina, y a menudo suicida, contra sus vecinos. Las circunstancias variaban según los casos, pero el resultado siempre era prácticamente el mismo: un Disturbio. Fue peor en las grandes ciudades, y menos grave en proporción directa al número de personas involucradas.

»Esto se produjo probablemente desde el final de la guerra en 1990 hasta 2085 ó 2090. Sólo en los últimos treinta años de ese período se dio una denominación al hecho.

»Durante la década de 2090, los Disturbios aminoraron de repente, y a partir de esa época empieza la Reforma. Las ciudades fueron repobladas y reconstruidas, desarrollamos nuestra tecnología y edificamos una sociedad que cierta gente de su época habría considerado prácticamente perfecta.

»Pero los Disturbios no han terminado. Por razones que desconocemos, el gas perturbador había variado su actividad. Ahora en vez de flotar al azar en torno al mundo, se agrupaba a una altura aproximada de mil metros sobre el nivel del mar, y permanecía allí. Que nosotros sepamos, sigue moviéndose alrededor del mundo. Pero por lo que concierne a los que estamos en Brasil, sólo las partes del país en las montañas o mesetas resultan afectadas.

—Partes como el distrito Planalto, supongo —dijo Wentik.

—Sí —convino Jexon—. Por lo general, esto no nos preocuparía, porque una parte sustancial de la economía brasileña se ha basado siempre en la región costera. Pero como tenemos una población que se expande, y puesto que las partes más elevadas de Brasil contienen los mayores depósitos minerales del mundo, necesitamos ser capaces de trabajar en dichas regiones. No sólo eso, sino que todavía sentimos los efectos del gas perturbador aquí abajo. Tres o cuatro veces al año, por lo general en primavera u otoño, estalla una tormenta tierra adentro y parte del gas vuela hasta aquí.

Jexon alzó su vaso en un brindis irónico.

—Y eso, doctor Wentik, es lo que deseamos que haga en nuestro favor. Usted inventó el gas, usted debe destruirlo.

## Dieciocho

Wentik acabó su bebida y volvió a llenar el vaso. Entretanto, meditaba en lo que Jexon le había contado. El principal problema era la aceptación de que el gas perturbador había sido realmente obra suya. Lo que había dicho Astourde antes en esencia era lo mismo, pero no le había sonado convincente.

—¿Cómo es que me relacionan con esto? —preguntó.

—Encontramos algunos archivos viejos cuando Washington fue investigada. Todo lo que sobrevivió a la guerra fue trasladado a Sao Paulo para su examen, y a su debido tiempo encontramos una referencia a su trabajo.

—Pero mi trabajo se relacionaba con los condicionamientos mentales, no con la guerra...

—Para muchos brasileños es lo mismo —dijo Jexon.

—En absoluto. La forma en que se ha empleado este gas perturbador, tal como usted lo ha descrito, parece haber sido concebido como un arma contra los civiles.

—¿No es acaso lo mismo que cualquier tipo de condicionamiento?

—Tal vez.

Wentik caviló un rato. Recordó haber leído las teorías de Pavlov y luego haber descubierto cómo las habían aplicado en tiempos de Josef Stalin en la Unión Soviética. Todo ello formaba parte del abismo permanente entre la teoría y la práctica, entre la fría luz clínica de una mesa de investigación y el calor cegador de una sala de interrogatorio. Un científico puede desarrollar un principio y crear algo que termina siendo usado con fines totalmente aborrecibles para quien lo creó. Pavlov no fue un tirano de la ciencia doctrinaria, aunque sus métodos terminaran empleándose en tal sentido.

Y ahora Wentik tenía que enfrentarse a la posibilidad de que le hubiera sucedido lo mismo.

—¿Podría explicarme qué era lo que se pretendía con su trabajo? —preguntó Jexon.

—Creí que usted lo sabía...

—Al parecer, usted duda de que su trabajo y nuestros Disturbios puedan tener alguna relación. Si me explica exactamente lo que usted hacía, le describiré el proceso psicológico que tiene lugar en un sujeto, y quizá comprenderá a qué me refiero.

—De acuerdo.

Wentik empezó a relajarse. La conducta incisiva del otro actuaba como complemento directo de sus sentimientos más bien negativos.

Con la mayor brevedad que pudo describió sus tentativas de buscar un atajo a la obra de Pavlov, y los diversos procesos que había seguido. Habló de las ratas a Jexon,

y de cómo su trabajo había sido interrumpido en la época que lo trasladaron a Brasil.

—¿Administró la sustancia a algún hombre? —preguntó Jexon.

Wentik negó con la cabeza.

—Yo tomé dosis muy moderadas, pero no permití que la droga fuera ensayada en otra persona. Con las cantidades que yo ingerí, los efectos eran minúsculos.

—¿Y...?

—Y nada. No pasó de ahí.

—No comprendo.

—Debería comprenderlo. Entonces fue cuando los amigos Astourde y Musgrove se presentaron. Tuve que abandonar el trabajo y marchar con ellos. Por lo que sé, ésa es la situación ahora.

—Le aseguro que no es así —dijo Jexon—. La información que tenemos en nuestros archivos es que su trabajo fue completado y que el compuesto se convirtió en un gas que ahora denominamos gas perturbador.

—Su información es errónea. Nunca terminé.

Jexon se encogió de hombros. Luego dijo:

—Le explicaré en detalle los efectos del gas. El primer síntoma siempre es un acusado aumento de la incidencia y vividez de los sueños. Después surgen dolores de cabeza o migrañas.

»A partir de ahí, los síntomas tienden a variar de un individuo a otro. El único detalle común es un relieve sutil del carácter. Si uno es algo irascible por naturaleza, entonces la tendencia a irritarse o malhumorarse crece. Otra persona de carácter retraído, por ejemplo, se volverá cada vez más negativa, hasta llegar a aborrecer el contacto.

»Todo esto sucede si no existen estímulos externos. En la práctica, como es lógico, los humanos son gregarios de forma inherente y obran de modo recíproco. Es posible que una persona en soledad jamás note los cambios psicológicos que tienen lugar en su interior. Dos personas incluso podrían seguir su vida durante semanas sin que se produzca ningún cambio básico, siempre que las dos fueran parte de una relación sólida y compatible. Pero consideremos cualquier número superior a éste, y seguirá un rápido declive general hacia la manía.

—Creo que comprendo el porqué —dijo Wentik—. Si tal como usted afirma, el gas perturbador es concepción mía, entonces la reacción se explicaría de modo bastante lógico. La sustancia abre la mente a una nueva creencia que, sin estímulo consciente, nunca cobra cuerpo. El proceso hasta ese punto es el equivalente de las técnicas de shock de Pavlov, pero en un sentido químico o metabólico. Sin el estímulo, el inconsciente recurre a sí mismo en busca de excitación y se exagera. Pero si existe una interacción entre personas, hay un bombardeo constante de estímulos casuales que derivan en manifestaciones de conducta irracional.

Jexon expresó su asentimiento con la cabeza.

—Ha llegado en diez segundos a la conclusión que a nosotros nos costó casi esos tantos años alcanzar. Pero esperábamos que llegara a ella. ¿No lo convence eso, como me convence a mí, de que se trata de su sustancia?

—Me temo que sí —dijo Wentik.

—He visto a Musgrove esta mañana —dijo Jexon al cabo de unos instantes—, y estoy en condiciones de recomponer una secuencia de lo sucedido cuando usted llegó a Brasil.

—¿Se refiere a lo de la cárcel?

Jexon asintió.

—No está demasiado claro. Musgrove se encuentra muy confundido respecto a buena parte del caso. Pero me ha ayudado a dar cierto sentido a lo que usted me explicó, y he recompuesto lo demás.

»Pero antes que nada, usted tenía curiosidad por la fuente energética de nuestras máquinas. Se denomina Poder Directo, o Direct Power en inglés. Tal como le di a entender esta mañana, ésa es la principal contribución tecnológica de Brasil. En su forma más simple se la puede describir como electricidad transmitida, aunque en la práctica me aseguran que es mucho más complicado. No entiendo de estas cosas. Lo único que usted precisa saber al respecto es que sometida a determinados modelos de tensión, la corriente eléctrica adopta una forma capaz de ser radiada, de manera muy parecida a las ondas hertzianas. Ello hace que la energía sea enormemente más flexible, y mucho más conveniente. En la práctica no existe límite al número de dispositivos que pueden ser gobernados con el Poder Directo en cualquier momento, siempre que se hallen dentro del alcance del transmisor.

»El descubrimiento del Poder Directo fue, como la mayoría de avances científicos notables, inesperado y accidental. Y abrió ante nosotros varias nuevas líneas de investigación. Una de ellas condujo a la creación del campo de desplazamiento.

—Va demasiado deprisa —dijo Wentik—. ¿Es el Poder Directo lo que impulsa sus aviones?

—Sí, y todo lo que hay en este piso, y en el hospital. Y en la cárcel.

—Entonces, ¿por qué el avión de despegue y aterrizaje vertical que me recogió estaba equipado con turbinas ordinarias?

—Porque el Poder Directo debe transmitirse. Todo lo que actúa fuera del campo efectivo debe llevar consigo su propia energía.

—Continúe.

—Estaba diciendo que esto condujo al descubrimiento del campo de desplazamiento. Usted lo llamaría viaje en el tiempo, supongo, pero no es tan fácil como eso. El campo que se genera actúa como disruptor sobre parte del campo temporal que existe en equilibrio con el espacio normal. De nuevo, la matemática de

esto se halla ligeramente fuera de mi alcance..., pero el efecto es muy sencillo. El transmisor, y toda persona o cosa dentro de su radio de acción, es trasladado en el tiempo. La cuantía del viaje no es determinable, o al menos no lo es por el momento. El lapso cubierto por el generador es de algo menos de doscientos años, aunque me aseguran que se produce una leve distorsión ocasional.

»El tiempo subjetivo transcurrido, en consecuencia, es el mismo. Un hombre puede viajar al pasado desde aquí, y emerger durante la última mitad de 1989. Puede pasar seis meses allí, y a la vuelta descubrir que han pasado seis meses aquí.

—¿Cómo me vi envuelto en esto? —dijo Wentik, más para sus adentros que para el otro hombre. Un humor melancólico se había fijado en él. Quizá fuera la bebida.

Jexon lo miró, y por un momento Wentik creyó captar un destello de simpatía en su expresión.

—Sucedio —dijo Jexon— que aproximadamente al mismo tiempo que los primeros experimentos con el campo de desplazamiento se estaban realizando, nos topamos con la referencia de su trabajo. Se sugirió entonces que alguien retrocediera en el tiempo para pedirle a usted que viniera y corrigiera el daño que había causado sin saberlo, pero costó varios años que el progreso del tiempo transcurrido nos llevara a una fecha doscientos años después de una época en la que pudiéramos rastrearlo. En cuanto supimos dónde se hallaba (los únicos datos que teníamos afirmaban que usted había empezado a trabajar para la Genex Chemical Corporation en octubre de 1988), enviamos un hombre a buscarlo. Ese hombre fue Musgrove.

Wentik alzó los ojos vivamente.

—¿Musgrove trabaja para ustedes? Creía que tenía alguna relación con Astourde.

—No, Musgrove lleva varios años como ayudante mío. Ha hecho un gran trabajo de recopilación de datos esenciales sobre los efectos del gas perturbador en nuestra sociedad, y yo pensé que sería el hombre ideal para la tarea.

—Pero él nunca me contó esto —dijo Wentik.

—No... Hubo varios factores que yo no consideré. El primero fue el extremado efecto que el gas perturbador causó en Musgrove, y el segundo fue su encuentro con Astourde.

»Musgrove salió de Sao Paulo hace diez meses. Sus instrucciones eran simples: volver a 1988 mediante el uso del campo de desplazamiento, abordar al doctor Wentik y explicarle lo ocurrido, y volver aquí con él. Entonces usted tendría la opción, cuando hubiera completado su trabajo, de quedarse aquí o regresar a su época. Nuestra esperanza y convicción era que usted se quedaría, cuando lo que iba a ser su futuro inmediato, es decir, la guerra inminente, le fuera revelado.

»Sin embargo, las cosas empezaron a ir mal.

»Musgrove voló hasta la cárcel del distrito Planalto con un generador de campo de desplazamiento. El traslado tenía que hacerse desde allí porque el generador sólo

iba a funcionar en regiones donde existiera poca ondulación superficial y un mínimo de árboles y maleza. Además, por obvias razones sociales, el área debía estar deshabitada. Zonas así son bastante escasas en Brasil, como usted seguramente pensará.

»El generador de campo, que para el caso también estaba capacitado para servir de transmisor de Poder Directo, fue instalado según el plan, y el piloto del avión regresó a Sao Paulo.

»Durante este tiempo Musgrove quedó expuesto accidentalmente al gas perturbador. Tal como usted ha observado, el gas es particularmente denso en el distrito Planalto. A partir de ese momento, la conducta de Musgrove siguió una pauta azarosa. Debió usar correctamente el campo de desplazamiento, y volvió a la cárcel y sus cercanías en 1988. Sus instrucciones a partir de ahí eran ir a la Genex Corporation de Minneápolis. Pero en lugar de eso fue a Washington, donde apareció algunos meses después. Desconozco lo que le sucedió en el intertanto. Esta mañana, cuando hablé con él, todo era muy confuso. Sólo puedo suponer que erró algún tiempo por la jungla antes de encontrar una avanzada de la civilización, desde la que se dirigió a Norteamérica.

»En Washington conoció a Astourde.

»Ahora, trate de imaginar cómo estaban estos dos hombres en el momento de conocerse. Normalmente, Musgrove es un hombre estable. Pero los efectos del gas perturbador duran varias semanas. Durante un período considerable había estado solo en un ambiente selvático de suma incomodidad. Es lógico suponer que cuando conoció a Astourde, Musgrove sufría esquizofrenia aguda.

»Y a su vez Astourde, por su relato, da la impresión de que padecía paranoia. Era poco atractivo en lo físico, tenía un trabajo nada atrayente en Washington y es probable que fuera impopular entre sus colegas. Su matrimonio estaba acabando. Una persona así suele sufrir los delirios que constituyen la raíz del comportamiento paranoico, y Astourde no podía ser una excepción.

»Ya había estado envuelto en la investigación del gobierno estadounidense sobre nuestro campo de desplazamiento, agazapado toscamente en medio de la jungla brasileña, e inevitablemente Musgrove se había puesto en contacto con él.

»Astourde era un ego pomposo y altanero, y el pobre Musgrove, que todavía padecía los efectos del gas perturbador, cayó claramente bajo su influencia.

»A partir de entonces se desarrolló el espectáculo de Astourde.

—Cuando los conocí —dijo Wentik—, me impresionó Musgrove pero Astourde dominaba. Imagino el porqué de ello.

—La siguiente parte de la historia le es conocida —dijo Jexon—. Astourde hizo uso de su influencia y organizó el equivalente de un ejército particular. Al llevarlo a usted a la cárcel creyó que podría investigar el fenómeno que le habían encargado

explicar, y al mismo tiempo la misión de Musgrove, en la forma superficial que se le había explicado, sería cumplida.

»Entonces un tercer factor imprevisto hizo aparición. Es decir, el efecto del gas perturbador en Astourde y los demás hombres.

»Astourde creía que tenía cierto poder sobre usted; el síndrome del Disturbio tradujo esto a certidumbre y comenzó con el interrogatorio. Los mismos hombres creyeron estar al mando de Astourde, y se convirtieron en sus virtuales esclavos. Astourde, convencido de que usted estaba detrás de todo el asunto de algún modo, lo culpó del nuevo apuro e intentó incitar sentimientos contrarios a usted en los hombres. Musgrove, desesperadamente confundido, se retiró a las celdas.

»En medio de todo esto, usted conservó la cordura y la razón, pero desorientado por lo que sucedía, sólo atinaba a observar.

—Astourde sabía —dijo Wentik— que todo el mundo menos yo experimentaba lo que él denominaba fantasías violentas.

—Al parecer usted es inmune al gas perturbador. ¿Tiene alguna noción del porqué?

—No, realmente —dijo Wentik—. Sólo que las cantidades que ingerí en la Concentración pueden haber robustecido mi resistencia al gas. ¿Encuentran casos de inmunidad al gas en gente expuesta a él en más de una ocasión?

Jexon negó con la cabeza.

—No hay un solo antecedente. Si existiera alguna protección encontraríamos un medio de usarla.

—Yo me inyectaba —observó Wentik.

—¿Sí?

—Podría ser importante —dijo Wentik.

—¿Sería capaz de reproducir la sustancia aquí en el laboratorio?

—Espero que sí. Lleva su tiempo, sin embargo.

—No importa —dijo Jexon—. En fin, por razones que no puedo determinar, Musgrove abandonó repentinamente la cárcel a pie e hizo lo que se suponía debía hacer primero: pedir ayuda por radio. Hay varias casetas de vigilancia no usadas, y todas tienen un equipo de onda corta. Un avión fue enviado para recogerlo, y hace cuatro días regresó a Sao Paulo. Sin usted.

—Hace cuatro días yo continuaba en la cárcel.

—Naturalmente. No me di cuenta del estado de Musgrove, y cuando él dijo que lo había llevado a la cárcel y que usted seguía allí, lo hice volver al momento. Recuérdelo, yo había estado esperando diez meses sin noticias o explicación. Por fortuna, los dos tripulantes del avión debieron comprender lo que pasaba al llegar a la cárcel, y pusieron camisas de fuerza a ambos, Musgrove y usted. Es la norma empleada en los casos de personas afectadas por el Disturbio.

—Todavía queda una cosa que no comprendo completamente —dijo Wentik—. Y esa cosa es la cárcel. ¿Qué hace la cárcel allí, cuando es sabido que el gas perturbador ejerce un efecto tan profundo sobre la gente?

—Otro legado del pasado —replicó Jexon—. Hace varios años, los científicos abordaron el problema de despejar la cuenca del Amazonas. Ahí no se podía hacer nada mientras la jungla lo cubriera todo. El terreno resultaba tan difícil de trabajar que es prácticamente imposible despejarlo mediante métodos convencionales. Por tal razón se hicieron innovaciones con los métodos. Hoy día, el trabajo de despejar la jungla en la región de Manaus se hace mediante procesos de rociada desde el aire. Los árboles, de tipos tan diversos que jamás podrían ser explotados industrialmente, son envenenados desde el aire y se deja que se pudran. En menos de seis meses alcanzan un estado de decadencia que permite reducirlos a pasta de madera sobre el terreno, y se los emplea como combustible industrial barato o bien como humus del terreno en zonas del país dotadas de una tierra menos fértil.

»Estos procesos fueron iniciados en la parte de la jungla que ahora denominamos distrito Planalto. De vez en cuando sobrevolamos esa zona y volvemos a rociarla, para mantener bajo el rastrojal.

»Pero hace cien años, mientras los Disturbios se hallaban en su apogeo y sus causas no eran bien conocidas, se precisó una nueva prisión, y el distrito Planalto pareció ser un lugar ideal para ello. Alejada y prácticamente a prueba de huidas, la cárcel fue considerada en su tiempo como un modelo de técnica terapéutica correctiva aplicada. Hoy día, sabemos más sobre los efectos del gas perturbador, y la cárcel ha estado cerrada durante años.

Wentik guardó silencio, recordando las celdas y corredores vacíos, y las puertas cerradas con llave.

—¿Hay alguna otra cosa que desee saber? —preguntó Jexon.

Wentik pensó un instante. Después dijo:

—¿Qué ha sucedido a los hombres que por accidente entraron en el distrito Planalto? Astourde me aseguró que varios habían desaparecido, y obtuvo una fotografía del avión de ustedes cuando estaba recogiendo a uno de los hombres. ¿Y qué me dice de los hombres de Astourde que aún siguen en la cárcel?

—Serán recogidos mañana. Efectuamos vuelos regulares por las regiones afectadas por el gas perturbador. Hay gente que se adentra de vez en cuando, y tiene dificultades de salir de nuevo. El distrito Planalto, debido a que ha sido despejado, es una de las regiones que patrullamos con regularidad. Si los hombres de la época de usted han entrado accidentalmente, los llevamos al hospital y se les da un tratamiento de rehabilitación. —Jexon dejó de hablar, sacó un bolígrafo del bolsillo y garabateó algo en una hoja de papel—. También me ocuparé de esto. Es probable que sigan en el hospital, porque a los médicos tal vez les haya parecido que son casos pertinaces.

Estos hombres pueden haber mantenido sus relatos, y los médicos estarán pensando que se aferran a sus delirios.

El rostro de Jexon se hizo sombrío de repente.

—Este asunto está empezando a tener consecuencias graves —dijo.

—Pero ¿qué les sucederá ahora? —preguntó Wentik, comprendiendo el motivo de la seriedad de Jexon. Los hombres eran víctimas accidentales del proceso de hechos, y quedarían profundamente afectados por lo que les había estado sucediendo.

Jexon tenía un aspecto de total desesperación.

—Supongo que se les tendrá que ofrecer las mismas alternativas que a usted. Quedarse aquí y trabajar para el bien de la comunidad, o ser devueltos a su época.

—Creo que puedo hablar por ellos —dijo Wentik—. Aun cuando no conozco a ninguno. Querrán ser devueltos.

Jexon sacudió la cabeza.

—Lo dudo. ¿Sabe qué día es hoy?

—¿Mi día o el suyo?

—El día al que usted ha estado orientado de manera inconsciente todo el tiempo que lleva aquí. 1989.

—Algún día de agosto, supongo.

—Es el 5 de agosto.

—¿Eso es significativo?

—No por sí mismo. Pero se está librando una guerra en ese momento. ¿Recuerda haber leído sobre la invasión de Florida por parte de Cuba? Eso fue el 14 de julio de 1989. La contienda acabó el 22 de julio. El día 28, La Habana fue bombardeada en represalia. El 29 otra ciudad cubana, Manzanillo, fue destruida.

»Ayer, doctor Wentik, mientras usted se hallaba en la habitación del hospital, el presidente de los Estados Unidos, rechazó las exigencias del Presidium soviético. Rusia había exigido una repatriación inmediata de todos los ciudadanos cubanos a una zona neutral del territorio continental de los Estados Unidos más una garantía inequívoca de avance hacia gobierno socialista en el país en el curso de una década.

»Hoy, mientras estamos sentados en esta cómoda habitación, hombres de su época están dando los primeros pasos hacia la destrucción mutua. La flota rusa del Mediterráneo será destruida esta tarde. Al anochecer, las primeras armas nucleares estarán explotando en territorio americano.

—¿No hay duda sobre esto? —preguntó Wentik.

—Ninguna, en absoluto.

Jexon se puso de pie, y se vistió la capa verde.

—Será mejor que me vaya al hospital y ver cómo están los otros hombres. Mientras tanto, tal vez le gustará leer esto.

Sacó un libro delgado, similar al de historia, de un bolsillo, y lo ofreció a Wentik.

—Es uno de mis libros, y quizá le ayude a aclimatarse en nuestra sociedad un poco más aprisa.

Wentik lo cogió, y lo colocó distraídamente en la mesa cerca del otro libro. Cuando Jexon llegó a la puerta, lo llamó.

—¡Doctor Jexon!

—¿Sí?

—Quisiera pedirle un pequeño favor en el hospital. Hay una enfermera...

Jexon sonrió.

—No siga. Diré la palabra justa. Ella lo encontrará.

Y se fue. Wentik volvió a sentarse, y extendió su mano hacia el libro.

## Diecinueve

Hay dos obsesiones comunes a todos los hombres, presentes en proporciones variables. Una es la búsqueda del amor, y la otra la búsqueda de la verdad.

No existe sustituto a ninguna de ambas, aunque el amor puede ser suplido temporariamente por la experiencia física del sexo. No hay ninguna verdad sosegante.

Wentik estaba despierto, el brazo derecho en torno a los hombros de la mujer que dormía junto a él. La noche era cálida, y pese a que eran las primeras horas de la mañana, la ciudad vibraba alrededor del científico. No había horas tranquilas en Sao Paulo, la población entera amoldada a un tipo de turno voluntario que permitía que el funcionamiento de la ciudad prosiguiera veinticuatro horas al día.

En la oscuridad, Wentik miraba fijamente el techo, con opresivas imágenes de los primeros años de su matrimonio amenazando con vencerlo. Por primera vez desde que empezara su separación forzada de Jean, se esparció en un confortante remanso de sentimiento. El recuerdo de los rasgos físicos de su mujer —frente amplia, brazos pecosos, senos pequeños y tiernos, risa fácil— llegó vivamente a Wentik a través de los meses. Tales son los objetos del recuerdo: no sutilidades de carácter principales o importantes, sino superficialidades cuya presencia, relacionada con incidentes recordados, conforman una identidad evocada. Su vida con Jean había sido agradable; no podía describirla mejor. Ella significaba mucho para él, y los dos habían conocido un tipo de felicidad que no podía ser descrito a terceros: estaban satisfechos, y quizá satisfechos de ellos mismos. Pero nadie importaba. Si amor era lo que él había compartido con Jean, entonces su lascivia hacia Karena había rebajado ese amor a un hecho de un momento.

Pero el amor volvía.

Del mismo modo, lo que Jexon le había dicho aquella tarde había calmado temporalmente su indagación sobre lo que le estaba ocurriendo. Pero ahora, en la paz de la soledad, Wentik observaba una gran ausencia de verdad.

El gas perturbador, la misteriosa sustancia por la que lo habían traído allí para que la destruyera, no podía ser suyo.

El trabajo que había estado haciendo, con toda certeza, conduciría finalmente a una sustancia cuyo efecto sobre el cerebro humano sería similar al descrito por Jexon.

*Pero él no había terminado.*

Astourde y Musgrove interrumpieron su investigación al alejarlo de su trabajo antes de concluirlo.

La muchacha en sus brazos se agitó en sueños, y apoyó la cabeza con más firmeza en el hueco del brazo del científico. Wentik apretó a Karena, su mano cayendo a lo largo del pecho de la mujer y cerrándose con suavidad sobre uno de sus senos.

¿En ese caso quién...? ¿Quién había continuado el trabajo en su ausencia? Sólo N’Goko disponía de sus notas.

Wentik se irguió bruscamente. *Abu N’Goko*.

Impaciente por la lentitud del progreso de la investigación, impaciente por ensayar la sustancia con voluntarios humanos, impaciente...

—¡N’Goko! —dijo en voz alta.

Y la mujer volvió a caer en los almohadones, enfurruñándose en la oscuridad antes del disturbio.

## **TERCERA PARTE**

# **LA CONCENTRACIÓN**

## Veinte

Novecientos metros por debajo de ellos, la jungla se extendía hacia ambos horizontes. Wentik estaba sentado en compañía de Jexon en la cabina del avión de despegue y aterrizaje vertical, y una docena de camisas de fuerza colgaban ominosamente de un perchero que tenían a la espalda.

Wentik sentía recelos en cuanto a lo que hallarían en la cárcel. Sólo después de partir comprendió la creciente intranquilidad que experimentaba por la muerte de Astourde. Si un hombre podía morir así, entonces era posible que otros murieran igual. Los hombres tenían muchas armas en la cárcel, entre ellas rifles y cuchillos, aunque Wentik no lograba entender los motivos de Astourde al tener consigo tales armas. Si los hombres tenían en la cabeza la idea de que los rifles habían sido traídos con la finalidad de luchar...

Echó un vistazo al anciano que estaba sentado a su lado, la espalda y la cabeza erguida con orgullo. Era como si él se negara a admitir incluso para sus adentros la presa gradual que la vejez estrechaba en su cuerpo. Wentik había leído el libro de Jexon, escrito durante los últimos dos años, y le había impresionado la vivida claridad del estilo, la precisión del vocabulario.

De pronto, Jexon le tocó un brazo y señaló hacia abajo por la portilla.

—Mire, estamos llegando a la región despejada.

Debajo de ellos la jungla se aclaraba poco a poco hasta la irregular tierra de maleza que Wentik había observado antes en el perímetro del distrito Planalto. El científico miró a lo lejos, pero la neblina pertinaz en esa región le impedía ver con claridad lo que había delante.

—Es hora de pensar en las máscaras, creo —dijo Jexon.

Extendió su brazo hacia atrás y acercó el equipo de oxígeno portátil. En tanto se evitara respirar el aire contaminado, era posible actuar con total libertad y sin otra protección en las zonas afectadas.

—Creo que yo no tengo que preocuparme —dijo Wentik—. He sobrevivido aquí antes.

—Lo que usted quiera —replicó Jexon—. Pero yo no iría por aquí sin una máscara.

—Usted no es inmune.

—No. Pero tampoco sabe usted cuánto tiempo lo será.

—Estaré bien.

Parte de la verdad era que Wentik aborrecía la sensación de la máscara de goma en su cara. Por más racionalmente que intentara considerarlo, su tendencia a un tipo peculiar de claustrofobia era más manifiesta si su respiración normal se alteraba de algún modo, aun cuando las máscaras de Jexon cubrían sólo la nariz y dejaban la

boca libre para hablar. Hasta ese punto, su sensación de inmunidad al gas era sólo una excusa. Pero además, intuía que su inmunidad era permanente.

En la cabina, los dos pilotos se pusieron rápidamente las máscaras y conectaron la provisión de oxígeno. Wentik reflexionó sobre la seriedad con que esas personas se tomaban los efectos del gas, y se preguntó qué suerte recaería sobre él si se hiciera público en Sao Paulo que era parcialmente responsable de su creación.

El avión estuvo sobre la cárcel menos de dos minutos después, e inició un lento y amplio periplo en torno al edificio. Los cuatro hombres a bordo se pusieron a examinar la superficie en busca de algún rastro de los hombres de Astourde, pero sin ningún resultado.

La señal negra donde los restos carbonizados de la cabaña laberinto rompían la uniformidad del verde oscuro del rastrojal trajo a Wentik un recuerdo punzante, desagradable, de la muerte de Astourde, y apartó la mirada bruscamente.

—¿Qué cree? —dijo a Jexon—. ¿Están dentro de la cárcel, o es más probable que se hayan ido?

—¿Quién puede afirmarlo? —su voz era ligeramente nasal y amortiguada, a causa de la máscara—. No habrá norma alguna en sus actos.

Se inclinó y tocó el hombro del piloto.

—Quede en suspenso delante del edificio. Si están dentro saldrán a investigar.

El piloto asintió, e hizo que el avión girara hacia donde el helicóptero seguía aparcado. Al menos no han volado a ninguna parte, pensó Wentik.

El piloto suspendió el descenso a quince metros del suelo, y lo mantuvo estacionario. Los cohetes de suspensión en la panza del avión adoptaron un rugido agobiante que sacudió la nave entera y que debía producir un ruido ensordecedor audible en cualquier parte de la cárcel. Jexon y Wentik contemplaron la puerta principal.

Al cabo de cinco minutos la puerta se abrió, y los hombres aparecieron.

Salieron juntos, alzando los ojos cautelosamente hacia el avión. Ni uno solo de ellos llevaba arma alguna de ningún tipo. Caminaron hasta situarse a veinticinco metros por debajo del avión, y allí se quedaron.

—¿Puede alcanzarlos desde aquí? —preguntó Jexon al piloto.

—Déjelo por mi cuenta —respondió el hombre.

Curioso por ver qué sucedería, Wentik observó a los individuos que estaban en tierra. Sin aviso, una nube de vapor amarillo fue emitida desde el costado del avión hacia abajo. Parte de la nube cayó en la poderosa corriente de salida de los motores y arrojada lejos del avión y en torno a los hombres. Unos cuantos intentaron retroceder, pero en pocos segundos el grupo estaba envuelto por el vapor, fuera de la vista.

—Aterrice —dijo Jexon al piloto.

Wentik tuvo la sensación de caer cuando la nave se inclinó de nariz. A diferencia

de un helicóptero, que toma tierra en una postura de ligera elevación de la nariz, el avión de despegue y aterrizaje vertical adoptó un ángulo de inclinación en su proa. Mientras la nave se posaba en los rastros, el chorro de los cohetes expelió el resto del vapor. Wentik pudo ver que los hombres yacían inconscientes.

—Es casi instantáneo en su acción —dijo Jexon—, pero muy moderado. Cuando despierten ni siquiera tendrán un dolor de cabeza.

Wentik recordó que después de su experiencia con el vapor había podido consumir un tazón de sopa sazonada casi inmediatamente.

En cuanto los motores callaron, los cuatro hombres del avión se levantaron y bajaron a la compuerta. El piloto la abrió y saltaron al rastros.

Wentik contempló la cárcel, una forma negra que obstruía el sol. Era sólo un edificio; todo atributo de amenaza que Wentik sentía por ella procedía de su inconsciente, no de algún detalle de la arquitectura.

—¿Están aquí todos los hombres? —le preguntó Jexon.

Wentik los miró. A contar cabezas, pensó. Eran doce.

—Sí —respondió.

—Excelente. —Jexon hizo una señal al piloto y al otro individuo, que se inclinaron y levantaron con cuidado al primer hombre inconsciente para llevarlo al avión—. Deje la tarea para ellos. ¿Puede llevarme a la celda del transmisor de Poder Directo?

Wentik afirmó con la cabeza y condujo a Jexon a través de la entrada principal, a lo largo del túnel estrecho y por el tramo de escaleras hasta el primer piso de la cárcel.

Mientras recorrían el corredor, pasando la celda que Wentik había habitado al comienzo, el científico dijo:

—¿Ha estado alguna vez aquí?

—Una vez. Hace varios años, poco después de que fuera clausurada —observó las celdas por las que pasaban—. Comprendo que Musgrove se contaminara, ahora que estoy aquí. Todo parece absolutamente normal. Uno se siente tentado a quitarse la máscara.

—Depende del punto de vista, supongo —dijo Wentik—. Yo encuentro sobrecogedora la atmósfera de la cárcel.

—No comprendo el motivo.

—Usted no ha estado nunca como prisionero.

El otro no dijo nada a esto, y siguieron andando. Al llegar a la estrecha escalera que llevaba al viejo despacho de Astourde, Wentik se puso delante otra vez. Tuvo el impulso de subir los escalones de dos en dos, pero Jexon, agobiado por los cilindros y los años, ascendía con más serenidad. Mientras atravesaban el segundo pasillo hacia la celda donde estaba la máquina, Wentik preguntó:

—Cuando encuentre a N’Goko, ¿dónde me recogerán?

—Aquí en la cárcel.

—¿Y cómo he de volver al distrito Planalto?

—Se lo explicaré en un momento. Tiene el dinero que le entregué. Gaste todo lo que tenga que gastar para regresar con N’Goko. Es probable que yo no esté aquí, pero me aseguraré de que esté uno de los del avión.

Wentik asintió, luego se sobresaltó un poco cuando una punzada de dolor perforó sus sienes.

Jexon había dicho: «... aparecen dolores de cabeza o migrañas...»

Meneó la cabeza rápidamente. Se trataba de la sensación opresiva que la cárcel inducía en él. Nada más.

Llegaron a la celda, y Jexon empujó la puerta con un esfuerzo cuando la base chirrió sobre el suelo de cemento. Extendió la mano, encendió la luz, y los dos hombres entraron.

Jexon estaba inclinado sobre el interruptor de la parte trasera de la máquina que estaba dispuesto en el canal de tres posiciones.

—Es éste —dijo—. El punto crucial de todo el funcionamiento, aquí en una palanca.

—Estuve examinándola —dijo Wentik—. ¿Para qué sirve?

—Controla el tipo de campo que se genera. No puedo explicarle cómo funciona la máquina, pese a que me lo explicaron una vez. Eso no me preocupa... Estoy más interesado en su utilidad. En esencia, el generador tiene cuatro estados: tres tipos de conexión, por decirlo así, y un tipo de desconexión. Ahora está en desconexión.

Wentik observó que el pequeño interruptor se hallaba en la posición neutral de la estrella de tres puntas, exactamente igual que como lo había encontrado antes, y tal como lo había dejado.

—En su posición actual —explicó Jexon—, está completamente desconectada. O lo que es igual, la máquina no genera ningún tipo de campo. Si empujo la palanca hacia arriba —así lo hizo, y el panel marcado ‘AA’ se iluminó al lado—, el campo queda conectado. En caso de que saliéramos al borde del campo, veríamos la jungla que existe en su época, 1989. Podríamos adentrarnos en ella, y volver otra vez. En otras palabras, un área aislada auténtica de nuestra época actual existe en la suya. Cuando Musgrove fue enviado a buscarlo y traerlo, puso el campo en este estado.

—Pero es distinto que cuando yo llegué aquí. En cuanto Musgrove y yo cruzamos el límite miré hacia atrás. La selva había desaparecido.

Jexon manifestó su acuerdo con un gesto de cabeza.

—Se trata de un dispositivo de seguridad construido en la máquina. Compréndalo, si el campo se dejara en su estado de doble dirección, imagínese el problema que causaría a la gente que entrara en él por casualidad... Si el campo se

dejara en su estado ‘AA’, cualquier persona que se adentrara por accidente vería exactamente lo contrario que usted vio. Penetraría en el rastrojal, daría la vuelta y encontraría una jungla impenetrable a su espalda. Retrocedería para investigar, ¡y habría vuelto a su presente, doctor Wentik!

—Creo que comprendo —dijo Wentik.

—Por eso, cuando el campo se deja en generación por más de un tiempo determinado..., tiempo que se ajusta en esa escala de ahí. —Jexon señaló uno de los diales a su izquierda—, la palanca baja automáticamente aquí, al estado ‘A’.

Movió la palanca hacia abajo y a la derecha. El panel correspondiente se iluminó.

—Ahora el campo permite el tránsito sólo en una dirección: es decir, de su presente al nuestro. Por lo que a nosotros concierne, esto es perfecto. Prácticamente nada ha sido cambiado. Una vez aquí en *nuestro* presente podemos entrar y salir del campo a voluntad. Pero desde el punto de vista de una persona de 1989, las cosas son un poco distintas.

—Hay este inexplicable círculo de rastrojos de diez kilómetros en medio de la selva brasileña. Creíamos que eso no importaría mucho, ya que no previmos que hubiera demasiado movimiento aquí en su época, doctor, pero al parecer estábamos en un error. Además, no se esperaba que Musgrove tardara mucho tiempo en traerle, reduciendo así de manera considerable las posibilidades de que alguna persona entrara. Aconteció que Musgrove tardó varios meses, y en ese tiempo varias personas entraron. Imagine lo que debió parecer el lugar a esos individuos... Un círculo de rastrojos en el centro de la selva; no más entrar en el círculo, y la selva se esfuma; y si uno intenta salir, no sucede nada. No existe comunicación entre una y otra existencia.

—Astourde me habló de un tipo que había entrado en el campo por accidente, regresado al punto de entrada aproximado, y escrito enormes carteles de advertencia con la intención de evitar que nadie más lo siguiera.

—¿Tiene alguna idea de cómo se llamaba? —preguntó Jexon.

Wentik meditó un instante.

—Brandon, creo. O Brander. No estoy seguro.

—Probablemente es Brander. Un hombre de gran iniciativa. Fue uno de los primeros en recuperarse, según el médico con que hablé ayer. Aceptó tranquilamente lo sucedido, y ha echado raíces.

Wentik asintió abstraídamente. Una de las víctimas inocentes del curso de los acontecimientos, ahora fuera del control de todos ellos.

—El tercer estado —prosiguió Jexon— es el que denominamos ‘BB’. Se trata del campo selectivo.

Accionó el interruptor, y de inmediato se produjo el ruido de silbido agudo que Wentik había oído al descubrir la máquina.

—¿Qué es ese ruido? —dijo.

Jexon abrió la placa de inspección y tiró delicadamente del tramo de cable.

—Esto —dijo—. Lo que oye es el ruido echo por el aire entre los dos terminales que es transmitido hacia atrás, hacia su presente. El campo selectivo es simplemente eso: todo lo que hay entre los dos terminales es transmitido.

—¿Y dónde reaparece?

—En este mismo punto. Pero hace dos siglos.

Jexon devolvió la palanca a la posición central.

—Entonces, ¿cómo lo haremos? —preguntó Wentik.

—He estado meditando un poco sobre el tema —replicó Jexon—. Creo que la mejor forma es ésta: lo enviaremos a 1989 usando el campo selectivo. Será transmitido al instante, y sin pérdida del conocimiento, pero no hay garantía de dónde estará usted cuando emerja en su época. Es de suponer que en algún lugar de la selva, pero de todos modos tiene que enfrentarse a eso. ¿Le parece bien?

Wentik asintió lentamente.

—En cuanto vuelva felizmente a su época, y le daremos el tiempo adecuado para que se aleje de la vecindad del campo, variaremos el interruptor a la posición ‘AA’. Eso significa que cuando haya encontrado a N’Goko, lo único que precisará hacer es traerlo directamente al distrito Planalto y llegar a la cárcel. Aquí habrá un avión esperándolos.

—¿No podría el avión recogernos en la Concentración? —preguntó Wentik.

—No —respondió Jexon, sacudiendo la cabeza con un gesto de irritación—. Eso sería impracticable. Ya se ha invertido demasiado tiempo en esto tal como está. Tengo que continuar mi trabajo. Tendrá que apañárselas solo.

—Wentik lo miró fijamente un momento, pero no dijo nada. ¿Era una pista de los motivos de Jexon..., que su trabajo personal estaba por encima de cualquier otra cosa?

—Muy bien —dijo por fin—. Lo comprendo.

—Pero hay un detalle que debe respetar del modo más estricto. Y ese detalle es que no debe arriesgarse a ir a Norteamérica. Incluso zonas del norte de Brasil y Venezuela recibieron contaminación radiactiva directa en el curso de la guerra. En la época en que usted volverá, dispositivos nucleares estarán estallando en ese momento en otras partes del mundo. Queremos que regrese a trabajar con nosotros, aunque no pueda llegar a la Concentración.

No hay problema, pensó Wentik. De todas maneras no me espera nada ahora... *Europa occidental y central fue devastada en la segunda oleada de bombardeos...*

—Voy a la Concentración —dijo a Jexon, con tono de paciencia—, encuentro a N’Goko, lo traigo aquí.

—Perfecto. Bien, ¿alguna otra cosa?

—Sólo que tengo un dolor de cabeza penetrante.

Jexon lo miró vivamente.

—¿Desde hace cuánto tiempo lo tiene?

—Más o menos desde que llegamos a la cárcel.

—Parece como si usted hubiera estado expuesto al gas perturbador...

—No es eso, estoy convencido.

Jexon parecía lleno de dudas.

—No lo sé. Recuerde lo que sucedió a Musgrove. Será mejor que se ponga en marcha... Déme el brazo.

Wentik extendió un brazo, y Jexon asió la muñeca y comprimió la carne hasta que la piel quedó muy apretada contra el hueso. A continuación cogió ambos extremos del cable, y los ciñó a la piel.

—Esto le producirá un dolor momentáneo —dijo, y clavó las dos puntas en el lugar adecuado. Wentik respingó.

El científico alzó los ojos y vio el semblante del hombre medio iluminado por la luz de la bombilla al otro lado de la máquina.

—Adiós por el momento, doctor Wentik.

Y bajó la palanca.

Wentik se sumergió en la oscuridad. Todo lo que le rodeaba era negro como el carbón. Cayó sobre algo duro que lo dejó sin aliento, y a un palmo de distancia un animal grande y pesado abrió la boca y chilló frente a su cara.

## Veintiuno

Wentik estuvo agazapado embarazosamente durante cinco horas en una oscuridad casi total sobre la rama del árbol, sin saber qué pasaba a su alrededor.

La selva era un lugar de pesadilla. El aullar de los animales prosiguió toda la noche, y aunque él había escuchado ese sonido en otra ocasión, resultaba prácticamente imposible no sentir el pánico que reptaba por su cuerpo. Por mucho que razonara, la imagen de bestias feroces y rapaces por todo su alrededor se hacía más y más vigorosa. Por fin, en un supremo esfuerzo de su voluntad, cerró su mente al ruido y se dijo una y otra vez que los animales eran inofensivos... Y de repente sus temores desaparecieron.

Más tarde, otros temores se manifestaron.

No tenía idea de a qué altura del árbol se hallaba. No se atrevía a moverse en la oscuridad por miedo a caer, y sólo podía encoger el cuerpo un poco hasta una posición algo menos incómoda. A pesar de que tanteó a uno y otro lado, no pudo encontrar rastro alguno del tronco del árbol, aunque resultó confortante saber que la rama en que se hallaba era gruesa y no podía estar muy lejos del tronco.

Algo que ni él ni Jexon habían tenido en cuenta: el generador de campo de desplazamiento estaba en el segundo piso del edificio, y así, toda persona que fuera enviada mediante el campo selectivo emergería en el aire.

Aún más preocupante para Wentik era lo que Jexon le había dicho sobre variar el campo de desplazamiento a su estado de existencia simultánea en los dos presentes. Si lo hacía, y Wentik seguía ahí, ¿qué le ocurriría? ¿Y cuánto tiempo consideraba Jexon que le costaría alejarse de las cercanías?

Finalmente, cuando Wentik empezaba a temer que ya no podía agarrarse a la áspera superficie de la rama, captó un tenue resplandor que surgía delante de él. Poco a poco el resplandor cobraba fuerza, hasta que Wentik logró distinguir las formas de las ramas cercanas.

En cuanto hubo luz suficiente, miró a su alrededor con todo cuidado y notó para su consternación que desde su posición en la rama no podía ver el suelo. El tronco no estaba lejos, a menos de tres metros, al parecer. Pero la superficie de la rama resultaba resbaladiza por culpa del légamo que hacía casi imposible un asidero firme.

Con sumo cuidado, Wentik se abrió paso poco a poco por la rama hasta llegar al tronco. Allí la madera era más seca y áspera, y varias lianas se aferraban a ella. Agarró una a modo de experimento, y descubrió que la sujeción de la liana al tronco era casi inamovible.

Eligió otra liana y cambió el peso de la rama al tronco. La planta trepadora resistió y, con gran alivio, Wentik empezó a descender.

Sus brazos, largo tiempo privados de ejercicio, estaban doloridos, y no había

descendido más de tres metros cuando su cuerpo entero se estremeció de dolor. Había una rama a la derecha, y Wentik puso un pie en ella para aliviar la carga de los brazos.

Desde su nueva posición elevada comprobó que podía ver el suelo, quizás a seis metros por debajo. Casi le era posible saltar. El sudor resbalaba por su rostro, y ya un pequeño enjambre de insectos revoloteaba a su alrededor. Esos mosquitos brasileños, cuya picadura había experimentado ya...

Osciló para soltarse de la rama y prosiguió el descenso. Sus movimientos eran menos cautelosos ahora que veía la tierra, y se rasguñó los brazos en varios puntos. A dos metros y medio del suelo soltó la liana, y con un torpe puntapié intentó alejarse del tronco. En lugar de eso, cayó pesadamente, rodando con la bolsa que llevaba a la espalda.

Se puso en pie atolondradamente y miró a su alrededor.

El sol había subido, sin lugar a duda, pues la selva estaba a con un fulgor apagado. De nuevo los animales estaban silenciosos e invisibles. Se quitó la bolsa de la espalda y la dejó en el suelo. Sacó el contenido artículo por artículo, para asegurarse de que nada se hubiera extraviado en el tránsito de doscientos años.

Estaba su provisión de comida, condensada y deshidratada; ocupaba poco espacio pero le duraría semanas, si era preciso. Su agua, contenida en una cantimplora plana de plástico. Un manojo de mapas. Un machete. Una brújula. Una muda de ropa. Y el dinero.

Wentik cogió el dinero y lo examinó. Ahí tenía una pequeña fortuna: casi cuarenta mil dólares. Jexon se los había dado, con la seguridad de que los necesitaría. Wentik había tenido claros recelos. Supongamos que me preguntan de dónde he sacado el dinero, había dicho.

Jexon replicó que quién iba a preocuparse. Hay una guerra en curso. Nadie se interesará. Las prioridades cambian.

Wentik sacó el tubo de repelente para insectos y se untó profusamente por la cara y los brazos. En la Tierra no había nada capaz de mantener alejados a los insectos, pero eso tal vez ayudara. En realidad, en cuanto tuvo la crema en el rostro, sintió más frescura. Pero el olor era francamente repulsivo.

Después de un trago de agua estuvo listo.

Su primera consideración debía ser abandonar las cercanías del distrito Planalto. No había forma de saber cuándo Jexon conectaría el campo, y Wentik no deseaba encontrarse cerca cuando lo hiciera. Sacó la brújula, y consultó un mapa. Había una pequeña aldea a veinticuatro kilómetros al norte, y una misión católica romana en algún punto a orillas del río Aripuana. Si era posible, quería llegar a uno de los dos lugares antes que cayera la noche. No tenía intención de pernoctar otra vez en la jungla.

Pero veinticuatro kilómetros en este país... ¿A pie?

Recogió el resto de pertenencias y partió.

Cuando había recorrido doscientos metros, supo que jamás lo lograría. Era casi imposible moverse. La maleza era una maraña de enredaderas muertas, lianas vivas, espinos, ramas rotas, matorrales enanos que se desparramaban..., y en ningún punto había menos de treinta centímetros de profundidad.

Wentik empleaba el machete sin parar, pero esto causó poca o ninguna impresión a los vegetales. El sudor volvió a deslizarse por su rostro y el repelente se volvió inútil. Los primeros alfilerazos de sangre ya habían aparecido en su frente, y Wentik supo que al mediodía su cara estaría hinchada y dolorida de un modo increíble. Apretó el paso, consciente de que la dirección que estaba tomando era más dictada por el azar que por su brújula.

Musgrove debió de haber hecho lo mismo... Musgrove, el hombre enviado por Jexon para encontrarlo, de idéntica manera que él era enviado a buscar a N’Goko... Quizá Jexon estuviera confundido acerca de las razones del empeoramiento del estado mental de Musgrove al alcanzar la civilización, pero ahora estaba muy claro para Wentik. Unos cuantos días macheteando por esa maleza inducirían obsesión en casi cualquier individuo.

En especial si ha estado expuesto al gas perturbador...

Wentik experimentó una nueva sensación de identidad con Musgrove. Enviado para cumplir una tarea totalmente honesta, pero al instante acosado por meras dificultades prácticas.

Jexon había dicho: *Es posible que una persona en soledad jamás note los cambios psicológicos que tienen lugar en su interior. ¿Acaso Musgrove habría ido solo por esta selva, cayendo poco a poco en una locura que no podría reconocer, mucho menos comprender? Podía conocer el gas perturbador, pero no sería capaz de diagnosticar los síntomas en sí mismo.*

Entonces Wentik recordó el dolor de cabeza que había experimentado poco después de volver a la cárcel. Jexon había afirmado que se trataba del gas perturbador. ¿Lo era? ¿Se había ido su inmunidad al gas? En tal caso, ¿también él, como Musgrove, caería poco a poco en una obsesión que sólo se manifestaría si entraba en contacto con cierto tipo de influencia, pero que entonces no se daba cuenta de nada?

Y pensó en su temor a los animales por la noche, y en cómo su temor había aumentado hasta que consiguió *asegurarse* de que eran inofensivos...

El tema le dio motivo para pensar, conforme avanzaba lenta y penosamente por la jungla. Suponiendo que fuera verdad, ¿qué...?

Después de tres horas, cuando ya estaba a punto de hacer un alto para comer y descansar, Wentik encontró el cadáver.

Yacía en el fondo de una canoa toscamente tallada, que había sido arrastrada hasta la orilla sobrecargada de hierba de un riachuelo. El muerto llevaba ahí tres días o tres semanas, no había forma de saberlo. Babosas blancas reptaban por la abierta boca y ojos de mirada fija, y las extremidades habían sido despojadas de la carne por insectos y pájaros. Sólo donde la ropa seguía pegada al tronco del cadáver existía algún resto de carne. Y ahí se descomponía y pudría mientras nubes de insectos revoloteaban alrededor.

El olor era desagradable.

El primer instinto de Wentik fue continuar andando. Pero la visión de la canoa fue tentadora. Por lo que sabía, Wentik se encontraba aún dentro del área del campo de desplazamiento, y con cada minuto que transcurría sus ansias por avanzar aumentaban. Con la canoa podría cubrir una distancia considerablemente mayor que a pie.

Se inclinó sobre la embarcación, asqueado por la visión del cadáver.

El cuerpo estaba de espaldas, el brazo derecho encorvado hacia la cabeza de manera que la mano esquelética descansaba en la nuca. Una pierna se extendía hacia arriba, y la otra se desplomaba sobre un lado de la canoa. Los huesos de los pies se habían separado del tobillo y yacían sobre la mojada vegetación color pardo, en la que resaltaban con su claridad.

En el fondo de la canoa había una oxidada cantimplora, un remo de madera y un lío de ropa podrida.

Wentik levantó el extremo de la canoa, pero lo soltó apresuradamente cuando el cadáver rodó coa lentitud hacia el costado. Debajo del cuerpo había un montón de barro verde oscuro, rebosante de gusanos blancos.

Wentik retrocedió, estremecido.

Durante varios minutos se quedó sin saber qué hacer a cierta distancia de la canoa. Igual que un hombre que ha descubierto cierta sabandija repulsiva de la que debe ocuparse, él sabía que tendría que mover el cadáver, pero le costaba resignarse a hacerlo. Se preguntaba cómo debía de obrar. Por fin, cogió un pañuelo y lo anudó tan fuerte como pudo sobre su nariz y labios. Después arrastró hacia la canoa una rama rota que había encontrado entre la maleza.

Desviando la mirada, Wentik empujó el extremo de la rama por debajo de la canoa e intentó levantarla haciendo palanca. A la tercera vez que empujó, la punta de la rama se rompió y finalmente se partió por la mitad.

Irritado, lanzó al agua el extremo que sostenía, se acercó a la canoa y la alzó personalmente. La punta se levantó, y el cadáver cayó fuera dando un horrible golpe vago contra la madera antes de rodar orilla abajo hacia el riachuelo. Una de las piernas se desmembró y quedó en el trayecto fuera del agua.

Todavía temblando, Wentik contempló cómo el cadáver se estabilizaba hasta

quedar flotando apenas bajo la superficie. Los rasgos estaban desdibujados casi por completo, pero le pareció que el cuerpo flotaba con la cara hacia arriba, aunque no podía asegurarlo... Permaneció inmóvil un instante en la observación del cadáver, mientras la espaciosa corriente recogía poco a poco los restos e iniciaba su travesía de tres mil kilómetros hacia el mar.

Wentik empujó la canoa hasta la orilla, y la sumergió.

Al principio el barro verde y los gusanos se mantuvieron sujetos a la tosca madera, pero al fin, tras repetidas inmersiones, Wentik tuvo toda la canoa limpia.

Observó el claro. La nube de insectos convocados por el cadáver ya se había disipado. Sólo su enjambre privado se mantenía allí.

Una vez asegurada la canoa de nuevo en la orilla, Wentik se alejó un poco y se sentó en una rama baja de un árbol a comer parte del insípido alimento deshidratado. Pero no soportó más de un par de bocados. El recuerdo del cadáver seguía demasiado fresco.

Después de lavarse la cara y enjuagarse la boca con agua de la cantimplora, regresó a la canoa, que ya se había secado con el calor. Wentik examinó el diseño; a pesar de lo tosco de las herramientas con que había sido tallada, se la notaba sólida y firme; con ella tendría pocas probabilidades de volcar, a menos que encontrara rápidos.

Wentik empujó la canoa y subió, cogió el remo y se echó a navegar con la corriente. Instalado en la popa empezó a sopesar las dificultades de una navegación efectiva. La canoa no era fácil de dominar; giró varias veces en redondo en medio del curso del río antes de que pudiera coger el control.

En cuanto notó que la embarcación avanzaba bajo su dominio, dejó de remar y sacó la crema repelente de insectos para untarse una vez más la cara y los brazos.

Al cabo de ochocientos metros el riachuelo se ensanchó y el sol cayó sobre Wentik. Aunque árboles y lianas seguían sobresaliendo por encima del agua, había una sensación de espacio. Wentik sintió que podía confiar en hallar el río principal, el Aripuana, antes de que anocheciera. A partir de entonces ya no habría gran dificultad en llegar a la aldea o a la misión. Se relajó en la popa y se dejó llevar hacia la confluencia a una velocidad constante de ocho kilómetros por hora.

Ya no volvió a ver el cadáver. Debió de haber quedado atrás al cabo de unos pocos minutos de navegación, y lo más probable era que se hubiera hundido, o lo hubiesen devorado los habitantes del río, o se hubiera descompuesto hasta tal punto que el contacto con el agua hubiera provocado su desintegración total.

La fauna del río era menos abundante o menos evidente que la de tierra. Fuera cual fuese la razón, Wentik vio muy pocas cosas que pudieran amenazarlo realmente. En el pasado había leído sobre la *piranha* que se encontraba en todos los ríos de la región amazónica, y que un grupo de esos peces podía despellejar el cuerpo de un

hombre en segundos. También había leído sobre los caimanes gigantes y las serpientes de agua que, bastante pacíficos si se los dejaba tranquilos, podían matar a un hombre sin esfuerzo si se los provocaba. Pero no vio nada de eso.

Por entonces la tarea de remar —limitada sobre todo a mantener la canoa en un curso recto y vigilar cuidadosamente de las obstrucciones que se presentaran— era suave. Eso le permitió volver a pensar, lo que no hacía desde que hubo dejado a Jexon.

El aspecto más reconfortante de su situación presente era, por supuesto, que por muy extraño que para él fuera el paisaje, estaba en su propia época. Que si de algún modo lograba volver a Inglaterra, la vería, excepto por la guerra, como siempre la había visto.

Resultaba difícil concebir la guerra. Con cataclismos importantes, es preciso más que un mero reportaje para convencer a alguien subjetivamente involucrado que el hecho ha ocurrido realmente. Wentik había leído sobre la guerra en los libros. Y Jexon le había hablado al respecto. Para los brasileños, los nuevos brasileños del siglo XXII, la guerra no sólo era un hecho, era historia.

Pero para Wentik, el conocimiento adquirido acerca de un hecho no lograba transmitirle por fuerza su significación total. Porque él estaba involucrado subjetivamente.

En Londres, su familia. En el norte de Inglaterra, sus padres. En Sussex, su universidad. En la zona oeste de Londres, las empresas para las que trabajaba. Pero todavía más que eso, toda una serie de recuerdos, impresiones e imágenes que continuaban conformado una identidad. Que Wentik aceptara la destrucción de todo lo anterior significaba que consentía la eliminación de una parte de sí mismo.

Su mundo proseguía inalterado...

Después de dos horas en el río llegó a la confluencia, y la navegación continuó por las aguas algo más turbulentas del Aripuana. Después de consultar sus mapas prefirió mantenerse sobre la orilla derecha, y en otras tres horas se topó con la misión católica romana.

Había un hidroavión mediano amarrado cerca de la orilla. Wentik lo contempló con deleite. Su búsqueda iba a ser más corta de lo que había previsto.

## Veintidós

En su oficina de la universidad, Jexon había construido una maqueta sociomecánica simbólica de la estructura de la nueva sociedad brasileña. Descansaba en una mesa frente al escritorio del catedrático, con un aspecto de colección caprichosa de tubos y esferas de plástico de color; todos y cada uno representaban cierta sección de la sociedad. Para todo oficio, profesión o vocación había una esfera. Y para todo arte, servicio social, actividad comercial, administrativa, agrícola, estudiantil, los parados, los enfermos... Y donde las secciones se afectaban mutuamente había un tubo que simbolizaba el contacto y su anchura era representativa de la cuantía de la interacción.

En conjunto, la escultura semejava con bastante fidelidad una aproximación plástica de la compleja molécula de un elemento pesado. Era la alegría de la vida de Jexon, y le había ocupado buena parte de sus horas de vela, de un modo u otro, desde que había recibido el doctorado.

De un modo y de otro: sus teorías sociológicas se habían resuelto sólo en los últimos años en algo cercano a imágenes concretas, haciendo así practicable la construcción de su maqueta.

E incluso ahora no estaba completa. Ni lo estaría, temía Jexon, en toda su vida. Hasta sus estudiantes tendrían dificultades en proseguir su trabajo. Sólo alguien con un cerebro como el suyo, alguien capaz de visualizar la sociedad tan coherentemente como él, podría tomar el relevo.

En la mesa donde yacía, la maqueta estaba rodeada de otras esferas más: secciones minúsculas, irrelevantes, de su sociedad que Jexon aún tenía que encajar en el contexto.

Eran esas esferas, no más de un par de docenas, las que se interponían entre él y la conclusión de la maqueta.

Al regresar de la cárcel de Planalto, Jexon se consumió de irritación en su oficina; intentaba concentrar sus pensamientos en el trabajo, volver a captar la placidez y orden de su progreso antes de que Wentik apareciera de modo tan inesperado.

Envío un avión y una tripulación de vuelta a la cárcel para aguardar el regreso de Wentik, después trató una vez más de concentrarse.

Poner sólo una esfera más en el esquema... Ello significaría, tal vez, remodelar casi la mitad de la obra que ya había hecho. No era un problema de limitarse a añadir al azar las esferas restantes en la estructura; todas tenían que tener su lugar apropiado, de tal forma que reaccionaran solas y mutuamente.

Musgrove debería estar allí...

Pero estaba en el hospital, le había decepcionado mucho con Wentik. En un momento dado, Jexon telefoneó al hospital para comprobar cuándo Musgrove podría

regresar a su tarea, y le informaron que el hombre seguía bajo un tratamiento de rehabilitación intensiva.

Jexon trabajó durante dos días. Vio un modo de encajar en la estructura la esfera que representaba organizaciones de seguridad civil, observando que precisaba el desmontaje y reconstrucción de casi el cuarenta por ciento de las esferas ya colocadas, y volver a situar otras veinte, como mínimo, en la parte no directamente afectada.

La frente de Jexon se contrajo de una manera característica, y se inclinó sobre la maqueta, intentando disipar una duda insistente en lo más profundo de su mente. Estaba relacionada con Wentik, y Jexon lo sabía...

El tercer día, su concentración se perturbó por completo. Al entrar en su despacho por la mañana se sentó ante el escritorio y miró la maqueta con malhumor. Veía, sin dejarse absorber, las sutilezas de su construcción.

Era el dolor de cabeza de Wentik el detalle que estaba en la base del asunto. Wentik había respirado el gas perturbador en la cárcel, creyendo que era inmune, pero sin embargo lo había afectado. Y ahora se hallaba a doscientos años en el pasado, solo en la jungla como Musgrove antes que él.

Pero era preciso... Un día, el modelo simbólico de su sociedad sería puro y simétrico, todas las partes coherentes en su lugar. Pero mientras se permitiera que el gas perturbador continuara en la atmósfera, nada podría hacer perfecta su sociedad. Era un factor aleatorio. Y Wentik era el hombre que podía eliminar esa cualidad aleatoria. Wentik, o el individuo que él afirma que más sabe al respecto.

Tenían que estar ahí para reparar las cosas. Todo dependía de eso.

Algo no encajaba...

Era como si Wentik no hubiera entendido la guerra, y cómo él se estaba escapando de ella. Pero Wentik había leído los relatos, ¿no? Sin duda comprendería que un regreso a su vieja vida sería imposible ahora (?).

Mientras Jexon estaba sentado frente al escritorio, observando la maqueta que tenía delante, se preguntó si Wentik apreciaría o no la importancia que había ocupado ya en el molde de esa sociedad, o el trabajo que aún podía hacer ahí. Lo que se debía hacer era quizá trivial, pero el gas perturbador existía incuestionablemente y constituía una contribución palpable a la vida.

Mas todavía quedaba un par de cabos sueltos. En particular, la afirmación de Wentik de que su trabajo no estaba concluido, que ese ayudante suyo había hecho el trabajo.

¿Pero sería así? Si Wentik encontraba al tipo, N'Goko, lo traía al presente, alguien tenía que proseguir la tarea aparte de él. O de otro modo el gas perturbador y la sociedad que había contribuido a formar, esta sociedad, dejaría de existir súbitamente. También podría ser que no fuera N'Goko el autor del trabajo, sino otra persona. Tal

vez un científico que trabajara en otro sitio y en otra época... O incluso para el otro bando...

Quizá la búsqueda de Wentik, que ahora lo llevaba a su antiguo laboratorio, estuviera condenada de por sí.

Y no obstante... Wentik parecía ser la clave de todo. Conocía ciertamente el gas, cómo actuaba, los efectos que tenía en la práctica. Si Wentik no podía hacer nada, sería capaz de hallar algún medio de contrarrestar los efectos sobre la vida del Brasil actual.

De repente, Jexon comprendió claramente que aunque sucediera cualquier otra cosa, Wentik tendría que ser conducido otra vez ahí, tanto en compañía del otro hombre o sin él. Igual que algunos años antes, Jexon volvió a darse cuenta de que era Wentik y sólo Wentik el que podía ayudarle a llevar su trabajo hasta el final. Ninguna otra cosa importaba. Si Wentik llegaba a comprender, como el mismo Jexon había comprendido, que regresar a buscar a una persona que hubiera completado su investigación era algo que no iba a dar resultado, entonces quizá prefiriera no volver a su época de ninguna manera.

Dos cosas eran incontrovertibles. Primera, que el gas perturbador existía. Y segunda, que Wentik sería capaz de hacer algo al respecto, teniendo oportunidad e incentivo.

Jexon meditó cuidadosamente otra hora, después levantó el comunicador, y efectuó la primera de varias llamadas. Cuando salió de su despacho un día más tarde y se dirigió al aeropuerto donde lo aguardaba su avión personal, dejó abandonada en la mesa una incompleta maqueta de plástico rodeada por las esferas que, hasta el momento, había sido incapaz de encajar en su lugar.

## Veintitrés

Wentik pasó la noche en el hospital de la misión, solo y trastornado. La guerra era un hecho, la radioemisora de Manaus no hablaba de otra cosa. En la misión había un ambiente de profunda tristeza y pesar. En la pequeña capilla blanca erigida lejos del río en un amplio prado, los padres con vestiduras negras oficiaron misa a medianoche; un réquiem solemne por la muerte del mundo que estremeció la envoltura externa de Wentik y aportó auténtica aflicción a su existencia por primera vez.

Más tarde, a solas en la húmeda oscuridad de la sala del hospital, exhausto y sin embargo incapaz de dormir, Wentik se vio atormentado por imágenes de su esposa. Las implicaciones de su relación con la enfermera, Karena, se volvieron excesivamente reales de pronto, subrayadas por el comportamiento solemne de la misión. Tal vez era por estar en soledad, o tal vez el efecto del gas perturbador que seguía debilitando su voluntad de resistirse a la influencia.

Era posible que mientras él yacía allí en Brasil, Jean continuara con vida. Y en tal caso, la habría traicionado.

La doctrina católica, que sonaba en el claro junto al río de silencioso curso, una melancólica afirmación de confianza en Dios y el espíritu del hombre, no tenía dos puntos de vista respecto al adulterio. Wentik, de ningún modo un hombre religioso, se encontró simpatizando con la creencia, y cuando se echó a llorar en la cama esa noche no fue por él o por los muertos lamentados por los sacerdotes, sino por Jean.

Por la mañana habló del avión con uno de los padres

El sacerdote se mostró distraído, vago.

—Lo usamos para ayudar a los enfermos —dijo—. Sin él careceríamos de transporte en la jungla. Podemos utilizar barcos en el río, pero no hay otro medio...

Wentik pensó con celeridad. Esto era algo que Jexon no había previsto. Había varios aviones en esa parte del Brasil, y el dinero que tenía podía pagarlos de sobras. Pero los aviones eran parte vital de la existencia en el lugar.

—¿Hay algún otro avión del que pueda disponer?

El sacerdote se encogió de hombros; su atención estaba en otra parte.

—Hay una plantación de Manicoré —dijo—. Pero está a cientos de kilómetros.

—¿Podrían llevarme hasta allá por aire?

—Necesitamos el avión. Si la guerra llega a Brasil habrá muchos enfermos. No podemos estar sin el avión.

Cómo asegurarle que la guerra no llegaría, que lo peor que iba a suceder era la precipitación radiactiva, y que para eso aún faltaban varias semanas...

Una idea surgió en su mente. Si Jexon podía hacer eso...

—Padre —dijo—. ¿Puedo *pedir prestado* el avión? Sólo lo necesitaré algunos

días. Después se lo devolveré. Puede quedarse con casi todo mi dinero, y les daremos un segundo avión como obsequio unas cuantas semanas más tarde.

El sacerdote miró fijamente río abajo.

—¿Es por la guerra que lo desea?

—No —dijo Wentik—. No es por la guerra. En todo caso, lo que puedo hacer acortará la guerra.

—¿Acortará la guerra?

Wentik asintió. Durante la noche había elaborado una especie de plan provisorio: usar el avión para volver de alguna manera a Inglaterra. La búsqueda de Jexon le pareció trivial comparada con sus nuevos sentimientos. Pero frente a la severidad simple, absorta, del sacerdote, sabía que debía seguir adelante.

—Yo puedo pilotarlo hasta... hasta hallar a un hombre que trabaja para los norteamericanos. Si logro detener su trabajo, la guerra será menos rigurosa.

—¿Usted no es norteamericano?

—No. Soy británico.

—Y ese hombre... ¿Dice que es norteamericano?

—Es nigeriano.

El sacerdote asintió lentamente.

—Yo soy *Belgique*. De Bélgica. ¿Son los norteamericanos muy perversos?

—No —dijo Wentik—. Esta guerra no es culpa de nadie. Es inevitable. (... del mismo modo que el tiempo es inexorable, y así es la sucesión de los hechos).

El sacerdote dijo de repente:

—Aguarde aquí.

Se precipitó hacia la misión, y desapareció en el interior. Wentik quedó solo diez minutos en el prado que descendía hacia el río, contemplando el avión azul y blanco que subía y bajaba ante su amarra en el río.

El padre volvió y dijo:

—¿Nos devolverá el avión en una semana?

—Sí.

—¿Y hará que tengamos otro?

—Sí.

—Entonces cójalo. No deseamos dinero.

—Pero puedo darles treinta mil dólares.

El sacerdote negó con la cabeza resueltamente.

—Es dinero norteamericano.

—No —dijo Wentik, imaginando el dinero yaciendo en las bóvedas de un arruinado banco de Washington doscientos años antes de que los brasileños lo encontraran—. Es de Brasil. Fue convertido en... dólares, porque pensamos que sería aceptable.

El sacerdote pareció dudar.

—Cójalo —insistió Wentik—. Construirá otro hospital, quizá.

—¿Por qué desea dárselo?

—Estoy desesperado —dijo Wentik—. Necesito el avión, y ustedes pueden usar el dinero; acéptenlo, por favor —cogió la bolsa de su espalda y la dejó caer en el prado. Sacó el dinero y lo expuso en la hierba en una pila perfecta. Otro hombre había salido de la misión y se hallaba de pie con el padre.

—Este es el padre Molloy —dijo el sacerdote—. Él le enseñará a manejar el avión.

Tres horas más tarde, el mismo Wentik despegaba con el avión desde el río y lo dirigía hacia el sur.

Le había costado buena parte del tiempo intermedio reaclimatarse a pilotar un avión ligero. La mayoría de sus horas de vuelo en el pasado habían sido en un pequeño aparato de club, pero tenía alguna experiencia con un Cessna bimotor que en esencia era idéntico a ése.

El manejo efectivo del avión era lento e insensible, en parte debido a los enormes flotadores unidos al tren de aterrizaje, y en parte debido a la pesada carga de combustible que Wentik llevaba a bordo. El padre Molloy le había acompañado en varios despegues y aterrizajes experimentales hasta quedar satisfecho del dominio que Wentik había alcanzado.

Wentik había estimado que la distancia media entre Brasil y la Antártida era de alrededor de ocho mil kilómetros. Tenía combustible suficiente para llegar al menos hasta Río Grande, siempre que pudiera aterrizar en alguna parte y repostar de los tambores de repuesto que llevaba a bordo. Los padres le aseguraron que en Río Grande podría obtener más. A partir de ahí, Wentik tendría que valerse por sí solo.

En la Concentración existían inmensa provisiones de combustible para la pista, y Wentik confiaba en que lograría encontrar bastante para el viaje de vuelta.

Al cabo de unos minutos de despegar vio el distrito Planalto. Y por primera vez, lo vio como un círculo completo tajado en la selva. Jexon había cumplido: el regreso al futuro estaba ahí, aguardándolo.

Apenas pudo distinguir la cárcel como un puntito negro dentro del círculo. Estaba muy alejada.

Wentik siguió volando hacia el sur.

Una hora antes del anochecer vio un amplio lago, y amaró ahí. Había poca vegetación en el lugar, y ningún signo de habitación. Sin embargo, aseguró el avión con la pesada ancla colgante dispuesta a cien metros de la costa. Luego se arrastró hasta las alas con los tambores de combustible, e inició la tarea laboriosa del llenado a mano, lo que le llevó casi dos horas. Hacía frío, y cuando terminó estaba a oscuras.

Temblando, volvió a la cabina, se preparó la cena en la cocina portátil, después se

tumbó en una de las literas y se durmió.

Despertó con la primera luz, para descubrir un temporal que se estaba formando hacia el este. Un vasto cúmulo nimbo, que se extendía estruendosamente hacia la estratosfera con bamboleantes protuberancias blancas y que desembocaba en una maravillosa cabeza en forma de yunque, se hallaba a menos de ocho kilómetros. Wentik se lavó rápidamente, pasó por alto el desayuno y enseguida estuvo en el aire.

Había otras nubes similares en la región, que Wentik intentó evitar. Volando bajo, y a veces desviándose algunos kilómetros para alejarse de las impredecibles corrientes de aire de las nubes —en el extraño y pesado avión se sentía casi incapaz de volar de otro modo que no fuera avanzar en línea recta—, le costó prácticamente toda la mañana llegar a la costa.

Eran las dos de la tarde cuando halló Río Grande. De acuerdo con las instrucciones, amaró en el extremo norte de la costa donde estaba situada una estación de reaprovisionamiento naval. Al principio tuvo dificultades para obtener el combustible que requería; le habían dicho que la armada brasileña había requisado todos los suministros para su uso particular. Y sin saber qué hacer de buenas a primeras, Wentik recordó finalmente que todo sudamericano es potencialmente sobornable, y aunque le costó casi todo el resto del dinero que llevaba, consiguió su propósito.

Cuando estuvo libre de la ciudad, con la provisión suficiente de combustible para llegar a la Antártida, era casi de noche. Tenía que encontrar un amarradero protegido antes de que oscureciera totalmente. Cuanto más avanzaba hacia el sur —se hallaba entonces a más de treinta grados de latitud sur—, tanto antes llegaba el ocaso. Al final aterrizó en el lago Mirim, junto a la frontera con Uruguay.

Durante la noche, repentinamente, se levantó un fuerte viento de la costa. Wentik apenas pudo dormir, por el temor de que el avión sufriera algún daño.

Partió de nuevo por la mañana, llena hasta el tope su provisión. Voló sobre el océano rumbo al sur.

De pronto, la inmensidad de su viaje lo acobardó.

Debajo, a sólo mil doscientos metros, estaba el grisáceo Atlántico Sur. Se veía obligado a volar sin descanso, pues no había donde amarar. El océano, debajo, estaba calmo para la época del año que era, pero sus olas de un metro desbaratarían al instante cualquier tentativa de amaraje.

Voló todo el día, luchando contra los calambres que agarrotaban los músculos de sus piernas y tomando bocados de comida cuando le era posible.

Hora y media después del anochecer, al abrigo de los grandes riscos de las Malvinas, amaró el pequeño avión en las lisas aguas del muelle de Puerto Stanley.

Se encontraba otra vez en territorio británico.

Wentik pasó dos días enteros en Puerto Stanley, en parte para recuperarse del

vuelo, y en parte como preparación de la etapa decisiva y más difícil.

Había confiado en poder obtener noticias de la guerra, pero los habitantes sabían menos que él. Por todas partes, Wentik vio la misma expresión desesperada en las caras de la gente que en la misión. Los malvineros sobrevivirían a la guerra probablemente, pero ésa no sería su preocupación, pensó Wentik. Dependían del comercio con Argentina para su medios de vida y existencia, y si América del Sur era golpeada con dureza, entonces los malvineros sufrirían. Un punto de vista egoísta, quizá, pero comprensible cuando se está aislado en un afloramiento de roca a seiscientos kilómetros en pleno Atlántico.

En Puerto Stanley, Wentik encargó extensiones para su tanques de combustible, a fin de conseguir mayor autonomía de vuelo sin repostar.

Después, la mañana del tercer día, despegó del puerto, mientras una multitud de habitantes observaba desde la costa. Quizás estaban extrañados por su destino, o suponían automáticamente que volaba a Argentina, pero nadie preguntó.

Refrescado tras sus dos días en tierra, Wentik se sentía totalmente preparado para el vuelo, y aun cuando se encontró con una tormenta a menos de dos horas de la partida, siguió volando estoicamente. Al cabo de hora y media salió de la tormenta. Pero entonces, en lugar de agua había hielo debajo. Y el cielo se estaba oscureciendo.

La última parte de su viaje, los mil quinientos kilómetros sobre hielo, sería la más difícil. Puesto que Wentik no tenía alternativa que intentar aterrizar el avión sobre la congelada superficie de la meseta misma, y confiar en que los flotadores metálicos del tren de aterrizaje de la aeronave resistieran como esquís el tiempo suficiente para bajar a salvo. En los mapas que Jexon le había entregado encontró un detalle de la meseta de Hollick-Kenyon que mostraba la situación exacta de la Concentración, y la totalidad de sus entradas. Desconocía cómo Jexon lo habría conseguido. Pero al menos le permitía encontrar el lugar con facilidad. Alguien que no supiera lo que buscaba pasaría sobre la Concentración una docena de veces, y nunca la vería.

Conforme volaba hacia el sur, el sol iba descendiendo más y más, hasta que dio la impresión de que resbalaba sobre el horizonte. El mar helado estaba iluminado por una estela oblicua de luz anaranjada, en contraste con el azul oscuro del cielo.

Ahora, a pesar de que tenía los calefactores de la cabina conectados al máximo, Wentik sintió el frío riguroso de la Antártida que se colaba en su cuerpo.

Después de catorce horas, el sol quedó casi fuera de la vista bajo el horizonte transparente como el cristal, y el hielo de abajo era una tenue refulgencia blanca. Wentik subió el avión para remontar una cadena de montañas bajas, y acto seguido sobrevolaba la meseta Hollick-Kenyon.

Investigó durante una hora antes de localizar la Concentración: lo único que se veía desde el aire era una serie de postes metálicos de poca altura, delineados en el hielo y menos de dos metros asomados sobre la superficie. Como el anillo externo de

piedras en torno a un templo antiguo, los postes señalaban el contorno. A Wentik le agradó dar unas vueltas alrededor de los postes, y fijándose en uno de ellos hizo una estimación aproximada y rápida de la dirección del viento.

No había sol, pero una especie de crepúsculo congelado daba al hielo una clara luminiscencia propia. Era el final del invierno antártico. Unos días más, y la carencia de luz en esta zona inferior sería reemplazada por la diaria salida y puesta del sol, y unas cuantas semanas más tarde, el sol permanecería sobre el horizonte veinticuatro horas.

Wentik eligió lo que le pareció el trozo de hielo más liso, y efectuó unas cuantas pasadas de prueba por encima. Sólo dispondría de un intento...

Al final sintió que estaba preparado y giró por última vez. De este aterrizaje dependía mucho, pensó. Mentalmente, de un modo casi pedante, repasó de memoria la maniobra de aterrizaje, tal como le habían enseñado hacía muchos años sobre las praderas de Inglaterra.

Emprendió la última pasada, los delgados flotadores metálicos rasando el hielo y la nieve a sólo centímetros por encima. Redujo hasta que se movió a la velocidad más baja que la estabilidad le permitía, y a continuación soltó la palanca suavemente hacia adelante.

Los flotadores tocaron tierra.

Y el metal se contrajo, y el tren de aterrizaje se encorvó. Wentik abrió de golpe las válvulas de estrangulación, y los motores rugieron, pero el avión había perdido su velocidad de vuelo. El ala de babor cayó, y la punta patinó en el hielo. Al instante el ala de estribor se alzó, y la nariz se enterró en la nieve. Wentik se echó las manos a la cara mientras el tabique que había detrás se plegaba. La cabina se hizo añicos alrededor de Wentik, y los instrumentos se quebraron. Se produjo un ruido estrepitoso, de colisión, cuando el ala se desplomó sobre la parte superior del fuselaje, y el avión dio su última vuelta de campana. Y se deslizó hasta detenerse.

Un viento frío, salpicado de agudos cristales de hielo, sopló sobre los restos.

## Veinticuatro

Wentik nunca pudo saber cuánto tiempo permaneció sin conocimiento. Advirtió bruscamente un frío intenso, y después se despertó por completo.

Yacía en una oscuridad casi total, las piernas más altas que el resto del cuerpo y la mayor parte de su peso soportado por los omóplatos. La cabeza le palpitaba de dolor y notó un líquido, presumiblemente sangre, en su cara. Con sumo cuidado, hizo flexiones con los músculos de su cuerpo para averiguar si algún hueso estaba roto. El único dolor auténtico que sentía provenía del brazo izquierdo, apresado entre dos fragmentos del destrozado avión. Su brazo derecho estaba libre.

La preocupación inmediata debía ser ponerse a cubierto. El frío ya lo rodeaba.

No parecía haber forma de salir de la arruinada cabina. El cuerpo de Wentik estaba retenido firmemente en su embarazosa posición. Empujó con las piernas, pero entonces los hombros apretaron el metal con más fuerza; ninguna libertad de movimiento en esa dirección. Intentó mover las piernas, y descubrió que podía patear en el reducido espacio. Su mano derecha descansaba en una larga vara metálica, parte de los controles, al parecer. Daba la impresión de que estuviera libre. Apretó la mano.

El armazón de la aeronave estaba construida con madera, y era ésa la única esperanza. Wentik levantó la vara metálica y la hizo girar hacia arriba. Se produjo un ruido de algo que se astillaba. Repitió la operación de hacerla girar, y la madera se rompió más aún.

En unos segundos hizo un agujero considerable, y apretó los pies contra el entablado. Hubo un sonido de madera que se partía y lona que se desgarraba, y de repente entró una luz difusa. Wentik volvió a patear, pero se detuvo cuando los restos del fuselaje empezaron a crujir por encima y detrás de él.

Arrastró los pies hacia adelante, tirando del cuerpo con el movimiento de las piernas. Cuando puso la cintura en el agujero se vio forzado a parar. Su brazo izquierdo seguía atrapado, y le dolía. Tiró del miembro, y notó que la carne se ponía tirante sobre el metal mellado.

Si tan sólo lograra liberar el brazo, podría salir. Volvió a tirar de él, y sintió que la carne se desgarraba. El dolor estalló en su brazo y le hizo cerrar los ojos.

Por fin, desesperado, sacó bruscamente el brazo con un grito de dolor.

Se retorció en el agujero, y cayó encima del hielo. Soplaban un viento fuerte, amargamente frío.

Wentik examinó su brazo y vio una profunda herida en la carne. La sangre brotaba de la herida. Puso el brazo sobre el pecho y se agarró el hombro derecho.

Sobre el horizonte, una masa de nubes negras asomaba amenazadora, empañando toda visibilidad. Wentik contempló las nubes y se dio cuenta de que en cuestión de minutos la poca luz que allí había sería eliminada por la ventisca. Tenía que ponerse a

cubierto...

Al intentar aterrizar había pretendido parar el avión tan cerca como pudiera de una de las entradas de la Concentración. Las entradas estaban indicadas por postes que eran calentados por medios eléctricos. Debajo de la superficie de hielo había una entrada a un pozo de acceso a los ascensores que bajaban hasta el complejo de túneles.

Había quedado a doscientos metros del poste más cercano. Wentik se precipitó hacia allá tan rápido como pudo desplazarse sobre la nieve helada. Comprendía que a menos que se pusiera a cubierto, pocos eran los minutos de vida que le quedarían. La sangre del rostro ya se había congelado, y la del brazo amenazaba con hacerlo. El frío era espantoso; todas las inspiraciones que Wentik hacía explotaban en sus pulmones.

En ese momento corría dando grandes pasos tambaleantes.

Cayó varias veces, maldiciendo el frío, el dolor y la torpeza de sus movimientos.

A cinco metros del poste resbaló hacia atrás. Extendió el brazo derecho hacia adelante en un intento de guardar el equilibrio, pero cayó desgarbadamente en una zanja profunda que un montón de nieve le había ocultado.

La entrada.

Se levantó de nuevo y observó el costado. Inmediatamente a su izquierda la zanja cubierta se convertía en un túnel bajo la capa de hielo. Penetró en el túnel, temblando de frío. Ahora que estaba libre del viento podía apreciar su furia total. Un vistazo hacia atrás le indicó que la ventisca comenzaba...

Después de recorrer diez metros, Wentik llegó a unos abruptos escalones y bajó por ellos. En la parte inferior, cubierta por una plancha de acero acanalada, había una plataforma de cemento. Delante de Wentik había una puerta metálica, con una placa identificatoria. El científico la apretó con la palma de su mano derecha, y en pocos instantes la puerta se deslizó hacia atrás. Al otro lado estaba el compartimiento del ascensor.

Entró, y tocó el botón para bajar.

El descenso duró tres minutos.

En ese tiempo, Wentik examinó la herida de su brazo y comprobó que, según su criterio, el corte era superficial. Al parecer no había arterias cortadas, ya que el flujo sanguíneo era más lento que cuando lo observó por primera vez.

En la base del pozo las puertas se abrieron, y Wentik se encontró en uno de los corredores de metal que en otro tiempo habían sido tan familiares para él.

Miró inmediatamente el plano de la Concentración que se hallaba en cada una de las intersecciones de los túneles. Tenía que hacer algo con su brazo...

A cincuenta metros por el corredor lateral aparecía indicada una sección de primeros auxilios. Wentik se dirigió hacia ella con paso rápido, abrió la puerta de un golpe y entró.

La sala estaba vacía y era utilitaria. Junto a la pared había una cama con un montón de mantas y almohadas encima, en el centro de la habitación había una mesa metálica con dos sillas metidas por debajo del borde, y en la otra pared había un gran armario que contenía material médico.

Cogió un torniquete elástico y se lo enrolló en torno a la parte superior del brazo, apretándolo hasta que la sangre dejó de manar de la herida. Despuéssacó del armario un tubo de crema restauradora de tejidos y untó por encima, respingando con la punzada de dolor que se provocó. Finalmente encontró una larga venda blanca, y la enrolló suavemente alrededor de la herida hasta dejarla completamente protegida.

Una vez terminada esa operación se quitó el torniquete y sacó un cabestrillo del armario, que ajustó a su brazo.

Antes de volver al corredor cogió una chaqueta gruesa de un aparador de la sala y se la puso. Aunque allí hacía más calor que arriba, la temperatura en los túneles apenas estaba por encima del punto de congelación.

Salió y regresó al corredor principal. Después de mirar a un lado y al otro comprendió el único detalle de importancia: la Concentración estaba desierta, al parecer.

Consultó el mapa de nuevo y se encaminó hacia su laboratorio.

Su primera impresión al entrar en el laboratorio principal de investigación fue el hedor agobiante. Se acercó a la hilera de jaulas y observó la treintena aproximada de ratas muertas.

Miró por todo el laboratorio pero no vio rastro alguno de notas, y pasó a su antiguo despacho. Tal como había previsto, todo estaba desierto.

Se acercó al escritorio y tiró de los cajones para abrirlos. Vacíos.

El archivo. Vacío.

La totalidad de libros de texto habían sido cogidos de las estanterías. La provisión de útiles de escritorio había desaparecido. Las dos sillas estaban colocadas ordenadamente a los lados de las mesas. El aparador que en otro tiempo había contenido las notas y análisis diarios del equipo de investigación..., vacío.

En el papelerero había un montón de cenizas negras, laminosas. Wentik pasó los dedos por el revoltijo, pero no quedaba un solo papel del que se pudiera descifrar algo.

Casi al momento de salir del ascensor Wentik intuyó que la Concentración entera había sido evacuada. Tenía que haberlo sabido, y quizás instintivamente lo había sabido.

Salió al corredor y se encaminó hacia la salida más cercana.

No existe cambio alguno en la historia. ¿Acaso no estaba predestinado que él no iba a encontrar ahí a N’Goko? Porque si lo hubiera encontrado, ¿qué...? Suponiendo que el avión no se hubiera estrellado y que N’Goko estuviera allí, ¿qué, entonces?

¿Acaso N’Goko habría ido con Wentik a Brasil? ¿Habría destruido sus notas y el producto de la investigación que había efectuado en ausencia de Wentik?

Suponiendo que el plan se hubiera desarrollado tal como fue previsto; que Wentik y N’Goko van a Brasil y se trasladan al futuro y allí, en Sao Paulo del siglo xxii trabajan para eliminar un gas que había sido creado por los dos conjuntamente, ¿se habría usado el gas alguna vez en la guerra? ¿Acaso ellos habrían ido allá para descubrir que ya no había problemas con el gas?

Porque la realidad no podía ser manipulada.

El Sao Paulo que Wentik había visitado era de cabo a rabo tan real como su mundo del siglo xx. Karena era real, y Jexon, y un hombre llamado Musgrove que había catado, igual que Wentik, ambas realidades. Si el gas perturbador no era usado en la guerra, ¿no tenía que cambiar la naturaleza intrínseca de esa nueva sociedad?

*Del mismo modo que el tiempo es inexorable, y así es la sucesión de los hechos...*

De la misma forma que Wentik supo al llevarse el avión de los padres que ninguna acción que emprendiera tendría efecto alguno para evitar la guerra, ahora comprendía que jamás habría podido hacer nada para evitar el uso del gas en la guerra. Y que en ese aspecto, jamás podría haber encontrado a N’Goko y conducirlo a Brasil.

Llegó al ascensor más cercano y entró. Las puertas se cerraron y apretó el botón. El ascensor empezó a subir.

La Concentración estaba abandonada. Vacía, e ineficaz ahora, como la búsqueda de Wentik.

Puesto que ahora se enfrentaba al fracaso. Quizá no por su causa, pero al menos por sus actos personales.

Había fracasado como científico, ya que su trabajo estaba incompleto y había sido empleado probadamente con un fin opuesto. Había causado la muerte de un hombre, y la probable locura de algunos otros. Había emprendido una tarea en favor de Jexon, y no la había satisfecho. Había defraudado la confianza de los padres; ni siquiera volverían a tener su avión. Y, quizá el detalle de mayor significación personal, había traicionado a su esposa.

Tremendamente solo, como ningún hombre había estado antes que él, Wentik salió del ascensor a la plataforma superior y se quedó inmóvil en el frío.

A partir de ahí, no podía haber nada. Una guerra desgarraba las entrañas del mundo en que había crecido; y un segundo mundo estaba esperando que volviera.

Se desabrochó la gruesa chaqueta, y la dejó caer al suelo. Se quedó con la ropa que Jexon le había dado en Brasil; ropa ligera, de ciudad, totalmente inadecuada para el clima antártico, muy poco protectora. En esta cámara oscura, a pocos metros del nivel del hielo, Wentik notó el frío al instante.

Afuera...

Miró a su alrededor, consciente no del techo y los muros metálicos o del suelo de cemento, sino de una invisible desolación del conjunto.

Anduvo hasta la entrada, a lo largo del pasaje tajado en el mismo hielo de la meseta, y escalones arriba hacia la noche, el temporal y la ventisca.

Pero el sol brillaba en un cielo despejado, y el aire estaba en calma. El hielo era de un blanco tan brillante que le fue imposible mirarlo.

Atolondradamente, se alejó de la entrada de la Concentración, por entre la nieve congelada. Se cubrió los ojos con el antebrazo derecho.

—Hacia aquí, doctor Wentik —dijo una voz.

Wentik se volvió. Jexon estaba allí, de pie en la compuerta de un avión plateado de despegue y aterrizaje vertical.

## Veinticinco

Hora y media después Wentik estaba sentado ante la portilla de observación del camarote-salón, y a través de las muy oscuras gafas de cristales ahumados contempló el blanco páramo que se deslizaba debajo.

Había consumido una comida preparada por el camarero de la aeronave, y ahora descansaba en un sofá con un vaso de vino. Jexon estaba sentado frente a él. Le había explicado, mientras comía, cómo por un proceso de pensamiento distinto había llegado a la misma conclusión que Wentik: que los hechos no pueden ser cambiados.

—... y por eso vine aquí con el avión en cuanto pude —concluyó.

Wentik sacudió la cabeza lentamente. La transición entre la disposición a la muerte personal y la aceptación de continuar con vida no es inmediata.

—En caso de que esté preguntándose —prosiguió Jexon—, estamos en 2189. El avión contiene un generador portátil de campo de desplazamiento propio.

Wentik examinó el camarote.

—¿Este es su avión? —preguntó.

—Sí. Lo equiparon de acuerdo con mis exigencias. Era mayor que todos los aviones que Wentik había abordado hasta entonces. Había una tripulación de cuatro hombres: dos pilotos, un navegante y un cocinero-camarero que trataba a Jexon con una deferencia que quedaba a sólo una fracción del servilismo. Repentinamente, Wentik se dio cuenta de lo alto que debía estar Jexon en el gobierno de Brasil.

—¿Cuál es el radio de acción del avión? —preguntó.

—Prácticamente ilimitado.

—Entonces, aterrizó usted después de una sola etapa de vuelo, ¿verdad?

Jexon asintió.

—Y regresaremos igual.

Pensativamente, Wentik sorbió el vino. Todavía estaba mentalmente en su época; el estado de un mundo que presenciaba su propio suicidio, como se reflejaba en los rostros de los sacerdotes y los malvineros, parecía tanto más real que la sociedad de Jexon. Al fin y al cabo, el gas perturbador era únicamente una inconveniencia menor pronto curable. La presencia de Wentik en Brasil era un lujo para ellos; para él era algo totalmente distinto. Podían pasar sin él. Jexon había admitido que nadie había intentado seriamente encontrar un antídoto para el gas en Brasil. Sin embargo con sus recursos... Pensaban que le hacían un favor; una oportunidad de vivir en lugar de una muerte segura en su mundo.

Pero para Wentik, con la preparación para su muerte todavía fresca en su mente, no había duda en cuanto a qué debía hacer.

—Lléveme a Inglaterra —pidió.

—¡Imposible!

—No veo el porqué. El avión tiene el radio de acción.

—Sí, pero Europa entera es fuertemente radiactiva. No podemos aterrizar allá. No hay seguridad. ¿Y de qué serviría?

Wentik miró directamente al otro.

—No estoy trabajando para usted, Jexon. Significa mucho para mí, y muy poco para usted. No me importa la muerte. Sólo quiero volver a casa. Dice que este avión tiene un generador de campo... Entonces, déjeme en Inglaterra.

—Pero tiene tantas cosas por las que vivir en Brasil... Una nueva vida, todas las facilidades para proseguir su trabajo, incluso ha encontrado una mujer...

—¡No me hable de ella! —Wentik se encolerizó al pronunciar de repente lo que había estado pensando durante días.

—Pero un hombre como usted necesita una esposa.

—Ya tengo una —dijo Wentik—. Y por culpa de sus problemas sociales hemos sido separados.

—Usted no está casado...

—¿No?

—No, de acuerdo con la información que tenemos sobre usted. Vivía solo en un piso de Minneapolis, no había mención alguna de esposa en los archivos del gobierno, estaba solo en la Concentración...

—¡Soy británico, por el amor de Dios! —exclamó Wentik, demasiado fuerte—. Fue un arreglo temporal. Yo tenía que volver a casa cinco meses después de que Musgrove llegara.

—No sabía eso.

—¿Habría importado que lo supiera? —dijo Wentik con marcado sarcasmo—. La única cosa que le importa a usted es su maldita sociedad.

—¡Eso no es cierto! —exclamó Jexon—. Si hubiera sabido que era casado, jamás habría enviado a Musgrove a buscarlo.

Wentik miró irritadamente por la portilla. El avión ya estaba sobre el mar, un mar negro abundantemente moteado de hielo flotante. En esta región del mundo era el final del verano antártico, y los témpanos estaban rotos y libres.

También Jexon había caído en el silencio, y garabateaba algo en un pequeño bloc de papel blanco sobre una mesa al lado del sofá. Contaba algo, al parecer.

Mientras el largo silencio entre ambos proseguía, Wentik contempló el océano hasta que los témpanos cesaron de aparecer. Se sacó las gafas oscuras y echó un vistazo a su brazo. Seguía en cabestrillo, pero los dolores fuertes habían pasado. El rasguñón de su cuero cabelludo había dejado de sangrar casi tan rápidamente como había empezado, pero una parte considerable de su pelo estaba enmarañada por la sangre. Esperaba con vivo interés usar el lujoso cuarto de baño que había visto en el extremo trasero del avión.

—¿Qué está escribiendo? —preguntó.

—Estoy calculando algo —replicó Jexon—. Casi he terminado. ¿Tiene alguna noción de qué día es hoy?

—Alguno de mediados de agosto, creo.

—El día catorce, probablemente. O el quince. No es seguro, debido a la distorsión. Nunca sabemos los días exactos que se recorrerán en el campo de desplazamiento. ¿Averiguó qué día era mientras estaba allá?

—No se me ocurrió.

—Una lástima. Habría servido, porque la distorsión se acumula. Sea como fuere, tendré que suponer mucho.

—¿Qué está haciendo?

—Trato de ayudarle. Supondremos que hoy es día quince. Nos costará dos días llegar a Inglaterra desde aquí si volamos en línea recta. Con eso nos vamos al diecisiete. Digamos el dieciocho, para estar seguros.

—¿... seguros de qué?

—El bombardeo. Estoy intentando reunirlo con su familia.

—Eso es imposible. La guerra ya había empezado.

Jexon asintió lentamente.

—En América empezó. Pero hubo una calma pasajera en el bombardeo. Las primeras armas nucleares no fueron detonadas en Europa hasta el veintidós de agosto.

*Europa occidental fue arrasada en la segunda ola de bombardeos...*

—Su familia aún está viva, doctor Wentik.

Pero Wentik no estaba prestando atención. Estaba mirando por la portilla, contemplando el océano que se deslizaba debajo, y planeando qué debía hacer.

A últimas horas del día siguiente, el avión volaba sobre el Atlántico Septentrional, en paralelo a la costa de África noroccidental. Habrían pasado sobre muy poca tierra firme, y Wentik ya estaba aburrido del interminable mar. A veces se movía incansablemente por el camarote, mientras Jexon observaba con cierta preocupación. Cuando los dos hombres estuvieron de acuerdo en los detalles de lo que harían al llegar a Inglaterra no hubo más que discutir, y Wentik se vio abandonado de nuevo a sus propios pensamientos. La posibilidad de ver a su familia otra vez cobraba fuerza hasta volverse casi una certidumbre, la sensación de inseguridad que se había convertido en parte de la existencia de Wentik desvanecida por primera vez desde que conociera a Musgrove y Astourde.

Pasó parte del día leyendo de nuevo el libro de Jexon sobre la estructura de la nueva sociedad brasileña. Lo intrigaba, como lo hace toda novedad, aunque el pasmoso liberalismo de sus prácticas tenía elementos de fanatismo en ciertos detalles, como las utopías religiosas y morales del siglo XVIII. Lo leyó, empero, con sentido del deber, puesto que creía que debía prepararse para su nueva vida.

Había tomado una decisión: que él y su familia volverían a Sao Paulo, y él intentaría encontrar algún medio de contrarrestar los efectos del gas perturbador.

Ciertas afirmaciones del libro le intrigaban. Daba la impresión de que no había un gobierno formal; a todos los niveles las decisiones se dejaban a voluntad de las personas directamente involucradas. Cuando había duda o desacuerdo, el estrato social inmediatamente superior era consultado. Cuanto mayor el problema, más arriba tenía que ir y más personas quedaban involucradas. La estratificación efectiva de la sociedad estaba mal definida en el libro, y Wentik se sintió tentado de interrogar a Jexon al respecto. La única ocasión en que lo hizo, sin embargo, el otro puso en relieve su interés apasionado por el tema, en tanto que Wentik perdió la sustancia de la respuesta.

Los estratos parecían estar definidos por méritos o logros personales, pero no se indicaba cómo se establecían realmente las diferenciaciones.

Wentik consideró la aparente riqueza de Jexon: el avión privado y la tripulación, la posición de autoridad que había ostentado en el hospital y la universidad. A juzgar por la tesis del libro, el individuo era un defensor-meritócrata, intérprete y diseñador de una sociedad que él mismo había abstraído.

En cuanto hubo terminado el libro, y Jexon y él comieron algo, Wentik le preguntó cuán diferente sería la vida para él y su familia en Sao Paulo. El semblante de Jexon se iluminó, como el de un erudito cuyo tema es suscitado en debate.

—Superficialmente, ninguna diferencia. La existencia cotidiana es muy similar a la que he llegado a imaginarme de su época. Sólo la autoridad se ha descentralizado.

—Pero debe existir alguna diferencia...

Jexon asintió.

—Existe. En un sentido ejecutivo. Considere por ejemplo la decisión de traerle a Brasil. Fue totalmente mía. Discutí todo el proyecto con Musgrove antes de que empezáramos, pero fue mi autoridad la que puso las cosas en marcha. Tuve acceso a lo que creí que era la información completa sobre usted, y actué dentro del campo de mi experiencia.

—Y las cosas fallaron —dijo Wentik—. ¿No le da a entender esto, como sociólogo, que hay vacíos en el sistema?

—Quizá —convino Jexon—. Pero esta serie de circunstancias fue más bien especial. La única imperfección real que existe, y no preocupa a mucha gente, dicho sea de paso, es que algunas veces la mano derecha no sabe qué está haciendo la izquierda. Típico de ello es lo sucedido cuando usted llegó a Sao Paulo. No sólo lo llevaron al hospital por error, sino que el pobre Musgrove fue retenido por la policía hasta que descubrimos el fallo.

Jexon se detuvo y meditó.

—La vida en Brasil —prosiguió— es mucho menos opresiva, creo, que el tipo de

existencia al que usted está acostumbrado. Las inhibiciones que usted daría por supuestas, como las sexuales o personales, simplemente no existen.

—Suenas demasiado bueno para ser cierto —dijo Wentik tranquilamente, pensando en Karena.

—Tal vez sí, a sus oídos. Pero da resultado, como probará cuando volvamos.

Wentik miró por la portilla, y distinguió en la creciente oscuridad las luces de una ciudad costera a unos quince kilómetros hacia el este. Una parte de África, desconocida e imposiblemente remota. Se preguntó si iba a quedarse en Brasil. Para Jexon, atrapado en el esotérico mundo científico de las teorías y conceptos abstractos, quizá la sociedad fuera fuente de placer constante. Mas para Wentik, tal cosa nunca podría ser más que una huida. Un refugio que las circunstancias le abrían; un modo de evitar una muerte segura a causa de explosión nuclear o precipitación radiactiva. Volvió a observar a Jexon y vio un anciano orgulloso con ojos henchidos de ardiente inteligencia..., ¿o era otro tipo, más fanático, de brillo? Esta gente y sus padres habían sobrevivido al holocausto, y la civilización humana se estaba recuperando. ¿Iba él, Elías Wentik, a tomar parte en ello?

## Veintiséis

Inglaterra desde el aire, para la vista crítica de Wentik, había cambiado de manera trágica en doscientos años.

Poco después de despertarse, él y Jexon contemplaron la costa que se deslizaba debajo. El tiempo era pardusco y gris, con una base nubosa de seiscientos metros. A solicitud de Wentik, el piloto hizo que el avión volara lentamente a lo largo de la línea costera a una altura de ciento cincuenta metros. Por todas partes, una desordenada vegetación de árboles y arbustos contribuía a ocultar las ruinas de los edificios. Pasaron sobre lo que otrora había sido una gran ciudad. —Wentik creyó que podía tratarse de Bournemouth, pero no tuvo la certeza— y no vieron movimiento en ningún lugar.

Al cabo de diez minutos volaron tierra adentro, Wentik, deprimido contra toda expectativa ante la visión de la familiar campiña. ¿Pero era tan familiar? La Inglaterra que él conocía estaba poblada, congestionada, se cuidaban de ella. Este lugar...

El camarero apareció en la puerta del camarote-salón.

—El índice de radiación gamma de fondo es elevado, señor —dijo a Jexon—. Pero no letal.

—Gracias.

Jexon estaba observando el mapa de esa parte de Inglaterra. Un mapa viejo, notó Wentik, un mapa que tenía ciudades y carreteras señaladas en él. Jexon le acercó la hoja y le dijo:

—Creo que aquí, el punto que he marcado. Es el límite oriental de la llanura de Salisbury, cerca de Amesbury.

—¿Ha de ser tan lejos de Londres? —preguntó Wentik.

—Me temo que sí. Ha de recordar que la Inglaterra de su época se encuentra en medio de una guerra. Y no habría forma de saber qué sucedería si nuestra nave apareciera de improviso en el centro de una zona muy poblada. Creo que esto es lo más cerca de Londres que podemos llegar, con cierto margen de seguridad.

Wentik meditó un instante, después acabó accediendo.

Jexon apretó un botón semioculto, y en unos segundos el navegante regresó.

—¿Nos llevará aquí? —pidió Jexon, entregando el mapa al tripulante, que asintió y volvió a la sección de mandos del avión.

Pocos momentos después, la aeronave cambiaba de curso.

—El generador de campo de desplazamiento que tengo en esta nave es bastante más complejo que el de la cárcel —dijo Jexon—. Aquel era voluminoso porque servía también como generador de Poder Directo. El que tengo aquí posee la ventaja de ser muy portátil, y la zona del campo efectivo desplazado es ajustable hasta cierto punto. El único inconveniente es que el factor de distorsión es mayor.

—¿Tendrá alguna importancia eso?

—Yo diría que no. Tenemos mucha amplitud.

Wentik se encogió de hombros. El asunto parecía importar poco por el momento.

Al cabo de diez minutos, el tono de los motores del avión cambió otra vez, y dio la impresión de que el terreno subía lentamente flotando hacia ellos. Jexon se levantó.

—Vamos —dijo.

Se dirigió hacia la cola del avión, pasó junto a los pequeños pero lujosamente amueblados camarotes y entró en una cabina bastante utilitaria. Ahí, en medio de un largo panel de instrumentos, se hallaba el generador de campo.

Wentik descendió de la compuerta principal, y se quedó en la hierba. Estaba crecida, y el frío viento del suroeste de febrero la hacía susurrar en torno a los pies del científico. Ante él, esta pequeña sección de la llanura de Salisbury se prolongaba en la distancia. Doscientos metros por delante de Wentik, la llanura ascendía hasta una colina, repleta de arbustos y árboles. A ambos lados de la colina, la llanura proseguía en desorden hacia el horizonte. Jexon había fijado el campo en un diámetro de menos de ochocientos metros, pero desde donde Wentik se hallaba no distinguía una señal claramente visible del terminador.

Jexon estaba a su espalda, en la compuerta.

—¿Cuánto tiempo le hará falta? —preguntó.

Wentik lo consideró.

—Hasta mañana al atardecer. Tal vez más, pero no estoy seguro.

Jexon le entregó el mapa.

—Si camina en esa dirección —dijo, señalando la colina—, llegará a una de sus carreteras de primer orden al cabo de kilómetro y medio. Nosotros estamos aquí en el mapa. Esa carretera lo llevará a Londres.

Wentik asintió.

—¿Algo más?

—Creo que no.

Jexon extendió el brazo y los dos hombres se estrecharon las manos torpemente.

—Sea tan rápido como pueda —dijo Jexon—. Estamos expuestos aquí. No deseo llamar la atención inoportunamente —miró la verde vegetación, muy diferente de la brasileña—. Buena suerte, doctor Wentik.

Wentik asintió de nuevo. No había nada que decir. Dio media vuelta, y partió hacia la carretera principal.

Decidió subir a la cúspide de la misma colina. No era una cuesta empinada, y el esfuerzo de la ascensión sería más que recompensado por la amplia vista que Wentik obtendría desde la cumbre. Caminó con rapidez, la frustración inconsciente de los últimos dos días se manifestaba en prisa. Tenía que hacer algo, y cuanto antes lo terminara, tanto mejor.

Empezó a subir la colina, y en muy pocos minutos alcanzó la cumbre.

Los árboles habían echado hojas...

La pendiente opuesta de la colina estaba cubierta de matorrales y árboles, y en contraste con la parte de la llanura en que Wentik acababa de estar, se hallaba revestida de abundante verdor. Y hacía más calor... Mediados de agosto. Miró hacia atrás, y vio a Jexon de pie al lado del avión. Ese hombre está a doscientos años de distancia, pensó Wentik. Un anacronismo en la campaña inglesa. Bajó la mirada a las ropas que llevaba puestas; el gris tedioso del material de encaje ajustado. ¿O soy yo el que está fuera de lugar?

La vista desde la cumbre de la colina se extendía varios kilómetros en todas direcciones. La nave de Jexon estaba al sur, y más allá el cielo brillaba con la luz del sol. La llanura era distinta a la otra a que tanto se había acostumbrado en Brasil: ésta era arbolada y verde, y se ondulaba de manera irregular en una multitud de formas diferentes.

Se volvió y miró hacia donde Jexon le había dicho que estaría la carretera. Allí el terreno era más plano y descendía desde la colina con una pendiente bastante suave. Había un bosquecillo a ochocientos metros de la colina, luego una valla. Al otro lado de ésta, algunos campos de cultivo, y una línea recta de árboles que evidentemente crecían a lo largo de la cuneta de la carretera.

Wentik empezó a bajar hacia la carretera.

Era una suave, tranquila tarde inglesa. La guerra, Jexon y Brasil parecieron increíblemente remotos de golpe. Wentik había olvidado cuán fácil era andar.

Le costó menos de diez minutos llegar a la carretera. Saltó una valla de madera de poca altura, y bajó a gatas un peralte herboso hasta la cuneta de la carretera. A ambos lados de Wentik, la carretera se prolongaba a lo lejos, bordeada de elevados árboles en sus dos costados.

No había tráfico.

En la inesperada quietud, Wentik se quedó inmóvil un instante, inseguro de lo que debía hacer. Su plan había consistido en detener un vehículo que pasara y que le ayudaran a llegar a Londres. Buscó una solución durante unos segundos más, después empezó a caminar.

Casi inmediatamente oyó el ruido de un motor, y se detuvo. Un coche aparecía a su espalda, al oeste y dirigido hacia Londres. Wentik aguardó a que se hiciera bien visible, luego salió al centro de la carretera y agitó ambos brazos.

Era una camioneta blanca de gran tamaño, que circulaba por la carretera a cien kilómetros por hora o más. Cuando el Conductor vio a Wentik frenó al momento, y el coche se detuvo cerca de él.

En el interior había dos policías.

Los dos saltaron fuera, y se acercaron. Ante su repentina e indescriptible alarma

Wentik comprobó que los policías llevaban pesados cascos metálicos en la cabeza, e iban armados.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó uno de ellos.

—Estoy intentando llegar a Londres.

—¿Para qué demonios?

Wentik miró a su alrededor desesperadamente. Algo había ido mal.

—He estado lejos. Quiero ir a casa.

—Veamos sus documentos.

—¿Qué documentos?

—Su identificación y permiso de viaje.

—Se lo juro. He estado fuera. No tengo documentos.

—¿Dónde ha estado?

Wentik pensó con rapidez.

—En Norteamérica —respondió.

Los dos policías se miraron mutuamente.

—Norteamérica ha sido bombardeada —dijo uno de ellos.

Wentik desvió la mirada otra vez. Había una terrible anormalidad en ese interrogatorio en la cuneta de una silenciosa carretera de la desierta campiña.

—Miren —dijo—, puedo explicarlo todo. Pero debo llegar a Londres inmediatamente. ¿Les es posible llevarme allá?

El policía negó con la cabeza lentamente.

—Londres fue evacuada. Todas las entradas están cerradas.

—¿*Evacuada*? —dijo con incredulidad—. Entonces, ¿dónde...

—Queda muy poca gente. Más que nada los relacionados con el gobierno. Y están en refugios.

—¿Qué día es hoy? —preguntó Wentik.

—Veintidós de agosto —replicó el policía.

*Existe una distorsión en el campo de desplazamiento...*

—Pero el bombardeo... —dijo Wentik.

—Lo sabemos.

Hubo un súbito timbrazo dentro del coche de la policía, y uno de los hombres se acercó al vehículo. Extendió el brazo y sacó un ambicomunicador. Escuchó durante un momento el aparato, luego volvió a meterlo.

El otro individuo lo miró.

—¿Pueden decirme dónde está mi familia? —dijo Wentik.

—¿En qué parte de Londres vivían?

—Hampstead.

El policía sacó un folleto del bolsillo de su camisa y lo hojeó.

—Probablemente estarán en Hertfordshire. No puedo asegurar dónde. Todas las

ciudades importantes de Gran Bretaña han sido evacuadas en la última semana.

El otro hombre había vuelto, se acercó a Wentik y lo cogió del brazo con fuerza.

—Eso fue la última alerta —dijo al primer policía—. Tenemos veinte minutos.

Wentik torció el brazo y se tiró atrás sobre el peralte herboso. El policía se lanzó hacia él, pero Wentik se movió bruscamente a un lado. Subió corriendo el peralte y se arrojó pesadamente sobre la valla. En la crecida hierba del otro lado dio varias vueltas, se levantó y se echó a correr. Los dos agentes treparon a gatas el peralte tras él, pero no hicieron intento alguno de saltar la valla.

Wentik corrió hasta llegar al extremo opuesto del campo, luego se detuvo y miró hacia atrás. Los dos hombres lo contemplaban. En cuanto vieron que se había detenido, desaparecieron de la vista peralte abajo. Pocos segundos después Wentik escuchó que el motor se ponía en marcha.

El vehículo se alejó acelerando, y en menos de medio minuto el ruido del motor dejó de oírse.

El día estaba silencioso en torno a Wentik.

Empezó a retroceder hacia la colina, caminando lentamente. Londres había sido evacuada, como las demás ciudades. Jean se hallaba en algún lugar de Hertfordshire, aguardando, con el resto de la población, una guerra que llegaría inevitablemente. Mientras tanto, el verano proseguía indiferente.

En la cumbre de la colina se detuvo, y miró hacia el norte a través de la campiña. Luego se volvió, y observó la aeronave plateada que le estaba aguardando.

Se quedó allí media hora, mientras los fríos vientos de febrero soplaban por la llanura, y el cálido sol de agosto caía sobre su cara y hombros. Y entonces se produjo un brillante destello luminoso en el horizonte sur, y otros dos más en rápida sucesión a izquierda y derecha del primero.

Un poco más tarde un ruido sordo profundamente gutural, como el trueno distante en una tarde de otoño, se propagó por el aire y durante un instante la campiña pareció paralizarse. El sonido se fue silenciando mientras Wentik contemplaba las nubes que se extendían en la distancia, negras y altas.

Wentik cerró los ojos, y prestó atención a más truenos.

Al llegar el atardecer, Wentik se afianzó contra el tronco de un árbol y observó el avión plateado que había más abajo. Sólo cuando el sol se estaba poniendo salió a la compuerta un hombre de capa verde limón y miró el cielo de un confín al otro, un cielo que entonces era de un azul intenso rayado de negro. El individuo permaneció mirándolo, luego volvió al interior.

Y medio minuto más tarde, la aeronave había desaparecido.

**FIN**

## Nota del autor

*Indoctrinario* fue mi primera novela, y por tal razón estoy desmedidamente orgulloso de ella. Esto podría dar la impresión de que yo estuviera patrocinando mi ego juvenil, y quizá sí que lo esté, porque no han transcurrido demasiados años desde que escribí el libro en 1969. Pero creo que he progresado desde entonces.

Si tuviera que escribir de nuevo mi primera novela, no creo que sería otra vez *Indoctrinario*, pero pienso que podría ser un libro bastante similar. Hubo un cierto cálculo prudencial en su redacción, una conciencia de que los escritores, en especial los jóvenes, poseen un limitado fondo de experiencia interna al que recurrir. ¿Cuántas primeras novelas han sido un extravagante derroche de ese fondo, seguido de una depauperada segunda novela, o absolutamente ninguna segunda novela? Sabía, cuando empecé *Indoctrinario*, que había otras novelas que deseaba escribir.

He aprovechado la oportunidad de esta nueva edición para efectuar ciertas revisiones del texto, las cuales me han parecido muy excesivas. Leer el libro con tal fin ha sido deprimente y tranquilizador a la vez: era menos competente de lo que yo esperaba, pero también era menos incompetente de lo que temía. Esta preocupación por la competencia no es una mera afectación: cuando escribí *Indoctrinario* acababa de convertirme en escritor de oficio, y la competencia es la cualidad mínima que un autor profesional debería ofrecer a su público.

Las extrañas experiencias de Elías Wentik se iniciaron en un cuento largo titulado 'The Interrogator' (El interrogador), que fue publicado en la serie *New Writings* entonces editada por el difunto Ted Carnell. Pese a que Carnell (que también editó la revista británica *New Worlds* durante más de diecisiete años) tenía fama de ser conservador en sus gustos, esta fama era totalmente inmerecida. 'The Interrogator' basta para refutarla. (Carnell también publicó abundantes obras progresistas de autores como Brian W. Aldiss y J. G. Ballard.) Críptico, irresuelto y premeditadamente oscuro, 'The Interrogator' ocupó 10.000 palabras de *New Writings* 15. (El material de este relato constituye ahora, de un modo aproximado, los primeros seis capítulos de *Indoctrinario*.)

Para no dejar que este éxito insensato quedara solo, proseguí *The Interrogator* con otras 10.000 palabras que titulé 'The Maze' (El laberinto). Carnell se enteró de mis intenciones, y lo rechazó al instante. Posteriormente también fue devuelto por *New Worlds*, entonces editada por Michael Moorcock; esto fue un golpe, porque si bien 'The Maze' era tan oscuro en todos sus detalles como el primer cuento, yo sabía con certeza que era *mucho más oscuro* que cualquier cosa que *New Worlds* hubiera publicado jamás. En aquellos tiempos se tenía a veces la impresión de que la única manera de publicar en *New Worlds* era confundir a todo el mundo, pero Michael Moorcock era en realidad más astuto de lo que yo había imaginado. (El material de

The Maze' alarga la novela hasta el final de capítulo 10.)

Hasta ese momento tenía 20 000 palabras de literatura premeditadamente oscura. Para resumir, los dos relatos fueron leídos por Charles Monteith de Faber & Faber, y reconociendo claramente un talento que persistía pese a mis mejores esfuerzos por ahogarlo, me ofreció un contrato para que escribiera una novela basada en los dos cuentos. Lo hice enseguida, ajustando los hechos a una narrativa convencional, y haciendo avanzar el relato a través de incidentes convencionales hasta una conclusión razonablemente convencional. Expliqué concienzudamente todos los misterios de los capítulos anteriores (y creo que no debí de hacerlo); esa explicación sigue estando en esta nueva edición —aunque algo más reducida— porque no veo cómo eliminarla. Al conjunto lo titulé *Indoctrinario*, pero ya no recuerdo por qué.

Tal como otros autores han observado, existen diversos riesgos para un escritor que revisa su obra anterior, no siendo el menor entre ellos el riesgo de que mientras elimina lo que considera malo puede, en el proceso, eliminar también lo que otras personas considerarían bueno. He tenido esto en mente mientras repasaba *Indoctrinario*. He alterado los ejemplos más extremados de redacción chapucera o inmadura; y he eliminado las redundancias de idea o expresión. Esto es simplemente un esfuerzo de última hora para simular que yo era mejor escritor en 1969 que hoy. A pesar de que el libro es algo más corto ahora, confío en que buena parte de lo que he hecho sea evidente para el lector.

CHRISTOPHER PRIEST



Christopher Priest nació en Cheshire en 1943, y es uno de los más aclamados escritores ingleses de la actualidad. En 1970 publicó su primer libro, *Indoctrinario*, al que siguieron *Fuga para una isla* (1972), *Un mundo invertido* (1974, premio British SF), *La máquina del espacio* (1976), *A Dream of Wessex* (1977), *Un verano infinito* (1979) y *La afirmación* (1980). Esta última novela fue nominada para el Booker Prize como mejor libro del año. *El glamour* (1988) obtuvo el premio Kurd Lasswitz, *El prestigio* fue galardonado con el premio James Tait Black Memorial en 1995; en 1999 le concedieron el premio British SF por *The Extremes*, y en 2001 el premio Utopía por su trayectoria literaria. Su novela, *The Separation* ha obtenido el premio British SF 2003. Considerado un auténtico literato de las ideas, Priest ha sido comparado con de H. G. Wells, Thomas Ardi, A. E. Coppard y Walter de la Mare.